

Bajo la luz de una estrella muerta

Hacia la extinción del lector hedonista

Daniel Salinas Basave obtuvo el premio único de ensayo en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2015. El jurado estuvo integrado por Augusto Isla, Lauro Zavala y Felipe Vázquez.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



ensayo

DANIEL SALINAS BASAVE

BAJO LA LUZ DE UNA
ESTRELLA MUERTA

*Hacia la extinción
del lector hedonista*



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Ana Lilia Herrera Anzaldo
Secretaria de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Ana Lilia Herrera Anzaldo,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Luis Alejandro Echeagaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Bajo la luz de una estrella muerta

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2016

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Guillermo Daniel Salinas Basave

ISBN: 978-607-495-483-8

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/15/16

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Índice

- 9 La sonrisa de una cabeza cortada
- 19 En el altar de sacrificios de la teleserie y el videojuego
- 31 La tentación de ser el último lector
- 43 Leer a Daniel Sada en la calafia
- 53 El primer lector
- 61 El morir incesante del último lector
- 73 Una ociosa *facebookera* llamada Emma Bovary
- 79 Alonso Quijano cabalga al Comic-Con
- 85 El arte renacentista del videojuego
- 93 Con la nación *booktuber* hemos topado
- 99 Un Aleph bombardero
- 107 De Cri-Cri al Blog del Narco

- 113 El obituario de la novela como género ensayístico
- 125 Un impresor que no sabía leer y una serpiente oculta bajo la imprenta
- 133 Traficantes de libros prohibidos
- 137 El arte de inducir al vicio
- 143 El guardián de los libros antiguos
- 147 Bajo el resplandor de una estrella muerta

La sonrisa de una cabeza cortada

En un silencio expectante, el noble joven empezó a subir los escalones del patíbulo, cuando el sable de Wang Lung relampagueó de pronto a velocidad tan increíble, que la cabeza continuó en su lugar, en tanto Kío ascendió los escalones restantes sin advertir lo ocurrido, por lo que al llegar ante su verdugo le habló así:

—Oh cruel Wang Lung ¿Por qué prolongas la agonía de mi espera, cuando decapitaste a los demás con tan piadosa y amable rapidez?

Al oír estas palabras, Wang Lung comprendió que la ambición de su vida y de su arte se había cumplido. Una leve sonrisa serena y luminosa se extendió por su rostro, y con exquisita cortesía, respondió así al decapitado:

—Tenga la amabilidad de inclinar la cabeza.

EDMUNDO VALADÉS
El libro de la imaginación

Tan contundente es el tajo de la guillotina sobre la cuarta vértebra cervical, que la muerte puede llegar con un retraso de segundos cuando la cabeza ya ha sido separada del tronco.

No han faltado macabras leyendas que hablan de cabezas cortadas capaces de sonreír o hacer muecas cuando el verdugo las toma de la cabellera para mostrarlas al enardecido populacho. La más célebre de estas historias de horror es la de Charlotte Corday,

la asesina del venenoso gacetillero Jean Paul Marat. La bellísima girondina acuchilló a Marat en la tina del baño y fue ajusticiada en la guillotina el 17 de julio de 1793. Consumada la decapitación, el auxiliar del verdugo tomó de los cabellos la cabeza recién cortada y en un gesto de soberbio ensañamiento la abofeteó. La turba profirió en coro una exclamación de horror, pues todos alcanzaron a ver el rostro de Charlotte haciendo una mueca de dolor e indignación ante la cachetada. Alexandre Dumas, el padre, inmortalizó la anécdota en el relato “La bofetada a Charlotte Corday”.

Otra anécdota es la de un reo de apellido Laguille, guillotinado en 1905, cuya cabeza cortada fue capaz de abrir y cerrar los ojos durante algunos segundos e incluso reaccionar al oír gritar su nombre.

Tal vez haya elevadas dosis de exageración en esas historias, pero existen no pocas coincidencias testimoniales en torno a los instantes de vida de las cabezas mostrencas. Los médicos atribuyen estas reacciones a reflejos provocados por espasmos en los músculos faciales y no a gestos deliberados. Cuando la cabeza pierde su conexión con el corazón, y por lo tanto el oxígeno, el cerebro entra de inmediato en coma. Si bien parecen inverosímiles los relatos sobre rostros de guillotinado que pasan medio minuto haciendo gestos, lo cierto es que científicamente es posible la existencia de tres a cinco segundos de vida desde la caída del riego sanguíneo en el cerebro.

Un anónimo cuento de delicioso humor negro llamado “El buen decapitador”, compilado por Edmundo Valadés en *El libro de la imaginación*, habla de Wang Lung, un verdugo tan hábil y fino en su manera de trabajar, que en la última ejecución de su vida, a los 60 años de edad, consigue un corte de cuello perfecto, al grado que la cabeza se mantiene sobre el tronco y el ajusticiado —un mandarín llamado Kío— sigue caminando y hablando. Cuando el mandarín pregunta a Wang Lung las razones por las que demora la ejecución, éste le responde sugiriéndole que tenga la amabilidad de inclinar la cabeza.

En cualquier caso el tiempo es siempre relativo y ya sea bajo la guillotina o ante el sable de Wang Lung, acaso esos cinco segundos de vida sin cabeza puedan resultar una eternidad.

Comienzo este ensayo hablando de guillotinos capaces de hacer muecas porque a menudo me concibo como una cabeza cortada que aún no se entera de su separación del tronco al que alguna vez estuvo unida. Una cabeza sangrante que lee, charla, recita poemas de memoria y emite hipótesis sobre el futuro mientras el verdugo la muestra al vulgo. Esos cinco segundos de vida posterior a la decapitación pueden ser años o décadas, pero aunque sus gestos puedan hacer creer que hay vida y plena conciencia, se trata sólo de una cabeza cortada que más temprano que tarde quedará petrificada en *rigor mortis*.

Nuestra época es una enorme guillotina. Fría, contundente, despiadada, capaz de matarnos con tal rapidez, que a menudo tardamos años en reparar en nuestra propia muerte. Nuestro tiempo es veloz y fulminante como la cuchilla revolucionaria cayendo sobre mil y un cuellos. La vida y la historia corren tan rápido, que sus desplazados demoramos algún tiempo en saber que el tren nos ha abandonado en medio del desierto.

El presente es un enorme altar de sacrificios que cada noche es bañado con la sangre del ayer. Lo caduco, lo obsoleto, lo pasado de moda son las víctimas elegidas para ser inmoladas a diario en la piedra sacrificial. El dios de lo absolutamente moderno exige siempre sangre fresca. Cierto, la condena a muerte del ayer puede ser una de las constantes de la historia, sobre todo para aquellos que la conciben lineal y progresiva, sin embargo, hasta hace no mucho las inmolaciones eran graduales, paulatinas y se iban consumando con el sosiego de un natural proceso evolutivo. Hoy, en cambio, la historia tiene demasiada prisa. Los cuerpos inmolados en el altar del presente coexisten con sus verdugos. Los muertos y los que aún no acaban de nacer convivimos en este gran carnaval.

Durante años me obsesioné con la muerte de la letra impresa. En el final de la era de Juan Gutenberg creí ver la inminente condena de oficios y estilos de vida como el mío, pero en el fondo mi conclusión arrojaba un poco de luz al final del túnel. La letra simplemente consumaría su total mudanza del papel a la fibra óptica, pero la buena literatura y el buen periodismo permanecerían intactos sin importar la superficie. Hoy ya no podría asegurarlo.

La extinción del libro impreso es, después de todo, un asunto de formas, pero nuestro holocausto va mucho más allá y tiene que ver con la manera de concebir e interpretar el mundo. El libro como objeto puede morir pero la literatura será eterna, escribí hace algunos años; aunque me aterre pensarlo, hoy ya no me atrevería a sostener con pleno convencimiento esa afirmación. Por supuesto que no morirá la palabra escrita, pero lo que acaso sí enferme hasta entrar en fase de agonía será la capacidad de recrear e interpretar nuestro universo en un texto. Esta guillotina llamada presente es tan voraz y tan veloz en su actuar, que tal vez en un futuro no muy lejano la posibilidad de construir en prosa una historia o un dilema humano pueda resultarnos tan ajena y extraña como los nudos de un quipu andino con el que los incas llevaban sin error alguno su contabilidad y que nadie en la época moderna ha sabido descifrar.

No estamos hablando ya de usos y costumbres como el mojar las hojas del periódico con el humeante café de la mañana, sino de una radical transformación en los procesos epistemológicos primarios. La manera en que los nativos digitales están asimilando el universo aun antes de aprender a leer o escribir sus primeras palabras supone emprender el camino de la vida por una ruta muy diferente. Por supuesto, este ensayo no pretende emitir juicios de valor ni caer en el lugar común de afirmar que un pasado sublime y profundo está muriendo en nombre de un futuro banal y mediático. Aunque me asumo dentro de la especie en extinción, miro

con curiosidad y genuino interés los nuevos fenómenos que encarnan el *zeitgeist* de la época.

Cierto, quizá uno de los primeros traumas del envejecimiento sea comprobar lo lejos que estamos de las nuevas generaciones y lo anticuados que resultamos ante su mirada, pero lo cierto es que en esta era-guillotina los 15 años que se interponen entre quienes nacieron en 1974 y 1989 pueden resultar un abismo infranqueable.

Alguna vez Federico Campbell me dijo que lo más desolador de envejecer es hacerse invisible para las generaciones más jóvenes. No es sólo un problema de desencuentros o incomprensión, sino de simple y llana inexistencia. Para los veinteañeros que empiezan a comerse el mundo, los viejos simplemente no están en su órbita ni figuran en sus mapas.

Tal vez la afirmación de Federico haya partido de un sentimiento inherente a la madurez que en mayor o menor medida han experimentado los hombres de cierta edad, pero la realidad es que en la segunda mitad del siglo xx y en la primera década del siglo xxi la brecha generacional tiene aspecto de hoyo negro. Cuando en apariencia queda mucha vida por delante, el adulto se siente exiliado de un mundo extraño y hostil en donde ya nada es como lo aprendió.

Este ensayo, lo advierto, está infestado de dudas y no enuncia casi ninguna certeza. Plantea infinidad de preguntas pero no ofrece respuesta alguna. Cuando intuyo alguna relativa certidumbre, sale bajo la manga un dato o una anécdota que la echa abajo. Lo único seguro es que la cuchilla de la historia parece cada vez más impaciente por cortar cuellos, aunque nuestro tiempo está lleno de paradojas.

Este ensayo está dedicado a la figura del lector. El cuestionamiento, semilla que construye su columna vertebral, es si los lectores de literatura estamos amenazados de muerte y en vías de irremediable extinción. El lector vocacional, obsesivo e insomne es

un escupitajo al espíritu de la época. En un tiempo que endiosa la inmediatez, la interactividad y, sobre todo, la rápida utilidad, leer puede ser visto como el colmo de lo anacrónico y ocioso.

Me refiero en este caso a los *lectores puros*, los que bajo el concepto de Ricardo Piglia han hecho de la lectura no sólo una práctica, sino una forma de vida. Son aquellos que, según Gabriel Zaid, “le han dado el golpe al libro”. La lectura puede ser como el cigarro. Para un no fumador, aspirar humo puede ser hostil y repulsivo, pero una vez que se le ha dado el golpe se transformará en un vicio irrenunciable.

Sí, lo sé, plantear la posible extinción de los lectores podría escucharse como un absurdo en un mundo en que se publican todos los años cientos de miles de libros nuevos y se celebran fiestas multitudinarias como las ferias de Guadalajara, Madrid, Londres o Buenos Aires. Ahí, donde, en teoría, los asistentes son casi todos lectores y el festejado es ese amigo de papel y tinta que, aunque enfermo, a veces logra hacernos creer que goza de buena salud.

Hay escenas del mundo contemporáneo que fácilmente podrían hacernos creer en una larga vida para los libros, los lectores, los libreros y las librerías. Nadie podría proclamar que los devoradores de literatura somos una especie en extinción cuando se ven filas kilométricas para poder entrar a la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería en Ciudad de México. Vaya, cualquiera que revise las cifras de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara podría creer que en México vivimos en la Arcadia de la lectura.

Si en un país se celebra una feria donde a lo largo de ocho días se desarrollan más de mil actividades literarias con 600 autores procedentes de 28 países distintos, 550 presentaciones de libros y 20 mil profesionales del sector originarios de otras 42 naciones, mil 900 editoriales y una afluencia estimada de visitantes por encima de 700 mil, todo dentro de un espacio de 34 mil metros cuadrados

(me baso en cifras de 2014), se podría sostener con argumentos sólidos que habitamos en el paraíso terrenal de los bibliófilos. Vaya, ni siquiera países con una añeja tradición editorial como España y Argentina pueden presumir números semejantes. Nunca como ahora se habían celebrado tantas ferias del libro en México y nunca habían existido tantas convocatorias a certámenes literarios de todos los niveles, temas y edades. Nunca habíamos alcanzado tampoco semejante nivel de alfabetización ni tan fácil acceso a todo tipo de lectura y, sin embargo, pese a lo deslumbrante del espejismo, sigo creyendo que los lectores somos una especie en extinción, aunque nos duela admitirlo.

Sí, estamos vivos y derrochamos entusiasmo. Al vernos en masa podríamos creer fácilmente en la eternidad de nuestra estirpe, pero las multitudes y las fiestas son engañosas. Una estrella puede haber muerto hace años y seguir arrojando un destello.

Los lectores somos alumbrados por la luz de una estrella muerta y vivimos de espaldas al *zeitgeist*. Somos herencia residual. El espíritu de la época yace en otra parte.

Cierto, el nivel de alfabetización que hay en el país podría ser el sueño materializado de Justo Sierra y José Vasconcelos, pero la realidad es que las redes sociales evidencian los horrores ortográficos de quienes ostentan niveles de posgrado. Sí, nunca había existido en México tantos profesionales graduados en estudios superiores, y sin embargo vemos a altos funcionarios o jefes empresariales cuyo nivel de lectura en voz alta es de analfabetas funcionales. Hay diputados que al leer un texto en tribuna muestran las mismas deficiencias de entonación y ritmo de un niño que hace sus primeras pruebas de lectura en la primaria. No es descartable que México pueda erradicar pronto el analfabetismo, pero la palabra escrita le da pavor a millones de mexicanos. Creo que en otros países está sucediendo algo similar: demasiados estudios superiores pero una baja en los índices de lectura.

La obviedad y el lugar común es afirmar que los jóvenes no leen, que las nuevas generaciones son reacias y apáticas frente a los libros, pero la realidad es que actualmente uno de los nichos más importantes de lectores está entre los adolescentes. Desde hace algunos años vemos en las librerías secciones de literatura juvenil en donde moran desde *Harry Potter* hasta los románticos vampiros quinceañeros pasando por los personajes de fantasía de historias como *Juegos del hambre*.

Los nativos digitales nacidos en el siglo XXI, cuyo proceso epistemológico primario está ligado a una pantalla táctil, consumen más literatura que los adultos. Tampoco hay que desestimar ni echar a saco roto el fenómeno de los *booktubers*, quienes tienen la audiencia que mil y un críticos literarios serios no verán jamás en sus vidas. Cierto, son otro tipo de lectores. A lo mejor no son como los muchachos de hace medio siglo que iban por la vida enamorando a sus novias con los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Neruda. Es muy posible que no hayan leído ni vayan a leer nunca a Octavio Paz o a Carlos Fuentes pero al final de cuentas son lectores. Muchísimos bibliófilos nos iniciamos con relatos de Emilio Salgari o Walter Scott antes de encontrar sentido a “La biblioteca de Babel” de Borges. Tampoco podemos aspirar a que cada consumidor de literatura sea necesariamente un experto en autores de editoriales como Anagrama, Siruela o Sexto Piso.

Lo que este ensayo pretende es poner frente a frente las contradicciones de una época extraña y caprichosa donde todo muta demasiado rápido. No es ni pretende ser un ensayo académico. Es un trabajo cuyo abrevadero principal son las experiencias a lo largo de un camino de vida entregado a la lectura. Su narrativa parte de lo local a lo global, pues muchas de las experiencias personales que narro ocurren en la frontera bajacaliforniana. Incluye algunas estadísticas y citas bibliográficas, pero al final de cuentas se trata sólo de una visión personalísima en la que, como he dicho, hay un

montón de dudas y casi ninguna certeza. Tampoco busca jugarle al Nostradamus y tratar de predecir el futuro haciendo pronósticos sobre las nuevas tendencias de lectura en el mundo, pues las profecías suelen estar condenadas a fallar y a caer en el ridículo. Con brutal franqueza no tengo la menor idea de cuáles vayan a ser los hábitos de lectura dentro de 20 años. No sé si aún habrá librerías y bibliotecas, si se seguirán editando tantos libros de papel y si las ferias librescas continúen convocando multitudes. Antes los procesos evolutivos duraban décadas pero hoy parecen durar suspiros. Siento como si escribiera sentado en una pequeña embarcación en medio de una tempestad marina. Demasiadas olas asesinas alrededor y un abismo oceánico en el fondo, pero al menos en este momento la pluma sigue a flote.

Sí, sigo creyendo que pertenezco a la estirpe de las cabezas cortadas. La guillotina ha caído ya sobre nuestro cuello pero nosotros seguimos sonriendo y me atrevería a decir que cantando. La estrella que nos alumbra ha muerto, pero su luz sigue iluminando nuestro camino. Lo que en este libro intento averiguar es si nos durará mucho tiempo el destello o si es una vela moribunda intentando sobrevivir bajo una tormenta.

En el altar de sacrificios de la teleserie y el videojuego

Somos criaturas de la palabra, nacemos con el don de la palabra, vivimos a través de la palabra, conocemos y damos a conocer nuestra experiencia con la palabra, y sólo cuando morimos perdemos la palabra. Y, dicen algunos, ni siquiera entonces: las almas que Dante encuentra en la Ultratumba siguen haciendo literatura.

ALBERTO MANGUEL
Historia de la lectura

Cabezas cortadas que sonrían; jinetes muertos cabalgando sobre corceles desbocados; danzantes serpientes sobre el cráneo robado de Medusa; colas de lagartija retorciéndose en la arena ardiente; cadáveres caminantes aferrados a ignorar su muerte. ¿De eso trata este libro? Sí, este ensayo trata sobre nosotros, los lectores, los últimos combatientes en la trinchera incendiada de la palabra escrita. Es una historia de difuntos que nos negamos a asumirnos como tales y nos bañamos cada noche en la luz de una estrella muerta. ¿Y de verdad se murió esa estrella? Sí, todo en el entorno así lo hace indicar. Hay señales engañosas que podrían hacernos creer en una larga vida por delante, pero aunque nuestra fuente de vida fluye y se renueva, somos cada vez menos quienes abrevamos de ese arroyo.

Hace 18 años leí *Homo videns. La sociedad teledirigida*, ensayo del italiano Giovanni Sartori, y las frases que subrayé se transformaron en mis mantras de resistencia. Sí, sentía la fuerza del bombardeo de la banal perorata de millones de televisores, pero entonces creía en

la inviolabilidad de nuestro bunker de palabras. Por aquel tiempo leí también *Apocalípticos e integrados*, de Umberto Eco, escrito en 1963, y me sentí a salvo al considerar que la chatarrería pop se mantendría en su sitio por más que se multiplicara. Hace 17 años leí *El arte de la novela*, de Milan Kundera, y me creí a pie juntillas aquello de que el supremo arte narrativo podría renovarse a perpetuidad integrando poesía, filosofía y ensayo en su engranaje. El espíritu de la complejidad yace en la literatura, el único yacimiento artístico capaz de decirme a cada momento que el universo es siempre más complejo e inexplicable de lo que se cree. Por supuesto también le creí a Harold Bloom que Shakespeare inventó lo humano en el drama o en el arte y que fue perfecto en la imperfección de su creación. Despedí el siglo xx con plena conciencia de que aún bajo las patas de los caballos de los apocalípticos jinetes de la banalidad y la basura, la humanidad necesitaría la prosa y la poesía para explicarse a sí misma. Leí Baudrillard y leí McLuhan. Leí *El arco y la lira*, de Octavio Paz, y *Poesía en la práctica*, de Gabriel Zaid, y le di la bienvenida al nuevo milenio convencido de la eternidad del arte literario. Aun en el campo minado de la modernidad, la arquitectura de la palabra saldría ilesa. Hoy, en la agonía del verano 2015, ya no estoy tan seguro y, para ser honesto, creo que he perdido la fe.

Hace poco más de un lustro dimensioné la muerte del libro como objeto y de la librería como santuario y me di a la tarea de escribir sobre ello, aferrado aún a la idea de que desde la tablilla de barro, el papiro o la fibra óptica, las palabras mantendrían su pacto con la eternidad; sin embargo, una serie de espontáneas charlas, improbables lecturas e intuiciones con cara de certidumbre me han hecho pensar que en realidad estamos inmersos en el crepúsculo de la literatura o, más específicamente, en el crepúsculo del lector. La literatura estará ahí, como un bien mostrenco susceptible de ser usufructuado. El detalle es si quedará en el mundo algún potencial usufructuario. No dudo que *Guerra y paz*, de Tolstoi, quepa en un

iPhone junto con un millar de novelas más. Mi duda es dónde están los minutos en la agenda del hombre moderno para sumergirse en esa lectura, cuál será la motivación o la curiosidad que llevarán a alguien con la vida diaria infestada de distractores a abreviar de un arroyo que exige tiempo y concentración. Nadie borraré de la faz de la Tierra el archivo de *Rayuela*, de Cortázar, o *Mientras agonizo*, de Faulkner. De hecho será cada vez más fácil y barato acceder a cualquier obra medianamente célebre. De lo que no estoy seguro es de quién será el rebelde o el antagonista que ponga la lectura de una gran novela por encima de las 10 mil formas de entretenimiento y evasión que hacen fila en su cotidiano existir.

Una noche de diciembre, conversando con mi amigo Rodolfo Cruz en un restaurante de Cuernavaca, tocamos por vez primera el tema: lo que se va a morir no es el libro, sino la lectura. La palabra escrita seguirá siendo de uso cotidiano, pero reducida a su expresión más básica y limitada. El lenguaje se irá acotando, la gramática y la ortografía quedarán confinadas a anacrónicos formalismos, y lo que comenzó en Sumeria y en Fenicia quedará limitado a compulsivos *#hashtags* sin acentos ni signos de puntuación.

Esta vocación de jugar al profeta del desastre puede resultar chocante, el grosero alarmismo de un apocalíptico viendo moros con tranchete en cada nuevo teléfono inteligente. Cuando vives inmerso en un microcosmos donde se habla el lenguaje de la literatura y donde nuestros guiños y puntos de encuentro son siempre de naturaleza libresca, puedes llegar a creer que nuestra burbuja es irrompible. Muchos de mis contactos en Facebook son personas directa o indirectamente relacionadas con el mundo del libro. Por obvia ley de probabilidad y afinidades, mantengo conversaciones más o menos constantes con otros lectores compulsivos, pero también con promotores, maestros, libreros y escritores. Sin tener un particular afecto por los convivios culturales, no profeso tampoco una vocación ermitaña a lo Gabriel Zaid o Thomas Pynchon

que evada toda forma de contacto con el exterior y asisto a ferias librescas, conferencias, presentaciones, pero sobre todo a librerías. El mío es el mundo del libro, como es también el de muchísimos conocidos.

Sí, cuando vives sumergido en el mar de las letras es posible caer en el error de creer que este mundo en realidad es vasto, diverso y extenso, que somos herederos de una tradición de siglos y andaremos nuestro camino de vida con la certidumbre de que en el más improbable sitio habrá siempre un lector que comparta nuestros delirios. La tragedia comienza cuando miramos al exterior y nos damos cuenta de que somos ejemplares raros, atípicos, como lo es un ornitorrinco en el reino animal. Que en el mundo que nos rodea, incluso dentro de aquellos entornos integrados por personas que tuvieron un proceso epistemológico y un desarrollo educacional similar al nuestro, somos como bichos de otro mundo. Cualquiera de mis vecinos sabe que soy alguien que suele andar por la vida con un libro, una persona que lee mucho aunque a nadie le interesa en lo más mínimo saber lo que leo. A una gran mayoría de mis familiares les puedo inventar que la obra que cambió mi vida fue el *Libro de buen amor*, de Arcipreste de Hita, el *Finnegans Wake*, de Joyce, o las *Cincuenta sombras de Grey* y les dará exactamente lo mismo. Puedo ir esta tarde al parque de mi colonia, ponerme a platicar con cualquier habitante de estas calles y decirle emocionado que esta semana Joseph Conrad me autografió su nueva novela o que en la próxima feria del libro de Tijuana estarán Christopher Marlowe y Percy Shelley, y no creo que a nadie le resulte mínimamente extraño. De la misma manera yo le creería a un ingeniero que trabaja en la línea de producción de la Tubacero si me dice que exportarán cilindros magnéticos para autos fabricados en Changchun que funcionan con allinol; o si mi vecino que se encarga del mantenimiento de barcos, en la zona naval de San Diego, me habla de las bondades de un producto para limpiar

salitre hecho con jarabe y aceite de oliva. Tal vez existen algunos nombres que forman parte de la cultura de masas. Mi vecino no ha leído a Octavio Paz, pero relaciona su nombre con un escritor muy importante y algo le dicen apellidos como Shakespeare, Cervantes o García Márquez, pero por supuesto nada le dice un César Aira o un Mario Bellatin, como a mí nada me dice el enésimo premio Asia-Pacífico ganado por la maquiladora Plantronics de Tijuana por la alta calidad de los 15 millones de audio-componentes exportados a Oriente.

Los aficionados a la literatura hablamos un lenguaje cada vez más sectario y hermético, propio de especialistas, aunque, en teoría, novelas, cuentos, ensayos y poemas son escritos para ser disfrutados por todo el mundo. Vaya, un tratado de bacteriología o una tesis doctoral en nanotecnología se escriben pensando en un lector del mismo nivel académico de quien escribe, alguien que habla el mismo idioma, pero dudo mucho que Julián Herbert haya escrito *Canción de tumba* o Álvaro Enrigue haya hecho *Muerte súbita* pensando sólo en llegar a una secta de cinco doctores en letras. Sus libros están ahí, en Gandhi o en Amazon, disponibles y en oferta para quien quiera comprarlos, aunque sus seguidores seremos siempre la cofradía de lunáticos que buscamos viajar a otros mundos por caminos de tinta y papel. Sí, tal vez tengan decenas de miles de lectores, pero ninguno de los 10 vecinos de mi calle sabe lo que es sumergirse en un libro suyo (y en ningún libro en realidad). Puedo llevar bajo el brazo una obra de Guadalupe Nettel a la junta de padres de familia en la escuela de mi hijo y dudo mucho que a alguien le diga algo ese nombre, pese a ser la ganadora de un premio del tamaño del Heralde. Sin embargo, si al salir de esa misma junta comento con alguien un episodio de *Breaking bad* o *House of cards* sin duda saldrán más de cinco que se interesarán en el tema y con seguridad se armará una interesante charla. Me he referido a estos tres escritores porque me parece que representan algunas

de las propuestas narrativas más sólidas e innovadoras que hay actualmente en México, pero ejemplos hay cientos. La literatura no va a sucumbir por ausencia de nuevos exponentes o por falta de obras que realmente valga la pena leer. Novedades valiosas hay todos los años. Lo que no hay es quién las lea.

Puedo seguir con los ejemplos y no acabamos. Si voy a una fiesta de mi sobrino adolescente, que justamente esta tarde cumple 14 años, y elijo al azar a cinco de sus amigos para preguntarles por las bondades de la última versión de *Minecraft*, sin duda me darán santo y seña del juego. Puedo pedirles que me den detalles de las nuevas tendencias de cara al Comic-Con 2016 y sin duda iniciarán una disertación de eruditos, pero puedo asegurar que ni uno solo ha leído ni va a leer *Demian* o *El lobo estepario*, de Herman Hesse, que fueron mis lecturas adolescentes y las de no pocos amigos.

De acuerdo, el solo hecho de plantear la posible extinción de lo literario puede ser absolutamente rebatible, pero cuando un fenómeno o un universo se vuelve tan pequeño y con tan poca influencia real en la vida cotidiana de la gente, no hace falta demasiado para eliminarlo o reducirlo a un mínimo apenas significativo. No se trata de mirar a nuestro universo especializado y sectario, sino de poner los ojos en cualquier escena de la vida cotidiana para darnos cuenta de que la literatura es ajena a ella. La lectura no forma parte del diario vivir. Si la tendencia sigue, los lectores podríamos fácilmente irnos pareciendo a una suerte de excéntrica cofradía del tamaño de un club de filatelia o de cazadores de mariposas.

Que la literatura sea colocada en la piedra sacrificial para su inmolación no es ninguna novedad. Ya han querido destriparla sobre el altar de sacrificios del cine o de la televisión, pero miles de barcos de papel cargados de palabras siguen navegando por el mundo ajenos a su condena a muerte. En el caso específico del cine se ha conseguido si no un matrimonio perfecto, sí una sana y paralela convivencia. No tendría por qué ser diferente con internet,

pero sucede que la red no sólo está cambiando las reglas: está cambiando todo el juego. Giovanni Sartori se equivocó al minimizar al internet como mero ocio complementario o herramienta auxiliar sin posibilidades reales de competir o eclipsar. Claro, cuando escribió *Homo videns* era 1997, un periodo casi jurásico de la red. Internet cambió nuestra manera de vivir, de hacer negocios, de relacionarnos y de interpretar el entorno. Umberto Eco tampoco lo vio venir y tal vez por eso ahora parece sufrir tanto. Internet ya está matando a la otrora todopoderosa televisión. Al transformarse por virtud de los teléfonos inteligentes en una suerte de omnipresente oráculo con don de la ubicuidad, internet también transformó el ritmo de nuestra vida diaria y, con su vocación de borgeano Aleph portátil, saturó nuestra cotidianidad con un inmisericorde bombardeo informativo y una catarata de distractores.

“La información, en lugar de transformar a la masa en energía, produce todavía más masa”, afirma Sartori. “El bombardeo visual destruye más saber del que construye empobreciendo el aparato cognitivo. La imagen es enemiga de la abstracción. El hombre del pospensamiento”, ratifica Sartori, “se torna incapaz de toda reflexión abstracta y analítica”. Estamos sobreinformados y sin embargo sabemos menos.

Durante años defendí a ultranza las tesis de Sartori y me aferré a la absoluta supremacía de la palabra escrita como el mayor proceso epistemológico. Pobres de los teledictos, manipulados por el bombardeo cotidiano de chatarra. Lo que no podemos pasar por alto es que la nueva era trae consigo nuevas alternativas de evasión, entretenimiento, exploración de otros mundos y —por qué no atreverse a llamarlo así— manifestaciones artísticas.

¿Sería posible un mundo sin libros? La palabra escrita es una perfecta intersubjetividad, el más complejo sistema de símbolos inventado por la humanidad. Al analizar la historia de la lectura y dimensionar la proeza neuronal que significa interconectar

estructuras y circuitos dedicados de origen a otros procesos cerebrales más básicos, es posible creer que la interpretación o construcción de un universo a través de la palabra escrita es el más sofisticado acto de magia. Más fascinante que la invención de cualquier máquina me parece el cerebro lector y su ilimitada capacidad de desarrollar una arquitectura siempre abierta hacia nuevos senderos gracias a la capacidad neuronal de moldearse de acuerdo con la experiencia.

El proceso epistemológico a través de la palabra escrita es neuronalmente el más completo y también el más complejo, aunque en su momento la palabra escrita tuvo sus detractores siendo Sócrates el más célebre de ellos. La mayéutica era pura en la medida que se pronunciaba e improvisaba en el ágora. Encerrarla en la frialdad de un símbolo yacente en piedra o piel era matar su esencia. La letra después de todo es artificial, una manera de encerrar o traducir conceptos y, por lo tanto, reducirlos. Nunca sabremos el éxtasis que podía sentir un cantor de la *Iliada* o la elevación que podía alcanzar su público. Cuando uno dimensiona cronológicamente la historia del hombre sobre la Tierra, los cinco mil años escritos son un soplo frente a casi 100 milenios de agrafía. En ese sentido, la historia de la literatura puede ser una ráfaga de viento, una forma de arte y expresión basada en la palabra escrita precedida por siglos de oralidad e inmolada en nombre de construcciones basadas en la interactividad y multiplicidad sensorial. ¿Será muy lejano el día en que leer cualquier obra literaria resulte una extravagancia? ¿Un momento en que al hombre le parezca rara, rayana en lo inconcebible, la idea de seguir una trama o construir un personaje solamente con lenguaje escrito? ¿Es imaginable un mundo donde sólo unas poquísimas personas desarrollen el hábito de leer textos por placer o evasión? ¿Es posible un mundo sin lectores hedonistas?

Los seres humanos inventamos la lectura, pero su estudio —a diferencia de hablar o caminar— no brota por instinto. La

lectura se aprende y se perfecciona. Aunque nos precedan cinco milenios de grafía ningún niño nace sabiendo leer y como sucede con tantas prácticas, el cerebro se va adaptando y va estableciendo sus propias conexiones neuronales. No es igual el sendero neuronal de quien aprendió a leer en chino, en árabe o en español como tampoco funciona igual la red cerebral de quien lee decenas de miles de palabras al día a quien sólo mastica unos cuantos *twits*. Las neuronas van constituyendo nuevos caminos y conexiones entre sí conforme se perfecciona una habilidad, nos dice Maryanne Wolf en su ensayo *Cómo aprendemos a leer*. Directora del Centro de Investigación del Lenguaje y la Lectura de Boston, Wolf ha estudiado a profundidad el proceso epistemológico de la lectura entretejiendo neurociencia, psicología, literatura y lingüística.

Gracias a la arquitectura abierta de las neuronas y a la plasticidad del cerebro, se puede ir desarrollando un sistema versátil que evoluciona en ritmo y complejidad según la práctica y el hábito. Ahí es donde radica el peligro de un mundo sin lectores. Esta plasticidad o adaptabilidad neuronal puede propiciar que quien nunca ha leído o sólo lee lo mínimo indispensable, vea atrofiadas sus potenciales capacidades. Podemos imaginar un profesionalista con un buen coeficiente intelectual que nunca en su vida ha leído un libro (hay tantos de ellos actualmente). Aunque tenga una inteligencia desarrollada en otras áreas no podrá, de buenas a primeras, leerse una noche cualquiera un libro de 500 páginas. Ciertamente, no es un analfabeta, sabe perfectamente distinguir una A de una O, es muy activo en Twitter y es exitoso en su campo de trabajo, pero a su red neuronal le será demasiado complicado mantener la concentración y el ritmo en una lectura de largo aliento. El detalle está en que avanzamos hacia un mundo controlado por seres como ese hipotético profesionalista. Tendrá algunas áreas cerebrales muy bien desarrolladas, pero la abstracción y reinterpretación por medio de la palabra escrita estará oxidada y le costará bastante ponerla a

funcionar de un día para otro. Tampoco se puede decir que sea un cabeza hueca, pero su conocimiento viene primordialmente de la imagen, de exposiciones de conceptos en frases cortas dentro de pantallas luminosas, de planos o animaciones digitales y su cultura yace en las teleseries o los videojuegos. Un personaje así encarna el *zeitgeist* de nuestra era. Debe haber mil de éstos por cada lector.

Aunque los miro de reajo, con la dosis de curiosidad e incredulidad propias de un ente extraño, creo que hay en la actualidad dos mundos que se han ido perfeccionando en los últimos años hasta alcanzar una dimensión comparable a la de la literatura. Me refiero específicamente a los videojuegos y las teleseries. Tomando en cuenta que hasta hace muy poco mi parámetro era el Atari de los años ochenta y el primer Nintendo, es lógico que ubicara al videojuego como una de las manifestaciones más bobas y banales de entretenimiento. Si todo se reduce a una boca amarilla tragando galletas o a dispararle a unas ridículas navecitas, es posible ver al adicto al Pac-Man como un timorato. Sin embargo, 30 años después el videojuego se transforma en un mundo complejo, alucinante, una castanediense realidad aparte en donde hay trama, duda, albedrío. Para millones de jóvenes esos universos son algo más que un entretenimiento. Son su culto, su cimiento emocional y epistemológico, como para muchos jóvenes lectores pudo ser Herman Hesse o Carlos Castaneda. La saga de *The witcher*, basada en novelas fantásticas como *La dama del lago*, *El último deseo* y *La espada del destino*, o los juegos de espionaje basados en las novelas de Tom Clancy no se limitan a dispararle a marcianitos. Investigando al respecto me entero de que hay un videojuego que recrea los círculos del infierno de la *Divina comedia*, cuyo protagonista es el mismísimo Dante. Hay también otro juego basado en *Alicia en el País de las Maravillas* con su respectivo conejo blanco y su reina de corazones.

Es posible que el videojuego haya motivado a más de un adolescente a leer a Dante, pero es más posible que decenas de miles

de jóvenes inquietos, curiosos y con aptitudes para ser potenciales buenos lectores, destinen a la realidad virtual el tiempo que en otra época hubieran destinado a la literatura.

El caso de las teleseries es también interesantísimo. Aunque en lo personal he visto muy pocas —*Breaking bad*, *Sons of anarchy* y *Vikings*—, debo admitir que me han sorprendido gratamente. Confieso que empecé a prestarles cierta atención cuando, en los últimos años de su vida, Federico Campbell me confesó ser adicto a *The wire*. Extraordinario que existan estas alternativas pero también creo que potenciales amantes de la buena literatura destinan su tiempo libre a estas historias cuya complejidad narrativa e intertextualidad puede estar al nivel de las mejores novelas. Sostiene Jorge Carrión en su libro *Teleshakespeare. Las series en serio*:

La tradición audiovisual de las series va más allá de la narrativa cinematográfica y se imbrica en las técnicas contemporáneas que han moldeado nuestra forma de leer. Mientras que la velocidad a la que nos obligan a leerlas sintoniza con el espíritu de la época, el profundo desarrollo argumental y psicológico al que nos han acostumbrado conecta con la novela por entregas y con los grandes proyectos narrativos del siglo XIX (*La comedia humana*, *Los episodios nacionales*). Entre principios del siglo XXI y finales del siglo XIX, la biografía entera del Padre Cinematográfico.

Las telenovelas o los programas de variedades son tan chatarreros y banales que no le arrebatan adeptos a la literatura. Un lector de Sergio Pitlor o Enrique Vila-Matas difícilmente soportaría 20 minutos de una telenovela mexicana con Thalía, de la misma forma que el público natural del culebrón no tiene en su casa una biblioteca con ejemplares de editoriales como Acanalado, Tusquets o Almadía. El detalle es que el potencial lector de un Juan Villoro o un Javier Cercas puede darse por bien servido viendo *Mad men* o *House of*

cards y postergar la lectura para un mañana condenado a no llegar nunca. La literatura va siendo relegada por nuevos competidores, pues sucede que aunque todo cambia vertiginosamente, el día sigue teniendo 24 horas. Así las cosas, en el campo de batalla sobrevive únicamente el lector puro, el que en un menú de opciones en igualdad de disponibilidad y circunstancias elige la palabra escrita como su vía para viajar o construir otros mundos. Aunque existen no pocos que dividen su tiempo entre los libros y las teleseries, a la hora del frente a frente y del tiempo dedicado, la literatura suele ser la perdedora. En la derruida trinchera sólo queda el lector duro, el aferrado, el radical. El pigliano último lector cuyas neuronas están programadas y condicionadas por el síndrome Alonso Quijano. A ese lector terco es a quien está dedicada esta tentativa ensayística, pues hoy más que nunca está en verdadero peligro de extinción.

La tentación de ser el último lector

La lectura construye un espacio entre lo imaginario y lo real, desarma la clásica oposición binaria entre ilusión y realidad. No hay, a la vez, nada más real ni nada más ilusorio que el acto de leer. Muchas veces, el lugar de cruce entre el sueño y la vigilia, entre la vida y la muerte, entre lo real y la ilusión está representado por el acto de leer.

RICARDO PIGLIA
El último lector

Si acerco las manos al fuego, me quemo; si me encajo un cuchillo, sangro; si bebo tequila, me emborracho; pero un libro no me hace nada, salvo que me lo arrojes a la cara.

DAVID TOSCANA
El último lector

Quizá todos los seres humanos —en algún desliz de nuestras fantasías o nuestros pavores— nos hemos imaginado como el último ser viviente sobre el planeta. Dado que el concepto *fin del mundo* forma parte de nuestra cultura, es obvio que en algún momento nos hayamos sentido predestinados a ser testigos del final de los tiempos.

Hay una enorme dosis de petulancia y egocentrismo en la idea de integrar la generación apocalíptica. Aunque el Armagedón yace incrustado como una ancestral pesadilla en nuestra psique, lo cierto es que en el fondo —o acaso en la superficie— debe

representar un orgullo el poderse concebir como integrante del selecto grupo de los últimos seres humanos que habitaron en el planeta. Si la historia humana es una gran obra teatral, no deja de ser un privilegio el poder actuar en la última escena.

En nuestra concepción lineal y progresiva de la historia y su cronología, todo gran final es necesariamente apoteótico. Miles de generaciones son polvo en la noche de los tiempos, pero nosotros somos esos seres únicos a los que nos corresponde el honor de dar el último adiós mientras un meteorito se acerca a la Tierra o un cataclismo nuclear acaba con los últimos vestigios de vida.

La adicción al Apocalipsis es ancestral pero no parece pasar de moda. Antes de nosotros millones de personas han creído con firmeza estar viviendo en los últimos días de la humanidad y posiblemente muchos murieron pensando que con ellos se acababa el largo camino del *homo sapiens*. Los primeros cristianos, por ejemplo, vivieron con la certidumbre de estar a la vuelta de la esquina del juicio final. El retorno de Jesucristo, creían, sería cuestión de pocos años, tal vez de meses. En la Europa feudal, la generación del año mil no tenía duda alguna sobre su predestinación apocalíptica; tres siglos después, los testigos de la peste negra tuvieron motivos de sobra para creer que el gran castigo final había caído sobre el planeta. Para un europeo de 1349 era muy lógico pensar que los cuatro jinetes cabalgaban afuera de su casa. El espíritu de los personajes del *Decamerón* de Boccaccio es el de ser los últimos contadores de historias en un mundo que agoniza. El carro de la muerte va peinando las aldeas mientras 10 jóvenes se refugian en el campo y se entregan al deleite de narrar cuentos intuyendo que acaso sea lo último que les quede por hacer en un mundo apestado.

El fin del mundo no pierde vigencia ni deja de vender. Profetas sobraron en 1999 y en 2012 y los supermercados y aeropuertos yacían infestados de apócrifos Nostradamus y sus émulos. Admi-támoslo: aunque morimos de miedo, en el fondo nos seduce la

imagen de esa última escena de la gran obra de la que tenemos el privilegio de ser protagonistas.

Acaso una sensación similar sea la que impregne el ánimo de los lectores que vivimos en los tiempos del Apocalipsis del libro. El objeto que nos ha acompañado a lo largo de nuestra vida entra en fase de acelerada extinción y nosotros nos creemos sus últimos depositarios, los defensores de un tesoro a punto de perderse, los guardianes de una antorcha que se apaga bajo la tormenta entre cenizas mojadas.

¡Vaya romanticismo! En el mundo han dejado de imprimirse libros, mientras la humedad, el hongo y la polilla van carcomiendo nuestras bibliotecas. Nosotros envejecemos y con horror comprobamos que nuestros hijos y nietos jamás han leído un ejemplar en sus vidas. Cuando nosotros muramos nuestras bibliotecas serán quemadas, destruidas o arrojadas a la basura. Nuestra herencia es sólo una monserga de papeles verdosos que pesa toneladas. Tal vez haya algo de pretensión y mucho de ridículo en esta escena, pero la realidad es que tampoco es tan improbable.

Los lectores nos hemos vuelto apocalípticos y tal vez no sea exagerado afirmar que ya nos gustó jugar el rol. Lo integrado no va mucho con nosotros en estos tiempos y Umberto Eco es nuestro vocero cuando proclama que nadie acabará con los libros. Proclives a involucrarnos en banderas de mártires, nos vemos a nosotros mismos como los últimos representantes de una cultura que sucumbe ante una avalancha de frivolidad. ¿Una raza o estirpe puede ser consciente de su propia extinción? Cuando el último lobo de Tasmania murió en cautiverio, en 1936, el infortunado marsupial se despidió sin saberse el último ejemplar de una raza con más de cuatro millones de años en el planeta.

Cuando de artes u oficios hablamos es difícil precisar cuándo se llega a la total extinción. Quizá una excepción sean los alquimistas que preparaban el letal fuego griego en el Imperio bizantino. Cuando

Constantinopla yacía a merced de los otomanos en mayo de 1453, sus mismos compañeros decidieron inmolar a los únicos sabios que conocían el secreto para elaborar el arma química más antigua de la historia, pues al quitarles la vida garantizaban que el secreto no caería nunca en manos de los turcos. En verdad se llevaron el enigma a la tumba, pues a la fecha no se sabe exactamente qué sustancias componían el mortífero fluido con que los bizantinos rociaban embarcaciones enemigas. Fuera de ese ejemplo que se me ocurre al vuelo, no hay demasiadas certidumbres cuando de extinciones hablamos.

¿Hubo un último heresiarca? ¿Hubo un último escriba? ¿Quién fue el último astrónomo o navegante en usar un astrolabio? ¿Quién fue el último cartógrafo en dibujar monstruos marinos o sirenas en los confines de tierras incógnitas? ¿Quién fue el último estudioso del reino animal en firmar un tratado de zoología fantástica con dragones y mantícoras incluidos? ¿Quién fue el último contador inca en saber leer y elaborar los nudos de un quipu? ¿Quién fue el último rapsoda? ¿Quién fue el último catedrático aferrado a la escolástica? ¿Quién será en este milenio el último lector? La pregunta puede resultar absurda, pero la imagen obsesiona. Quizá los delirios escriturales han firmado su pacto con la inmortalidad y existirán mientras haya vida humana, pero el lector radical, aferrado y vicioso, el que no concibe su vida sin un libro en la mano ni conoce otra forma de viaje y evasión que no sea la lectura, está amenazado de muerte.

Con una diferencia de meses se publicaron en el mundo de habla hispana dos libros cuyos títulos son iguales: *El último lector*. El regiomontano David Toscana publicó su novela en otoño de 2004 y el argentino Ricardo Piglia su híbrido ensayístico en primavera de 2005. Ignoro si alguien se los ha preguntado en entrevista, pero seguro estoy de que ambos se sorprendieron al descubrir en la mesa de novedades editoriales una obra con ese creativo título del que, sin duda, se creían únicos dueños.

La novela de Toscana transcurre en el pequeño poblado de Icamole, ubicado en el municipio nuevoleonés de García, y comienza con la aparición del cuerpo de una niña flotando en las profundidades de un pozo casi seco. En el poblado existe además una biblioteca atendida por Lucio, apasionado lector y celoso guardián de libros. He estado no pocas veces en Icamole y sé que la biblioteca descrita por Toscana es ficción pura, aunque como metáfora funciona. En las piedras del desierto que circunda el poblado hay no pocas pinturas rupestres pero el gran acervo bibliográfico de Lucio vive tan sólo en la imaginación de Toscana. Claro, Icamole es un pueblito del desierto con 160 habitantes y una mención en la historia. Lo del censo es relativo, pues bastaría que 16 pobladores de Icamole emigren para tener 10% de modificación demográfica, pero lo de la mención en la historia se ha inmortalizado en el apodo menos favorable que tuvo Porfirio Díaz en su vida, quien en 1876, inmerso en la rebelión de Tuxtepec, tuvo ese desierto como campo de batalla y fue humillado por el general nuevoleonés Mariano Escobedo. Lo peor no fue la derrota sino las lágrimas traicioneras inmortalizadas en el sobrenombre del Llorón de Icamole.

Cuando uno mira esa yerma desolación e imagina una biblioteca como la de Lucio, es fácil ceder a la tentación de imaginarse como el último lector, el depositario final de un tesoro a punto de perderse. Lo trágico del asunto es que también en medio de una urbe puede un lector sentirse como un bibliotecario entre cactáceas. En una región tan poblada como en la que vivo, es igualmente fácil sentirse como los personajes de Toscana, guardianes de la última biblioteca en un desierto hostil. En una ciudad con casi dos millones de habitantes como Tijuana, las bibliotecas públicas son cadáveres en descomposición y las librerías parecen sobrevivir conectadas a un respirador artificial. En semejante escenario, un lector es un ejemplar atípico, discordante.

En *El último lector* de Ricardo Piglia, el autor bucea en el misterioso acto de la lectura, esa suerte de ritual de aislamiento e introspección. La lectura como silencioso pacto de sangre entre un ser que por un momento se aparta del mundo para hacer suya la creación de un escritor. Piglia lo señala acertadamente: hay siempre algo inquietante, a la vez extraño y familiar, en la imagen abstraída de alguien que lee, una misteriosa intensidad que la literatura ha fijado muchas veces. El sujeto se ha aislado, parece cortado de lo real. La lectura como acto sacramental y absurdo a la vez. Lectores adictos e insomnes que en su delirio construyen universos alternos como Alonso Quijano. No olvidar que el *non plus ultra* de las letras españolas surge de las compulsivas lecturas de un hidalgo que pasa la vida encerrado en su biblioteca y al que el acto de leer transforma en caballero andante, que a su vez acaba por ser lector de su propia historia y del plagio que Avellaneda hace de la misma. Eso es el Quijote de la Mancha. En ese sentido, Cervantes fue el primero en rendir acaso un involuntario homenaje al lector, al transformarlo en héroe tragicómico, condenado por el acto fatal y extraordinario de leer.

Piglia cita como ejemplo fatal el cuento “El sur”, de Borges, donde el misterio y la tragedia se consumen precisamente por el acto de la lectura, cuando el bibliotecario Juan Dahlmann emprende una aventura en busca de un ejemplar descabulado de *Las mil y una noches* y pierde la vida mientras lee.

Conforme avanzo en el camino de la vida, me voy dando cuenta de que ese lector adicto del que habla Piglia es el verdadero héroe del universo literario. El lector puro, aquel que aunque quiera o lo obliguen ya no puede apartarse de la lectura, es un personaje cada vez más atípico y es posiblemente el más alucinante de este juego. Aun con la dosis de locura que pueden acarrear consigo sus respectivos oficios, el escritor, el librero y el editor pueden argumentar un fondo utilitario en su actividad, pero el lector (el de literatura, no el didáctico) es un escapista hormonal, alguien

con vocación viajera. Para el buen lector la lectura es un fin en sí mismo, aunque no excluye su rol de medio, puente o vaso comunicante. Se lee por leer, aunque a menudo la lectura sea el medio para abrir puertas ignotas. El libro es destino sin dejar de ser ruta. La escritura es un acto finito que suele acabar con la publicación. Publicar un texto significa desprenderse de él, liberarlo, renunciar a la potestad. La escritura acaba en el punto final, pero la lectura en cambio es un acto infinito. Un libro se reconstruye y reinventa de formas distintas en cada lector. Incluso un mismo lector puede dar sentidos distintos a un mismo libro.

Más allá del reto de intentar ser a veces orfebre de las palabras, la aventura más fascinante de mi vida ha sido la lectura. Tal vez puedo dejar de escribir por algún tiempo y tampoco puedo declararme inmune al síndrome Bartleby, pero me sería imposible pasar un sólo día de mi vida sin leer. Así las cosas, este objeto que Umberto Eco considera perfecto, insustituible y casi eterno como la cuchara o el martillo, ha formado parte de mi intimidad, de mi vida diaria y suele acompañarme a todas partes. Jamás salgo de casa sin un libro en la mano. Nunca me ha dado por tratar de calcular el número de días, meses o acaso años del total de mi existencia que he pasado leyendo, subrayando o escogiendo libros, pero algo me hace sospechar que el resultado abarca un buen trecho. Me he dedicado sobre todo a la lectura y a la compra de libros, pero ocasionalmente también a su venta, promoción y —casi como consecuencia natural e inevitable— a su escritura. Podría hablar también de un irremediable periodo bibliocleptómano en la adolescencia, pero esas confesiones serán materia de otro texto. Lo inocultable es que mi relación con este objeto es patológica, rayana en lo vicioso. No quiero dar a este ensayo una dimensión trágica, pero si el libro muere, aunque sea sólo una muerte objetal, moriría irremediablemente una parte de mí. Por fortuna, sé que no estaré vivo para ver la desaparición física de los libros, aunque para

efectos prácticos sean ya una suerte de muertos vivientes alumbrados por la luz de la estrella muerta que da nombre y sentido a esta tentativa ensayística.

La destrucción del hábitat es la causa principal por la que una especie animal se extingue. El ecosistema se va devastando y la especie amenazada debe arreglárselas para sobrevivir en un entorno hostil y ajeno. En el caso de los lectores, la muerte más evidente es la de las librerías y las bibliotecas. Sí, me podrán decir que existen mil y un archivos virtuales, que leer a los clásicos (y en realidad casi cualquier libro) es gratis en internet, que en Amazon puedo mandar pedir el más improbable ejemplar y lo tendré en mis manos, que esos cementerios de papeles son nidos de polilla, resumideros de lo obsoleto. Me puedes decir todo eso, pero yo te diré que un santuario bibliófilo no es un medio sino un destino en sí mismo como la cantina o el café, y sucede que esos recintos se están muriendo porque ya no son negocio. Sí, tal vez si vives en Ciudad de México o en Buenos Aires puedes reírte de esta catastrofista amenaza de extinción que veo venir, pero sucede que habito en una región en donde haría falta poquísimo para quedarnos sin una sola librería en cientos de kilómetros a la redonda. Para ser más específico, en la demarcación municipal en la que habito —Rosarito, Baja California— no hay una sola librería, fuera de una tienda evangélica que vende biblias y la sección de revistas y *best sellers* del supermercado.

En Tijuana hay casi dos millones de habitantes y menos de una decena de negocios dedicados a la venta de libros, de los cuales sólo cuatro son propiamente librerías con un catálogo respetable, pues el resto son más bien papelerías y puestos de revistas que alternan la venta de parafernalia de oficina con un limitadísimo muestrario de novedades editoriales y clásicos en baratas ediciones escolares. Conozco bien a los libreros de mi ciudad y me consta que todos batallan para mantener sus negocios a flote.

Con no pocos conflictos presupuestales se celebra anualmente en Tijuana una mediana —o diría modesta— feria del libro y dado que generalmente opera con pérdidas, apoyos oficiales recortados y no pocos dolores de cabeza, tampoco sería improbable que dejara de celebrarse. La Borders, por años la gran librería del centro de San Diego, California, cerró sus puertas hace unos años, en Rosarito sólo pueden comprarse libros en el supermercado y la mejor librería de Ensenada, El Artesano, quebró en la década pasada. Así las cosas, no es descabellado imaginar que los lectores que habitamos en esta región binacional nos quedemos sin espacios librescos. Los adictos a la lectura podríamos fácilmente quedar reducidos a una suerte de club de constructores de barquitos en botellas.

Los lectores solemos ser tercios y aferrados. En este mundo no suele haber exlectores o lectores rehabilitados. Una vez que se le ha dado el golpe a la lectura el romance es para siempre. El problema es que somos cada vez menos los que experimentamos ese placer. Tenemos en nuestras manos una fuente de disfrute, un eterno viaje a disposición, una ruta de escape superior a cualquier droga o pasatiempo, pero cada vez menos gente lo sabe. Lo peor es que el deleite no es inmediato, al menos no para quien carece del hábito ni le ha dado nunca el golpe, por lo que tampoco es sencillo hacerla de promotor o inducir al vicio.

El mundo de la literatura suele tributar al escritor, pero la realidad es que el verdadero viajero, el hedonista y el estoico, el que puede perder la razón y el rumbo es, y ha sido siempre, el lector. El lector puro —ya lo he dicho al final del anterior capítulo— es un ser en extinción. Esa persona diluida en una arquitectura de palabras —capaz de sentir el fluir de un río subterráneo donde otros sólo ven letras amontonadas— es cada vez menos común en nuestras ciudades y su esencia misma es un desafío al espíritu de la época. Aunque la lectura forme parte de lo *políticamente correcto* y sea exaltada por las *buenas conciencias* lo cierto es que su naturaleza

es transgresora. Un reto a duelo a la practicidad y el utilitarismo. El lector vive de espaldas al *zeitgeist* del siglo XXI.

Los lectores somos seres ambivalentes, divinamente contradictorios. Con horror reparamos en nuestra condición minoritaria, presentimos la inminencia de nuestra extinción y salimos a la calle a clamar por la eternidad de la lectura y los libros. Enarbolamos banderas de resistencia, levantamos trincheras y a grito pelado pronunciamos el “no pasarán”. Pero al mismo tiempo sentimos un secreto orgullo de sabernos últimos depositarios de una tradición o un secreto milenario. Somos los últimos lectores en un mundo digital sometido a la tiranía del *homo videns*; ello en el fondo nos genera un sentido de pertenencia a una logia o una sociedad secreta no apta para cualquiera. Al lector guerrillero no le gusta sentirse parte de una campaña gubernamental en donde faranduleros semianalfabetas prescriben leer 20 minutos al día. Al lector radical le gusta ser el último combatiente en la línea del frente, el brujo que viaja entre los mortales con sus fórmulas y conjuros ocultos en un criptograma.

Ray Bradbury imaginó un mundo sin libros en *Fahrenheit 451*, pero ese universo sin papel ni tinta es el gran homenaje a la lectura. Si un sistema totalitario prohíbe leer, y hace lo imposible porque en el mundo no sobreviva una sola página, es porque concede al libro una dimensión subversiva, una condición de arma letal para el sistema. Los libros han derrumbado tiranías así que lo mejor para un tirano es combatirlos. Ray Bradbury fue un idealista al conceder semejante valor a la palabra escrita. La peor pesadilla totalitaria no es la brigada de bomberos de Montag incendiando bibliotecas, sino los miles de libros apolillándose en los recintos donde habita la mosca o la rata. Hay cataratas de libros para quemar y Montag sabe bien lo peligrosos que son. Hoy, en cambio, el bombero sabría que dentro de una biblioteca puede yacer el texto más letal para el sistema político que defiende y no haría falta molestarse en reducirlo a ceniza, pues ese libro jamás encontrará

su lector. Es sólo alimento de hongo, húmedo papel pestilente, un objeto inanimado destinado sólo a ocupar un espacio.

El cura, el barbero, el ama y la sobrina queman la biblioteca de don Alonso Quijano porque suponen que al reducirla a cenizas se acabará la fuente de sus desvaríos, pero el daño está hecho. No hay vuelta atrás en la locura del bibliófilo. Don Quijote atribuye la fechoría a Frestón, el maligno y chapucero encantador que lo persigue y que ha optado por destruir su tesoro máspreciado.

El *Índice de libros prohibidos* de la Iglesia católica fue uno de los últimos grandes homenajes a la literatura. La jerarquía eclesiástica la consideraba tan peligrosa que era preciso censurarla y destruirla. Nazis e inquisidores levantaron monumentos a la lectura con sus piras de papel. La columna de humo era un arco del triunfo. Quizá el ayatolá Jomeini haya sido el último gran promotor editorial y en el fondo Salman Rushdie debe estarle agradecido por el laurel de la censura a sus *Versos satánicos*, una novela que quizá un cuarto de siglo después estaría olvidada. Ni siquiera Michel Houellebecq, más iconoclasta e intencionalmente provocador, ha desatado semejante terremoto con *Sumisión*, el libro que irá por la eternidad asociado al atentado contra el semanario satírico *Charlie Hebdo*. Acaso los talibanes y los corta cabezas del Estado Islámico sigan creyendo en el poder transformador de la literatura; pero, si a horrores vamos, no hay peor pesadilla que una librería quebrada con un letrero de “se renta” o una biblioteca transformada en cementerio.

Ya no es ninguna novedad, pero en los últimos días he recibido suficientes señales que me han hecho recordar mi pertenencia a una raza en extinción. La palabra escrita es mi pasión existencial y mi *modus vivendi*, pero cada vez me queda más claro que su final va más allá del réquiem por Gutenberg. He querido creer que todo se reduce a una cuestión del empaque de letras, una simple metamorfosis en la superficie, pero la vida cotidiana escupe en nuestra cara su verdad. No significa, por supuesto, que vayamos a sepultar los alfabetos o

vayamos a dejar de escribir, pero me queda claro que la letra irá perdiendo terreno hasta quedar como simple punto de apoyo elemental.

Sí, a lo mejor leemos y escribimos mucho más que antes, pero el que la mala ortografía se vuelva políticamente correcta y el mensaje escrito se reduzca a los parámetros y la mínima expresión del Whatsapp es indicador de una tendencia imparable. No creo que en veinte años haya una generación de jóvenes con una mejor ortografía y redacción. Al contrario, más bien creo que en muy poco tiempo los defensores de la gramática seremos seres cada vez más atípicos y extravagantes, tan raros como un monotrema en el reino animal, personajes chiflados, reliquias de otra época.

Cada día más extraña la apuesta por textos de largo aliento y más extraños aún los lectores capaces de soportarlos. En este mundo nuestro lo que mide más de 140 caracteres ya huele a *Ulises* de Joyce. La brevedad a ultranza y la tiranía de la imagen imponen su ley. Defensor como he sido de la teoría del *homo videns* de Sartori, he querido creer en la supremacía y acaso en la eternidad de la palabra escrita como la gran herramienta de comunicación humana, pero la vida diaria me demuestra lo contrario. El espíritu de la época está en otra parte.

La locomotora que jala el tren del presente nada tiene que ver con el periodismo escrito y la literatura. Quienes aún navegamos en barcos de papel y tinta somos herencia del siglo XIX, encarnación de una época en donde leer 10 mil palabras tenía algún sentido.

Aunque haya mil campañas de promoción de la lectura, ferias librecas y premios literarios, los lectores puros seremos cada vez más extraños y sectarios, búfalos blancos perdidos en una pradera desolada.

Leer a Daniel Sada en la calafia

Quizá ya en la librería has empezado a hojear el libro. ¿O no has podido, porque estaba envuelto en un capullo de celofán? Ahora estás en el autobús, de pie, entre la gente, colgado por un brazo de una anilla, y empiezas a abrir el paquete con la mano libre, con gestos un poco de mono, un mono que quiere pelar un plátano y al mismo tiempo mantenerse aferrado a la rama. Mira que le estás dando codazos a los vecinos; pide perdón, por lo menos.

ITALO CALVINO

Si una noche de invierno un viajero

Una de las escenas más atípicas y extraordinarias que he atestado en las siempre caóticas calles de Tijuana donde toda forma de locura es posible, fue encontrar a un lector de Daniel Sada a bordo de una calafia (versión tijuanaense del microbús). Era una ajetreada mañana laboral y de pronto, en una parada del fraccionamiento Santa Fe, subió un hombre de unos 50 años de edad y, cuando por fin pudo encontrar un espacio libre para sentarse, sacó de su mochila un ejemplar de *Casi nunca* y se entregó a la lectura, misma que se prolongó sin desconcentraciones a lo largo de la media hora que duró el periplo entre la furia del caos vial matutino. Yo llevaba en la mano *Diario de invierno*, de Paul Auster. Dos lecturas de literatura contemporánea en editorial Anagrama dentro de una calafia tijuanaense. Nada mal para una mañana cualquiera.

Por un instante, me llegó a pasar por la cabeza abordarlo y preguntarle la obviedad: ¿Te gusta Daniel Sada? Después me di

cuenta de que mi mayor acto de solidaridad bibliófila debería ser respetar su concentración y capacidad de entrega al mundo paralelo de la literatura. En cualquier caso, nunca he olvidado la escena.

Por alguna extraña razón, he desarrollado una especie de antena detectora de lectores callejeros. Aunque en mi vida cotidiana caben las más catastróficas distracciones y suelo despistarme ante lo evidente, me es imposible ignorar la imagen de alguien leyendo en un lugar público. Una imagen, por cierto, absolutamente atípica —diría extravagante— en esta región donde vivo, a cuyas calles les tengo bien tomada la temperatura. Cuando veo a alguien leyendo a bordo de un camión, en una banca o en la mesa de un café, siento una irreprimible curiosidad por acercarme a tratar de distinguir el libro en cuestión. Sí, a veces rayo en la indiscreción, en el más burdo fisgoneo, pero me cuesta horrores quedarme con la duda.

Tuve en la preparatoria un maestro español llamado José Manuel Martínez Altamira a quien todos conocíamos como Chepe. Siempre orgulloso de su título universitario salamantino, el profesor solía contarnos anécdotas inverosímiles para destacar la atmósfera de elevadísima cultura que se vivía en su *alma mater*. Según Chepe, en Salamanca la gente va leyendo mientras camina por la calle y no son infrecuentes los accidentes de tránsito por lectores que cruzan las calles sin levantar ni por un momento la vista de su libro. Asumo que Martínez Altamira exagera un poco en eso de los accidentes, y supongo que en la ciudad donde vivo un atropellamiento por lectura callejera debe estar considerado en las compañías de seguros al mismo nivel de probabilidad que un choque con un ovni. Tijuana, debo admitirlo, no se parece a la idealizada Salamanca descrita por Chepe. Aquí se han registrado un par de accidentes por un chita y un hipopótamo que cruzaron por transitados bulevares (pues sucede que hay por estos rumbos un céntrico zoológico privado cuyas medidas de seguridad no son precisamente extremas) pero no se registra todavía un percance

por un lector que atravesó el bulevar Agua Caliente o la avenida Sánchez Taboada sin quitar los ojos del alucinante párrafo que lo estaba llevando a explorar a otros mundos. Sí, se han producido cientos de accidentes por causa de gente que va enviando mensajitos por el teléfono celular mientras maneja, lo cual, después de todo, puede ser un percance atribuido al *homo scriptor*, pero todavía no hay registros de incidentes de tránsito provocados por manejar o cruzar la calle con un libro abierto.

Un par de años después del encuentro con el lector de Sada, vi en la fila peatonal para cruzar la garita de San Ysidro a un joven que leía *Curso de filosofía en seis horas y cuarto*, de Witold Gombrowicz. En esta ocasión tampoco me sentí con derecho a interrumpirlo y preguntarle por lo atípico de su lectura ni a pedirle su opinión sobre ese excéntrico polaco exiliado en Argentina, detestado por Borges y amado por Sábato.

A la fecha, la visión del lector de Sada y el lector de Gombrowicz es lo más raro que he visto en las calles tijuanenses en década y media de bibliófilo fisgoneo. Justo es reconocer que la probabilidad de encontrar lectores urbanos es un poco más alta en otras ciudades. Cuando viajo a Ciudad de México suelo ver, por lo menos, un lector por viaje de metro. Además, los libros suelen estar a la mano en los más improbables rincones, amén de los vendedores ambulantes del metro que de vez en cuando ofrecen pequeños libritos de bolsillo. Asimismo, los puestos de periódicos venden siempre algo de literatura, algo que no sucede en Tijuana.

Una escena que me ha quedado grabada fue la de una joven leyendo muy concentrada en la mesa de un viejo y tradicional restaurante en el centro de Culiacán, Sinaloa. Yo acababa de llegar a la ciudad y fui a dar a ese lugar por recomendación de un taxista. He olvidado qué comí y ni siquiera puedo recordar si el platillo me gustó o me dejó indiferente, pero lo que no olvido es la imagen de la lectora que estaba sentada a dos mesas de distancia. Era una

muchacha linda, o al menos a la distancia así me pareció, pues acaso la lectura embellece. No pude ver claramente su rostro, pues sus ojos estaban fijos en el papel, y lo peor de todo fue que no fui capaz de enterarme de qué libro estaba leyendo, pues lo tenía apoyado sobre la mesa y me fue imposible ver su portada. Todo el cuadro era hermoso. Una solitaria chica leyendo un libro en un céntrico restaurante ubicado en una ciudad estereotipada por la narcocultura. Evoqué en ese momento cierto cuadro rococó francés y, aunque con brutal franqueza olvidé el nombre del pintor, recordé esa imagen de intimidad casi mística de una muchacha que diluye su mirada y su imaginación en las páginas de un libro. Después recordé que el libro *Una historia de la lectura*, de Alberto Manguel, está lleno de reproducciones de imágenes de lectoras y todas son, por así decirlo, seductoras. Inolvidable la fotografía que ilustra la portada de la edición que poseo del libro de Manguel en editorial Emecé, donde una joven sentada en el suelo con las piernas flexionadas tiene un libro en el suelo, mismo que lee con su cabeza apoyada sobre las rodillas. De todas las imágenes evocadas por la contemplación de la joven de Culiacán, la más célebre es *La lectora*, cuadro que (ahora lo sé) fue pintado por el artista francés Honoré Fragonard entre 1770 y 1772 y se encuentra en la Washington National Gallery.

En la Francia ilustrada del siglo XVIII las mujeres de la aristocracia leían, pero la obra de Fragonard hubiera sido una extravagancia en el México virreinal donde sor Juana fue una de las poquísimas mujeres lectoras de las que se tuvo noticia. Por supuesto el cuadro de Fragonard no es el único. El oráculo de Google me arroja decenas de imágenes artísticas de solitarias lectoras que tampoco aparecen en el libro de Manguel. Muchas son damas antiguas, pero otras lucen muy siglo XX. También hay por lo menos cinco cuadros de lectoras desnudas, que bien podrían adornar una de tantas campañas publicitarias en pro de la lectura con un eslogan como “Leer te hace sexy”. Sí, hay una irresistible

atracción en la imagen de una mujer que lee. Por lo menos más de una veintena de artistas se han inspirado en ellas. A menudo me da por pensar que la lectora de Culiacán es todas esas lectoras.

Si me dedicara a la fotografía podría construir una serie llamada *Lectores urbanos*, conformada con fotografías de personas leyendo en lugares públicos. Tendrían que ser necesariamente imágenes espontáneas tomadas sin avisarle al lector en cuestión. También me gustaría que fueran imágenes de personas que leen en soledad. Tengo claro que si me dedicara a tomar esa serie únicamente en la región en donde habito, podría tardar varios meses o acaso años para poder reunir una buena cantidad de imágenes espontáneas de lectores callejeros. Por ejemplo, me sería mucho más fácil elaborar una serie llamada *Mamíferos marinos bajacalifornianos* o *El sublime arte de ser delfín*. Basta sentarse en el malecón de playas de Tijuana o en el muelle de Rosarito para, al cabo de 10 o 20 minutos de cierta concentración, ver aparecer aletas de delfines. Por fortuna nuestras aguas aún derrochan cetáceos. A unos metros del mercado de mariscos en Ensenada, justo donde están las embarcaciones de los pescadores, suele haber una respetable pandilla de focas aguardando que los turistas las tributen con alguna sardina. Sin duda posarían para la cámara.

Suponiendo que quisiera elaborar una serie fotográfica llamada baudelaireanamente *Paraísos artificiales* o *Pasiones opiáceas*, me sería un poco más sencillo que fotografiar lectores. En teoría, un drogadicto suele esconderse a la hora de consumir la sustancia de su preferencia, pero en las banquetas de la avenida Internacional en Tijuana o junto a las bardas de cuarterías y baldíos de la zona norte no es nada infrecuente ver a los adictos inyectándose heroína en sus brazos llagados. Ya poniéndome en plan de poeta maldito podría escribir que la imagen de un lector y un heroinómano se hermanan en la búsqueda de un paraíso donde poderse allegar (desde Thomas de Quincey en sus *Confesiones de un opiómano*

inglés a Irvine Welsh en *Trainspotting* así lo han confirmado); sin embargo, cuando de escapes de la realidad hablamos, la heroína parece ser un poco más común que los libros, al menos en los lugares públicos.

La realidad es que la posibilidad de encontrar una persona leyendo un libro de papel y tinta en la calle parece ya el colmo de lo atípico. En cambio, si quisieras hacer una serie fotográfica llamada, digamos, *Evasiones digitales*, te bastaría una tarde en un centro comercial para sacar 500 fotos de personas con la mirada inmersa en su respectiva pantallita. Si quieres sintetizar el espíritu de nuestra época, todo queda en la imagen de una persona mirando o tecleando su telefonito inteligente o su iPad. Un cuadro de época, el equivalente a la *belle époque* inmortalizada en los parisinos cafés pintados por los impresionistas, sería el de un Starbucks en donde los ojos de todas las personas yacen sobre la pantalla de sus laptops o sus dispositivos móviles. Es la imagen de nuestro tiempo y no es verdad que en México sea una imagen limitada a la burguesía, pues el teléfono celular se ha masificado y la misma escena se puede contemplar en cualquier unidad del transporte público en donde la mitad de los pasajeros suelen viajar mientras mandan y reciben mensajes. La inclusión de un lector de libros tradicionales dentro de ese hipotético cuadro costumbrista del Starbucks, empezaría ya a tener cara de excentricidad, aunque todavía es posible incluirla con cierta dosis de realismo. A lo mejor dentro de no muchos años la inclusión de un lector dentro del cuadro de época sea tan inverosímil como dibujar dentro de ese Starbucks a un caballero victoriano con sombrero de copa. Podríamos acotar también que la hipotética imagen de un fumador en el interior de ese café ya empieza a oler a antigüedad. Un señor fumando sería infaltable en cualquier cuadro de costumbres que reflejara una escena de la vida cotidiana en un café, pero al menos en Estados Unidos esa imagen es ya impensable. Por ley el fumador y por costumbre el lector, pero

el caso es que han sido arrojados fuera del cuadro. Muy pronto, también el vendedor de periódicos será una rareza en la imagen de un semáforo cualquiera. La era-guillotina tiene prisa por cortar.

En un país que celebra ferias librescas como la de Guadalajara o del Palacio de Minería, sería factible creer que la lectura en lugares públicos formaría parte de la vida cotidiana. Ya he anotado en el primer capítulo de este ensayo las cifras de la FIL más reciente, mismas que podrían hacernos creer que la costumbre de leer está incrustada en nuestra vida cotidiana, pero quizá la fiesta y el hábito tienen poco que ver. Acaso la fiesta es concurrida precisamente por ser atípica y ocurrir una vez al año. Yo bebo café todos los días de mi vida y sin embargo nunca he ido a una feria o exposición de cafetaleros. Uno puede acudir a una feria del libro (e inclusive puede abrir la cartera y surtirse de ejemplares) y no leer una sola página en todo el año.

Lo confieso: me seduce la idea de encontrar lectores en lugares improbables. Lo que atesoro es el que alguien lea un libro en donde nadie espera que lo haga.

Los lectores solitarios empezamos a transformarnos en seres tan extraños que me es imposible no sentir una suerte de complicidad sectaria cuando encuentro alguno. De la misma forma que alguien puede sentirse hermanado si ve a alguien que lleva una camiseta de su equipo de fútbol o que en la defensa de su carro lleva una calcomanía de apoyo al candidato o partido político de su preferencia, yo no puedo evitar sentir un vínculo secreto cuando encuentro un lector, como si perteneciéramos a una especie de cofradía o logia secreta (como anoté en el capítulo anterior), aunque acaso mi idealización sea ridícula y esté contaminada con una elevada dosis de pretenciosa falsedad. Por ejemplo, ¿tengo algo en común con un lector de biblias? Me ha ocurrido dos veces, ambas en parques a donde llevo a mi hijo a jugar. Yo estaba leyendo mientras mi pequeño jugaba y de repente alguien se me acercó a preguntarme si pertenecía a alguna congregación evangélica.

Cuando respondí que lo mío es el libre pensamiento y el laicismo a ultranza, mi interlocutor me dijo que al verme leyendo pensó que se trataba de una biblia. De hecho, en una de esas dos ocasiones, mi interlocutor me dijo: “Pero estás leyendo”, como si diera por hecho que sólo es posible leer libros religiosos. En ambas ocasiones traté de cortar amablemente para no iniciar una discusión, pero he de admitir que estas personas tienen razones para prejuzgar que mi lectura es necesariamente bíblica. Si me pongo a hacer un conteo de la gente que veo leyendo en la calle, la realidad es que más de la mitad son señoras leyendo biblias. La otra mitad lee porquerías como *Juventud en éxtasis* y sólo dos casos, los lectores de Sada y de Gombrowicz, han estado inmersos en lecturas cuyo gusto comparto. ¿Significa eso que sólo siento una secreta hermandad con los lectores de literatura?

El debate bíblico daría para un monumental ensayo. Por ejemplo, en *Naturaleza de la novela*, Luis Goytisolo divide las novelas en las que abrevan de las historias y la visión del Antiguo Testamento y las que se nutren de los evangelios. Después de todo, la narración en prosa le debe muchísimo, queramos o no, a las historias sacras. Cuando sostengo estériles discusiones y diálogos de sordos con mojigatos, suelo decirles que en la lectura busco preguntas no respuestas, y que aprecio más a quienes siembran dudas que a aquellos que intentan machacar certezas. Algunos evangélicos radicales me han espetado que pierdo el tiempo leyendo tantos libros, pues basta con leer uno sólo para encontrar toda la verdad. Los muchos libros sólo confunden y la luz la encuentra quien únicamente se limita a leer la Biblia. Dentro de la especie en extinción de los lectores hay no pocos cristianos. Para no ir más lejos (ya lo he anotado), en todo el municipio de Rosarito, Baja California, hay un sólo negocio dedicado exclusivamente a la venta de libros y se trata de una librería evangélica. Fuera de ese lugar, el único sitio donde se puede comprar algún libro en todo el territorio rosaricense es en el supermercado y

se da por hecho que una librería dedicada a la literatura estaría condenada a la quiebra.

Con una elevada dosis de cursilería me envuelvo en la bandera de los últimos piglianos lectores inmolados en el altar de sacrificios de una era desalmada que mata la poesía en nombre del utilitarismo, pero después reparo en que acaso nosotros moriremos antes que los lectores de evangelios. Los relatos más antiguos del mundo son textos sacros y antes de ellos sólo hubo en el mundo unos cuantos inventarios. Los padres de la escritura no son los poetas ni siquiera los sacerdotes, sino los contadores. Las más antiguas tablillas de Sumeria, con más de cinco milenios de antigüedad, no son crípticas invocaciones litúrgicas a Marduk o a Tiamat ni tampoco es, como se ha afirmado, el poema del Gilgamesh. El texto más antiguo del que se tiene noticia es el inventario de una cosecha en donde se enumeran granos de trigo y de cebada, no metáforas sobre el misterio de la vida y la creación del mundo.

¿Los primeros son siempre los últimos? Acaso mi peor pesadilla apocalíptica es que en el mundo no quedará ya un solo lector de Borges o de Cervantes, sino lectores de biblias y prontuarios fiscales. No sobrevivirá en el planeta un solo ser que se interese por *El Aleph*. Los últimos lectores serán los mojigatos y los recaudadores de impuestos.

El primer lector

Stendhal formuló el símil del espejo en la mano del escritor y Coleridge explicitó el contrato entre escritor y lector como una suspensión voluntaria de la incredulidad. El libro, en efecto, suponía un punto de encuentro de la soledad individual del autor con la soledad individual del lector.

ROMAN GUBERN

Metamorfosis de la lectura

Cualquier escritor acostumbrado a presentaciones en ferias librescas, charlas o mesas redondas, ha escuchado preguntas sobre sus influencias literarias, sus gustos actuales, su opinión sobre las nuevas generaciones, sus costumbres o rituales de escritura y —ya entrados en la plática— sin duda le han preguntado su opinión sobre la situación política, el narcotráfico, las candidaturas independientes, la reforma petrolera y un largo etcétera. Sin embargo, una de las preguntas más interesantes de las que he tenido conocimiento se la hicieron a Enrique Vila-Matas en un festival de literatura juvenil en Chambéry, Francia. Algún joven francés le preguntó al catalán: “¿Quién fue su primer lector?”.

“Nunca me habían preguntado quién fue la primera persona que me leyó y, asustado ante la cuestión, preferí irme por las ramas y desviar la respuesta hacia otros parajes y me dediqué a hablar del primer lector mental que hubo en el mundo”, narra el autor en “Escribir es enterarte de la historia que quieres contar”, incluido en el volumen *El viento ligero en Parma*.

El universo literario suele dejar de lado al lector. Al escritor se le plantean preguntas sobre mil y un temas, muchos de los cuales nada tienen que ver con su oficio, con la temática de sus libros o su ámbito de interés. En un mundo donde el intelectual es asumido como un todólogo, parece darse por hecho que si una persona es capaz de crear tramas y personajes o generar atmósferas e imágenes con las palabras, entonces debe tener una explicación novedosa y sofisticada a la hora de hablar de la fuga del Chapo Guzmán. Al final del camino, el lector es siempre el gran desconocido del juego literario, el eterno misterio y sin embargo es la pieza clave. Sin él, el creador literario no es nadie. Aunque la mercadotecnia editorial y el criterio de ciertos editores todopoderosos pueden influir en las tendencias, es en una última instancia el lector quien decide hasta dónde navega una obra literaria.

Un lector puro es más atípico aun que un escritor, y aunque existen encuestas y estudios sobre hábitos de lectura no es pretencioso ni exagerado afirmar que cada lector es un mundo y que, aun aquellos que en apariencia son idénticos, acaban mostrando contrastes si se los mira bien. No hay dos lectores exactamente iguales y contra la opinión de la mercadotecnia, tampoco creo que haya lectores prototípicos. Cada uno tiene sus propios rituales e inconscientes ceremonias de lectura y guarda extrañas relaciones con algunos libros.

¿Qué sabe un escritor de sus lectores? Nadie sabe para quién trabaja y nadie sabe para quién escribe. Podríamos preguntarle a Vila-Matas o a cualquier otro escritor: ¿cuál es tu lector ideal?, ¿puedes dibujar o describir a la persona por la que te gustaría ser leído?, cuando te sientas a escribir ¿tienes algún lector como modelo?, ¿a quién le hablas o a quién te diriges cuando estás dando forma a un párrafo? Las respuestas pueden ser miles y no siempre sinceras. Sin duda, sobran escritores que te dirán: “Escribo para mí mismo” o “No trabajo condicionado por el qué dirán” o “Aspiro a poder ser leído por cualquiera que aprecie la literatura”.

Vila-Matas ofrece una respuesta interesante: “En realidad, escribir es enterarte de la historia que quieres contar, pues al tiempo que escribes eres el primer lector de tu libro”. Inteligente planteamiento, aunque la pregunta sigue en el aire.

Afirma el catalán que el segundo lector, después de uno mismo, suele ser ese amigo o confidente con el que el escritor improvisa un espontáneo o forzado taller literario (menciona al rudo marinero que por azares de la convivencia en un barco fue el primer lector de Joseph Conrad), o bien, el posible editor del libro. Con brutal franqueza creo que Vila-Matas se sigue saliendo por la tangente. La pregunta más bien debe ir orientada hacia quién es el primer lector espontáneo, capaz de engancharse con un libro sin tener alguna filia con el escritor, aunque en todo caso sería una pregunta sin respuesta, pues suponiendo que el libro se venda en librerías, el escritor difícilmente sabrá quién fue el primer curioso que se sintió atraído hacia su creación. Quizá hasta hace muy poco la cuestión era un misterio, pero hoy, en la era de las redes sociales, lo más común es que el espontáneo y desconocido lector le escriba por Facebook al autor del libro que acaba de leer.

¿Para quién escribes? ¿Dónde está en este momento tu lector ideal? ¿Tienes alguna potestad sobre él? Desde luego que no, pero indudablemente lo necesitas. Parte del miedo que genera el ágrafo síndrome de Bartleby es la sensación de arrojar palabras al vacío, de hablarle a la nada, de escribir para nadie, pero el milagro es que aun en los tiempos de la extinción del lector puro, hasta el más frágil y endeble de los barcos de papel alcanza una playa. Ocurre a menudo con esos mensajes flotantes en botellas que navegan a la deriva en el infinito océano de la blogósfera. Lo publicado en un blog llega a un improbable puerto y genera una reacción en alguien, a menudo impensado.

Me gusta en todo caso la afirmación hecha por Borges en el cuento “Pierre Menard autor del Quijote”, citada por Vila-Matas, en

donde señala que *cualquier persona que lee un libro es el primer lector* de ese libro. Cada lector lee su propia obra literaria y, por lo tanto, cada una se reconstruye de forma diferente en cada cabeza. La creación que el autor concluyó con su punto final puede desdoblarse y multiplicarse de mil y un formas. La letra no es materia muerta ni estuche limitante como creía Sócrates. La obra literaria revive cuando es leída y puede hacerlo de maneras contrastantes.

Lo de la reinención y la reconstrucción de un libro en cada lector puede sonar a romántico cliché de promoción bibliófila, pero lo cierto es que el contexto, las circunstancias y (sobre todas las cosas) el lector definen y condicionan la lectura. De la misma forma que para dimensionar en su totalidad una obra es preciso entender la época y el entorno en que fue escrita, también es cierto que la obra tiene lecturas muy diferentes dependiendo del lugar y el tiempo en que es leída y de la formación y psicología del lector. Obvia decir que no leemos a Shakespeare con los mismos ojos con que lo leía un lector de la Inglaterra isabelina, de la misma forma que en 2015 no leemos *Sumisión*, de Houellebecq, con la mirada que lo lee al mismo tiempo un mulá del Estado Islámico. Por eso hay libros que tienen una fecha de caducidad casi inmediata y viven una vida de mariposas que sólo abren sus alas una primavera. En contraparte, tenemos libros condenados a ser póstumos y que sólo son dimensionados con el paso del tiempo. La mayoría de las obras literarias no resisten la prueba del añejamiento pero eso depende únicamente del lector.

A Vila-Matas le han preguntado quién fue su primer lector. Vayamos un poco más allá y hagamos unas preguntas más duras y comprometedoras abiertas a cualquier escritor: ¿cómo imaginas a tu último lector?, ¿quién será la última persona que te lea sobre la Tierra cuando la fecha de caducidad haya caído sobre tus libros?, ¿puedes imaginar a esa persona? O bien, quizá quepan otras preguntas grandilocuentes en las que acaso muchos escritores aspiran a verse reflejados: ¿cómo serás leído o interpretado dentro de 200

años?, ¿quedará un solo lector tuyo cuando hayan pasado varias décadas de tu muerte? Hasta el más laureado y popular escritor es absolutamente impotente en torno al destino y posteridad de su propia obra. Quizá en su fuero interno Mario Vargas Llosa puede imaginar que será leído y reeditado dentro de un siglo, pero siendo brutalmente honestos no tiene ninguna garantía. Si ningún escritor tiene potestad sobre su lectura e interpretación actual, mucho menos la tendrá sobre su posteridad. ¿Imaginarían Cervantes y Shakespeare, en su más alucinado sueño de grandeza, cómo serían recordados en el cuarto centenario de su muerte en 2016? ¿Concebirían a Macbeth o el Quijote en una tableta de Apple con animación? ¿Imaginarían sus obras en dibujos animados, en cine, en teleseries? ¿Cabría en la cabeza de dos grandísimos incomprendidos como Herman Melville o Kafka ser leídos en el siglo XXI? ¿Quién define o condiciona la interpretación actual o póstuma de una obra? Lo único seguro es que no es el escritor.

Pisando terrenos soñadores, podríamos hacer preguntas que pongan a volar la mente del creador literario. A ver, si se te aparece el genio de la lámpara y ofrece cumplirte un deseo relacionado con tu obra: ¿cómo desearías ser leído e interpretado en la posteridad?, ¿cuál de tus obras eliges como tu legado literario? y ¿cómo te gustaría que la interprete alguien que va a nacer dentro de dos siglos? Uf. ¡Qué grandilocuencia! En cualquier caso es algo que no deja de ser una ridícula aspiración, pues toda obra es libre de su autor. Lo cierto es que los criterios de lectura a menudo son impredecibles.

Mucho se habla de la esquizofrenia escritural, de esa dualidad que posee a los creadores literarios. Escribir es ser otro, desdoblarse, dejar fluir o brotar a una bestia interior. ¿Y acaso el lector es siempre el mismo? ¿No sufre el lector una metamorfosis? ¿Damos por hecho que la persona que lee es siempre idéntica a sí misma? Leer es viajar y quien viaja se transforma. El libro que te voló la cabeza cuando entraste a la pubertad se vuelve casi *naif* a tus 40. El

denso narrador del que sólo soportaste leer 10 páginas a tus 16 es tu autor de cabecera década y media después. Leer *La carretera*, de Cormac McCarthy, es una experiencia extrema cuando tienes un hijo pequeño, pero acaso pueda no ser una experiencia tan desgarradora para quien no ha vivido la paternidad.

Una cartografía libresca debe funcionar como una escalera en espiral. Cada lectura es condicionada por los libros anteriormente leídos. Se me ocurre otra interesante pregunta para un escritor: ¿prefieres un lector casi virgen o un lector de colmillo retorcido? En un lector experto brota irremediamente el prejuicio y, aunque trate de leer con ánimo abierto y receptivo a la sorpresa irremediamente, pondrá su nueva lectura bajo los parámetros de experiencias pasadas. Cada libro es un nuevo universo, pero la mirada y el diente del lector nunca son los mismos. Tendría que ser un lector sin memoria comparativa cuyo único fin sea entregarse al pleno y desprejuiciado disfrute de cada nueva lectura, lo cual en todo caso no es tampoco indeseable y podría verse como una de las más acabadas expresiones de hedonismo bibliófilo.

Tal vez una de las preguntas clave para un lector sea ésta: ¿cuándo y con qué libro le diste el golpe a la lectura? Vuelvo una vez más al ejemplo fumador de Gabriel Zaid porque me parece uno de los mejores. A la lectura, como al cigarro, hay un momento en que se le da el golpe y después ya nada es igual. El vicio se vuelve irrenunciable y uno debe resignarse a ser lector por el resto de la vida. Ignoro si les ocurre a todos los lectores y sobre todo si sea un momento consciente y si uno pueda sentir haber cruzado un umbral, pero he leído testimonios de Pitol o de Bolaño que hablan de lecturas posesas al cabo de las cuales todo se mira desde otro cristal. Hay a quien le ocurre con un disco o con una película, pero siempre hay en la vida del melómano, el cinéfilo o el lector, una obra que asesta un mazazo contundente, demoledor, que marca o condiciona un camino. Suele ocurrir en la adolescencia

o en la temprana juventud. No es el primer libro que lees o la primera película que ves, sino la que te lleva por vez primera a una dimensión o un plano que te era desconocido. Es un poco como perder la virginidad o la inocencia.

Un domingo cualquiera, a mediados del siglo pasado, un joven de 18 años viajaba en autobús de Córdoba a Ciudad de México. Durante una parada en Tehuacán, el muchacho compró un periódico para matar el tiempo y de repente se encontró entre sus páginas con un cuento que lo hizo sentir “como una corriente eléctrica recorriendo todo el sistema nervioso”. Esa lectura fue, en sus propias palabras, el mayor deslumbramiento de su juventud. “Exultaba una felicidad que ninguna lectura me había producido. Aquellas palabras: ¿Lo crearás, Ariadna —dijo Teseo—, el Minotauro apenas se defendió, dichas de paso, como al azar, revelaban el misterio oculto del relato: la identidad del extraño protagonista y su resignada inmolación”. El cuento que transformó la vida de ese muchacho y su manera de concebir la literatura es “La casa de Asterión”, de Jorge Luis Borges. El joven deslumbrado por la revelación borgeana se llama Sergio Pitol, quien dio con ese cuento alucinante en el suplemento *México en la Cultura*, dirigido por Fernando Benítez. El relato de Pitol me parece una de las más acabadas expresiones de lo que significa dar el golpe. Algo similar me contó Federico Campbell de lo que significó para él descubrir a Jean Paul Sartre en la biblioteca de Hermosillo cuando estudiaba la preparatoria. Quizá lo mismo que sintió el insomne Roberto Bolaño leyendo a Nicanor Parra en una alucinante madrugada de fiebre. Son lecturas cicatriz, lecturas tatuaje de las que es imposible salir ileso.

El morir incesante del último lector

El clásico se define en sí mismo por la supervivencia. Por tanto, la interrogación al clásico, por hostil que sea, forma parte de la historia del clásico, porque mientras un clásico necesite ser protegido del ataque no podrá probar que es un clásico.

J.M. COETZEE

“¿Qué es un clásico?”

El último lector muere todos los días. Sabemos que a cada instante se extingue en el planeta una especie animal o vegetal y sabemos también que con no poca frecuencia desaparecen lenguas y dialectos que nunca podrán ser recuperados, de la misma forma que oficios; asimismo, algunos pueblos rurales van quedando abandonados por migraciones masivas.

Nadie habla de ello, pero creo que todos los días se extinguen también varios libros y autores. ¿Puede ser definitiva la desaparición de un ente ajeno a las leyes de la biología como es una obra literaria? Después de todo, si se cuenta con una sola copia o un solo archivo disponible, hasta la obra más intrascendente y efímera de la historia puede resucitar de sus cenizas, aunque la realidad es que miles y miles de libros perecen sin resurrección posible.

El día que yo muera, quedarán en el mundo miles de lectores del Quijote y aunque no creo en predestinación alguna, intuyo, o por lo menos quiero creer en la existencia de uno o mil hipotéticos seres humanos que aún no nacen, mismos que dentro de muchos años, cuando yo sea ceniza y olvido, leerán por vez primera un párrafo que dice: “En un lugar de La Mancha de cuyo nombre

no quiero acordarme” o “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”, y se sumergirán en esas páginas, que a lo mejor para entonces son rigurosa fibra óptica, y reinventarán con otros ojos y otro criterio el camino que nosotros recorrimos mucho tiempo atrás.

Cada lector reconstruye a su manera las veredas que otros han andado. Al leer por vez primera una página del *Cantar de Mio Cid* en 2015, estamos siendo escoltados por más de ocho siglos de lectores. Obvia decir que la manera de concebir y asimilar la obra no tiene nada que ver con la forma en que era cantada en 1200 o la forma en que la leyeron los bibliófilos renacentistas estilo Alonso Quijano, cuando los musulmanes tenían más de un siglo de haber sido expulsados de la península ibérica. Hoy lo leemos como una reliquia de la épica medieval, con vivo interés si nos apasiona la reconquista española y las gestas caballerescas, aunque en la mayoría de los casos con la distante indiferencia que marcamos ante todo aquello que no nos toca en lo profundo ni tiene nada que ver con nuestra vida. Llegamos al *Cid* generalmente por mandato académico y los programas de educación media suelen incluir su estudio por su trascendencia histórica como la primera gran obra literaria escrita en lengua romance. Imposible saber cuántos lectores espontáneos y apasionados tiene actualmente la historia de don Rodrigo Díaz, pero sospecho que no han de ser demasiados.

Sí, sin duda el día de mi muerte habrá en el mundo miles de lectores de Cervantes, García Márquez y Borges, pero no estoy seguro de que vaya a haber demasiadas personas que recuerden un párrafo de mis amigos poetas Encarnación Leydelmonte o Ánimas Rocafuerte, que editaron sus poemarios en la época del taller literario estudiantil con un tiraje de 100 ejemplares que se agotaron entre los amigos de la universidad y los familiares.

Digamos que en aquel entonces los poemas de Leydelmonte y Rocafuerte hicieron mella en algunos miembros de la pandilla y a lo mejor hasta éramos capaces de recitar algunas estrofas de memoria en noches por alcoholes inflamados. Los años pasaron, mis amigos poetas nunca publicaron más allá de sus ediciones subterráneas y poco a poco la muerte fue pisando el huerto de toda la generación. Un día cualquiera se muere el último lector de Leydelmonte y Rocafuerte, los libros que editaron se diluyeron entre una tropa de polillas, y el inconstante blog que uno de ellos abrió yace perdido en el aleph cibernético. En todo el planeta no queda un solo lector que haya leído uno de sus poemas o que conozca siquiera sus nombres. Digamos que he recurrido a un ficticio ejemplo del más extremo *underground* literario, pero la muerte de últimos lectores ocurre todos los días y no necesariamente con creadores tan subterráneos.

Cuando uno ve la reacción mundial ante la muerte de Gabriel García Márquez y se encuentra con que mil portales de noticias yacen invadidos por las mariposas de Mauricio Babilonia, lo coherente es pensar que al buen Gabo le esperan varios siglos de inmortalidad como a Shakespeare o a Cervantes, quienes por virtud de la época en que vivieron, jamás soñaron con tener la resonancia mundial que tuvo en vida el colombiano y que seguirá teniendo mucho tiempo después de muerto.

Hoy escuchamos ese coro planetario garciamarquiano y asumimos que el Gabo es patrimonio de la humanidad y por lo tanto será eterno. ¿De verdad estamos tan seguros? ¿Es alucinado imaginar un mundo en donde no sobreviva un solo lector de García Márquez? Tal vez me estoy yendo al ejemplo extremo, pero hay escritores que en su momento trascendieron y a los que hoy no les quedan demasiados lectores.

Por ejemplo, nadie duda de la estatura intelectual y la trascendencia histórica de Alfonso Reyes, el escritor mexicano más

admirado por Borges. Reyes pertenece a nuestro Olimpo y su Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, en la Universidad Autónoma de Nuevo León, es uno de los santuarios bibliófilos de México. Sí, Reyes es un grande, pero siendo brutalmente honestos, ¿cuántos lectores habrá en 2015 que hayan leído su obra completa?, ¿cuántos han leído por lo menos la mitad? Sí, todos los niños regios recitamos “El sol de Monterrey” en la primaria y posiblemente hemos leído “La cena” en más de una antología de cuento, pero creo que sólo académicos especializados leen hoy su extensa obra ensayística. Podemos seguir con los ejemplos. Agustín Yáñez en su momento fue un punto de referencia y su obra ha tenido no pocas reediciones, pero me cuesta trabajo creer que sume demasiados lectores en 2015.

Tengo un familiar que, mientras yo escribo este ensayo, tiene 91 años de edad y gusta de la poesía de Juan de Dios Peza. La salud de este señor se ha deteriorado mucho en el último lustro y padece ya severas lagunas mentales, lo que no le impide recitar de memoria algunos poemas de su autor favorito. A veces su hijo empieza a leerle “Recuerdos de un veterano” y él completa las estrofas de memoria. Me es inevitable pensar que cuando este hombre muera, se habrá ido una de las últimas personas capaces de recitar de memoria versos de un poeta cuya obra no es precisamente el *non plus ultra* de lo vigente en 2015. Vaya, pongo el ejemplo de Peza porque conozco a un lector para quien sus poemas están llenos de significado, pero existen infinidad de libros que en algún momento tuvieron una enorme trascendencia para alguien y que con la muerte de ese último lector van a extinguirse para siempre. Tal vez haya todavía muchos estudiosos de Peza, lo ignoro, pero creo que hay cientos de escritores mexicanos del siglo XIX cuyo nombre no nos dice absolutamente nada y cuya lectura hace mucho está extinta. Digamos que cuesta mucho trabajo creer que dentro de 50 años vaya a haber en el mundo una persona

capaz de recitar de memoria un poema de Peza como lo recita este familiar mío.

Una vez en una librería de viejo me hice de un diccionario biográfico de personajes de la cultura nuevoleonesa. El libro fue editado en 1944 e incluye los perfiles de maestros, juristas, literatos, historiadores y periodistas de Nuevo León. Por supuesto aparecen todas las personalidades destacadas del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX, y con algo de vergüenza he de admitir que más de tres cuartas partes de los nombres incluidos me son absolutamente desconocidos. Algunos pueden sonarme familiares por alguna escuela, biblioteca o pequeña calle, pero la gran mayoría me resultan un enigma absoluto.

Todos los días muere el último lector de un libro o un autor. En el momento en que escribo esto, sin duda ha muerto la última persona sobre el planeta que leyó el cuento o el poema de un escritor determinado. Es imposible saberlo y nunca será un dato verificable, pero es algo que debe ocurrir todo el tiempo. También todos los días muere la última persona que vio una película que no ha vuelto a proyectarse y que posiblemente no vuelva a proyectarse nunca o la última persona que escuchó una melodía que no ha vuelto a ser interpretada.

Imagina que hace mucho en alguna improbable antología o compilación universitaria topaste con un cuento o un poema que te pateó fuerte o tuvo algún significado para ti o piensa en ese libro casi desconocido que un amigo te hizo llegar y que por alguna razón te dejó alguna huella. Los años pasan y el libro en cuestión no vuelve a editarse ni sabes nada más de ese autor. Por supuesto, el día que tú mueras no sabrás que eres el último ser sobre el planeta en haber leído ese texto en específico o acaso cualquier párrafo de ese autor.

En su ensayo *El libro tachado*, Patricio Pron reflexiona en torno a la negación y el silencio en la literatura, cuya historia está llena de

libros inéditos, olvidados, inconclusos, perdidos, destruidos, quemados, abortados o simplemente no nacidos. Las posibilidades del no en la literatura son infinitas.

Todos los días brotan semillas de hipotéticos libros en las cabezas de escritores activos o potenciales. Muchos de esos libros quedan solamente ahí, en una suerte de arrebato o inspiración no consumada. El camino que una idea recién nacida en la cabeza debe recorrer para abandonar el tejido neuronal y transformarse en palabra escrita puede ser tan duro como el que una tortuga marina recién salida del huevo debe recorrer para llegar al mar. Apparentemente es corto, pero está lleno de obstáculos. A menudo esa idea queda en dos o tres garabatos. César Aira suele llevar un cuaderno donde va anotando ideas y palabras mostrencas que va cazando al vuelo y que pasan por su mente como fugaces aves migratorias y que si no son garabateadas pueden esfumarse en segundos. La biblioteca de los libros nonatos es descomunal.

Claro, algunas ideas germinan, y si el escritor en cuestión es disciplinado puede materializarlas en un borrador o manuscrito. Seguirá entonces el largo y a menudo complicado camino de la publicación que sólo unos cuantos tienen *a priori* resuelto. La obra puede ser inscrita a un certamen, sometida al dictamen de la editorial o publicada en una edición de autor o en un blog. Una vez que ha visto la luz, el reto es que el libro encuentre su lector, lo cual puede llegar a ser tan improbable como que una botella arrojada al mar con un mensaje llegue a algún destinatario o que un barco de papel arribe a un puerto seguro en medio de una tormenta marina.

Digamos que el milagro se produce y la botella con el mensaje encuentra su lector o sus lectores. Al decir esto me refiero a encontrar alguien para quien la obra tenga algún sentido, que lo refleje, que se sienta tocado e identificado con ella al grado de experimentar el deseo de releerla. Este escenario es —creo— el gran milagro de la literatura, lo mejor que le puede pasar a un

escritor. El libro es un mero objeto que sólo existe y cobra vida por la operación de la lectura. Sin ella solamente ocupa un espacio como objeto inanimado. “Un libro es una cosa entre las cosas, un volumen perdido entre los volúmenes que pueblan el indiferente universo hasta que da con su lector, con el hombre destinado a sus símbolos”, escribe Borges.

¿Cuáles son los mejores libros? Aquellos que son capaces de transformarse y revelar rostros distintos en la relectura. Cuando ésta es un placer más intenso y fascinante que la lectura inicial, entonces estamos frente a una obra mayor. No sé cuántas veces he leído *El Aleph* o *Ficciones*, de Borges, pero seguro estoy de que si vuelvo a leerlos esta noche serán capaces de envolverme en una atmósfera diferente. A menudo esta atmósfera yace en las palabras no escritas. Hay algo en el relato que se intuye pero no se ve. Es como en una partida de ajedrez, donde los movimientos ejecutados son tan importantes y trascendentes como los no realizados. Lo fascinante es cuando un relato que ya leímos nos revela en la relectura un nuevo rostro poblado de acertijos e intuiciones que no pudimos apreciar del todo en la primera vez. Afirma Neige Sinno en *Lectores entre líneas*:

Cada nuevo libro que leemos o releemos, lo leemos acompañados por todas las lecturas, interpretaciones y experiencias que hemos tenido hasta ese momento. Así, no hay dos lecturas iguales de un mismo libro. Cada acontecimiento nuevo modifica no sólo el presente, sino también el pasado porque puede cambiar la lectura del pasado. Del mismo modo, cada nueva interpretación de la historia modifica la historia en su conjunto.

En la lectura y en el amor no se manda. A veces las circunstancias o el momento de la vida en que es leído un libro determinan su efecto en nosotros. Hay obras intrascendentes o de plano fallidas

que por alguna razón extraña nos tocan una fibra, y lumbreras o piedras angulares que nos resultan indiferentes. Mi cartografía lectora está llena de libros o fragmentos mostrencos escritos por autores de los que nunca he vuelto a leer nunca nada.

Ninguna ruta de bibliófilo es exactamente igual a otra. Cuando de lectores puros hablamos es imposible calcar mapas. Sí, claro, puede haber muchísimos casos de no lectores que comparten exactamente los mismos cinco libros que leyeron por obligación en determinada escuela y que a la postre serían las únicas páginas leídas en su vida; sin embargo, cuando hablamos de personas que ya le han dado el golpe a la lectura, sus rutas bibliófilas serán siempre diferentes como copos de nieve. Vaya, ni siquiera con aquellos que tenemos mayor afinidad en lo que a géneros o autores respecta podemos compartir un catálogo idéntico. Inclusive las almas gemelas lectoras difieren en algo.

No obstante, llega un momento en que ciertas cartografías librescas llegan a un punto muerto y se transforman en calles cerradas sin bifurcación alguna. A menudo, al deambular por viejas bibliotecas bajacalifornianas, pienso en todos esos libros que llevan años sin ser tocados. Paso el dedo por los lomos de los diversos ejemplares y trato de adivinar cuánto tiempo ha pasado desde la última vez en que un lector los abrió y leyó al menos un párrafo, y cuánto tiempo pasará hasta la llegada del día en que el libro cubierto de hongo o polilla sea desechado después de una limpia.

Tal vez sea ridículo, pero es difícil resistir el embate de la saudade al ver cementerios de libros. Afuera de la magra biblioteca “Adolfo López Mateos”, de Playas de Rosarito, en Baja California, yacen amontonados en pequeños cerritos los viejos ejemplares de *best sellers* en inglés donados por ancianos estadounidenses. Arrumbados a la intemperie sobre la banquetta aguardan a que alguien les ponga una mano encima pero a veces ni siquiera los no pocos vagabundos que deambulan por la zona los toman para

hacer fuego. A veces me pregunto si alguno de esos libros tuvo lector y hace cuánto tiempo que sus páginas no provocan nada. Sus hojas son sólo papel húmedo, monserga sin valor alguno cuyas posibilidades de volver a encontrar un lector son ínfimas. La inmensa mayoría de los libros que ocupan un espacio físico en el planeta son cadáveres. Son susceptibles de ser leídos, pero sus potenciales lectores ya no existen.

Armadas con tapabocas y guantes, un grupo de mujeres ha consagrado los días de mayo de 2015 a una operación de altísimo riesgo, equivalente al manejo de residuos infecciosos: el descarte y eliminación de libros de la biblioteca pública “Adolfo López Mateos”, de Playas de Rosarito. En poco más de 20 años nunca se había hecho una depuración del magro acervo. Cientos de libros consumidos por el hongo y la humedad, o de plano obsoletos, correrán el mismo destino que la colección de Alonso Quijano. Tratándose de una biblioteca ubicada junto al mar, en un lugar oscuro y húmedo, es lógico que el reino fungi haga de las suyas. Si a la tiranía del hongo le agregamos que casi la mitad del modestísimo acervo está integrado por libros de texto de los años ochenta, informes de políticos o mastodontes de programas gubernamentales, el futuro no luce prometedor. En los anaqueles hay no pocos libros cuya única función es estorbar. Con decirles que tienen incluso una descomunal y gravosa ego-enciclopedia de la vida del charlatanesco Ron Hubbard, el merolico fundador de la cienciaología. También una buena cantidad de libros en inglés donados por los gringos del pueblo, aunque por desgracia sobra el *best seller* chatarril. Como a casi todas las bibliotecas mexicanas, la salva la colección Lecturas Mexicanas, del Fondo de Cultura Económica, los infaltables Porrúa, México a Través de los Siglos, la colección Clásicos, de Océano, en pasta dura, y algunos raros diamantes producto de los caprichos de la aleatoriedad literaria. Su última gran bocanada de aire fresco, como ha sucedido con todas las bibliotecas del

país, es la colección México Lee. ¿Cuántos libros sobrevivirán tras la depuración? No muchos. Hay siempre algo trágico en la historia de un buen libro arrojado al cadalso tras larguísimos años de tener al hongo como único lector. Me entristece saber que habrá eliminación pero nunca renovación, que nadie se ha preocupado por inyectar una mínima dosis de vida en esos cementerios que son nuestras bibliotecas municipales, destinadas a sobrevivir con lo mínimo indispensable.

¿Sólo Rosarito padece estas miserias bibliotecarias? Por desgracia no. Al otro extremo peninsular del país las polillas también hacen de las suyas. La mayor extravagancia de la fuga del pasado abril a la Riviera Maya no fue encontrar alguna deidad apocalíptica en las profundidades de un cenote o hablar por la noche con un Alux, sino visitar la biblioteca pública de Playa del Carmen, misma que ni por casualidad aparecerá en guía turística alguna. Al igual que todas las bibliotecas municipales de México, la “Leona Vicario” es un yacimiento de olvido y desolación en donde hace muchísimos años no entra un libro nuevo; como a todos los recintos libresco administrados por el gobierno, la salva las colecciones Sepan Cuántos..., de Porrúa, Lecturas Mexicanas, del Fondo de Cultura Económica, y algunos mostrencos ejemplares de México a Través de los Siglos. Aunque Icamole y Playa tienen poco que ver, por un momento recordé la historia de *El último lector*, de David Toscana, y aunque son agujas en pajares, seguro estoy de que hay lectores quintanarroenses abrevando letras de ese pozo que —pese a las apariencias— no está seco. Formados sobre la banqueta en la Quinta Avenida de Playa del Carmen encontré unos 30 libros en trueque, todos en inglés. “Take 1 leave 2” se leía en un letrero rayado con plumón. Mucho *best seller* chatarresco, algún ejemplar de Ellroy y otro de Jo Nesbø que casi me tiente a desprenderme de una pieza de mi arsenal.

En el desayuno de nuestro hotel yace una pequeña biblioteca en donde la inmensa mayoría de los libros están escritos en

sueco. Hay unos cuantos en inglés y ni uno solo en español. Traducciones de Umberto Eco, Joyce Carol Oates, el *Gone girl*, de Gillian Flynn, y algunos autores nórdicos (extrañamente ninguno policiaco). ¿Donación u olvido de algún turista de Suecia? Las iguanas que deambulan por el jardín parecen ser sus más fieles lectoras.

En cualquier caso, nuestra vida no es tan distinta de la de esos libros de cementerio. ¿Cuándo nos cubrirá por completo el manto del olvido que seremos? Días después de nuestro funeral vamos saliendo poco a poco de los hipócritas pésames y de los temas de conversación. Un año después apenas se habla de nosotros. Un día cualquiera, esencia pura de insignificancia, muere la última persona que tuvo contacto real con nosotros. De pronto, en el mundo no queda nadie que nos haya conocido en vida, pero acaso quede un nieto o bisnieto que sepa nuestro nombre por mera curiosidad de árbol genealógico. Años después morirá el último ser para quien nuestro nombre tenga algún mínimo significado, aunque nunca nos haya conocido. Muerta esta persona, nuestro nombre se transformará solamente en un registro sin significado alguno. Lo mismo ocurre con los libros, con el arte, con todo. El olvido que seremos; el olvido que ya hemos empezado a ser.

Una ociosa *facebookera* llamada Emma Bovary

Madame Bovary es todas las mujeres.
Es mi madre. Es el llanto de las mujeres,
la frustración terrible que siempre se
desbordará, que se desborda.

PIERRE MICHON

Cuerpos del rey

Que me perdone Gustave Flaubert, quien se revolcaría en su tumba con esta afirmación, pero yo no tengo duda alguna: si Emma Bovary hubiera vivido en estos tiempos habría sido una *facebookera* incurable. A menudo se olvida que el mayor personaje de Flaubert, y según confesión propia su *alter ego* (“Madame Bovary soy yo”) fue —además de adúltera y dada a las ensoñaciones— una ávida lectora. Emma leía una novela romántica tras otra y la lectura era su vía de escape de una existencia monótona en la provincia normanda. De hecho, si se entregó a las aventuras románticas con Léon y con Rodolphe fue por soñar con vivir una tórrida experiencia de novela que rompiera con el patetismo de su matrimonio y no por un auténtico enamoramiento o arrebató erótico. Las lectoras son peligrosas, pues les puede dar por ir a buscar experiencias extremas.

“Leer para vivir” le dijo Flaubert a su amiga Marie-Sophie Leroyer de Chantepie en una carta fechada en 1857, el mismo año en que se publicó *Madame Bovary*, pero si bien no dudo de la auténtica bibliofilia del novelista francés, sí me permito poner en tela de juicio la vocación de su personaje y *alter ego* femenino. Integrante de la clase media rural de Normandía a mediados del siglo XIX, madame Bovary leía porque los libros fueron su única puerta de evasión posible en un mundo donde no había demasiadas

alternativas de entretenimiento. Hija de un pequeño terrateniente y esposa de un modesto médico rural, Emma sabe leer, lo cual no es atípico para una mujer de su condición social en la Francia pos-revolucionaria, pero su vida no le ofrece demasiadas distracciones. La señora Bovary no era ni de lejos algo parecido a una sor Juana que lee por auténtica sed de conocimiento. Su afición por los libros se explica, con perdón de Gustave, porque era su único recurso de entretenimiento. Atendiendo a la personalidad diseñada por Flaubert —una esposa aburrida con ambición de aventuras románticas y riquezas— sería fácil imaginarla en estos tiempos pegada al Facebook, compartiendo cursilerías, husmeando páginas o chismeando con las amigas. Es posible concebirla como una lectora de revistas como *Hola* o *Caras* y sin duda como fiel seguidora de más de una telenovela, aunque también sería muy factible ubicarla leyendo y fantaseando con una novela como *Cincuenta sombras de Grey*. Emma no era una lectora pura. Era una simple buscadora de entretenimiento y, al igual que muchísimas personas en el siglo XIX, lo encontró en las novelas. De haber tenido a la mano televisión e internet, madame Bovary posiblemente jamás habría leído un libro completo en su vida. ¿Cuántos lectores como ella habrán existido en el siglo XIX? Sospecho que muchísimos. Sin esos buscadores de entretenimiento no habrían sido explicables fenómenos como Balzac, Tolstoi, Dickens, Stendhal, Dumas, o el propio Flaubert. Si bien no tuvieron el aparato publicitario y la plataforma de internet con que cuenta un autor *best seller* a principios del siglo XXI para promoverse, los grandes novelistas decimonónicos reinaron en soledad y no tuvieron que competir con el cine, la tele y las redes sociales. Es explicable que cientos de personas se congregaran en los muelles de Boston para esperar al barco que llegaría de Inglaterra con la última entrega de Dickens, como hoy tenemos *geeks* que son capaces de dormir afuera de la tienda Apple cuando se anuncia la llegada de la nueva iPad.

Quizá lo mismo podría aplicarse a los escritores mexicanos del siglo XIX. Manuel Payno, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto y Vicente Riva Palacio tampoco tuvieron que competir con mil y un alternativas de ocio y entretenimiento, pero a diferencia de los europeos debieron enfrentar un analfabetismo casi total. Los narradores mexicanos del siglo XIX escribieron para una reducidísima casta de letrados que apenas superaban 10% de la población del país. En un México rural e incomunicado, sometido a compulsivos cuartelazos, guerras civiles e invasiones extranjeras, escribir una novela y aspirar a tener miles de lectores debe haber sido algo muy parecido a arar en el mar.

Días antes de comenzar la escritura de este ensayo, platicaba con una mujer llamada Erenia Contreras, habitante del barrio tijuanaense Camino Verde, una sobrepoblada zona marginada que nació a principios de los años ochenta como resultado de una invasión de predios abandonados entre laderas y cañadas. Durante más de una década, los habitantes de Camino Verde sobrevivieron sin agua ni luz, alumbrándose con velas o lámparas de petróleo. “En la casa sólo leíamos, ¿qué más podíamos hacer? Leíamos libritos, revistas, lo que hubiera”, me dijo Erenia.

En alguna época, hace no muchos años, uno de los barrios más bravos de Tijuana practicaba la lectura, aunque fuera como último recurso ante el flagelo del aburrimiento en viviendas donde no había televisión. En el relato de Erenia se sobreentiende que la lectura era una suerte de refugio extremo ante la carencia. Se lee como una medida desesperada, como quien a falta de alimento come roedores o raíces.

Aunque los servicios públicos han llegado, Camino Verde está lejos aún de superar sus problemas de marginación, hacinamiento, delincuencia y drogadicción. Ciertamente, hay esfuerzos permanentes de organizaciones ciudadanas y algunos programas públicos que interactúan con los vecinos, pero la vida diaria en dicha comunidad

sigue siendo un baño de adversidad. Pese a sobrevivir enfrentando carencias de las más elementales necesidades, la mayoría de los adolescentes de la colonia se las han arreglado para tener su respectivo telefonito y aún entre calles de lodo y bajo techos de lámina, sus miradas se pierden en universos virtuales. Actualmente es absolutamente improbable, algo rayano en lo imposible, que un adolescente de Camino Verde se entregue a la lectura por falta de otras alternativas de entretenimiento como le ocurría hace 20 años a Erenia. Si un joven opta por la lectura es porque alguien ha sabido consumir el prodigio de inculcarle el hábito, no porque le falten cosas que hacer.

Por ejemplo, entre las mil un chucherías que se venden en la garita de Tijuana-San Ysidro, hay quienes ofrecen libritos de chistes o novelitas rosas de bolsillo a 10 pesos como remedio contra el tedio que supone esperar varias horas haciendo fila para poder cruzar la frontera. Casi nadie las compra. Hubo también una iniciativa del Instituto de Cultura de Baja California de prestar libros a quienes esperan cruzar la frontera. Hacer fila para atravesar la línea es un ritual de vida diaria para miles de tijuanaenses. Según las estadísticas de El Colegio de la Frontera Norte, entre 28 mil y 30 mil habitantes de Tijuana cruzan todas las mañanas la garita para ir a trabajar o estudiar a Estados Unidos, lo que supone una larguísima acumulación de horas muertas en sus vidas. Aun así la lectura no logra fructificar en la zona. La mayoría de la gente yace inmersa en las pantallas de sus teléfonos celulares o evadiendo la mirada de las hordas de vendedores ambulantes que intentan aprovechar al mercado cautivo más grande de la región.

Cierto, nunca falta algún adulto, generalmente una señora mayor de 50 años, que adquiere algún librito, pero en cualquier caso son los menos. El programa del Instituto de Cultura naufragó por falta de interés.

La lectura ha fungido socialmente un rol de analgésico o conjuero contra el tedio de los minutos muertos. En las salas de espera

de los consultorios médicos o en las peluquerías hay siempre una mesa con un altero de revistas que en la actualidad a menudo se quedan ahí sin ser tocadas, pues a quienes aguardan a ser atendidos les basta y sobra la pantallita de su teléfono inteligente para entretenerse.

La lógica apuntaría a que ese lector matador del aburrimiento está en irremediable proceso de extinción. Su supervivencia en este tiempo es un verdadero milagro. Si algo caracteriza a nuestra época es la sobreoferta de entretenimiento inmediato. Ciertamente, el libro lleva muchos años coexistiendo con la televisión y el cine, pero hoy las distracciones caen sobre nosotros como una ráfaga de ametralladora automática que en ningún momento deja de disparar. La omnipresencia de esa pantallita-deidad ha transformado todo. Además del compulsivo envío de mensajes a través del Whatsapp y el fisgoneo en redes sociales, el altarcito digital en cuestión ofrece videojuegos y películas. La vida no alcanzaría para agotar el catálogo de Netflix. Ciertamente, en ese páramo digital cabe también una biblioteca, pero la supremacía del sartoriano *homo videns* suele mandar esa opción al fondo de la tabla de alternativas.

Bajo esta óptica, sería posible pensar que el superficial lector de *best sellers*, proclive al canto de las sirenas de la novedad, estaría en camino a la total desaparición en estos tiempos y que la resistencia bibliófila la abanderarían los lectores artesanales que apuestan por la exquisitez literaria. Nada más falso. En 2015 sigue habiendo súper ventas que presumen cifras millonarias. Sería factible creer que a los prototípicos lectores de *El código Da Vinci* o *Cincuenta sombras de Grey* les basta y sobra con su Netflix para entretenerse, pero la realidad es que cientos de miles de ejemplares en papel y tinta de este tipo de novelas se siguen vendiendo como pan caliente. Conspiraciones milenarias, enigmas templarios, detectives nórdicos, vampiros adolescentes y sadomasoquismo *light* siguen siendo la gallina de los huevos de oro de la industria editorial. Acaso el

superficial cazador de entretenimiento puede ser tan fiel al libro como el pigliano lector puro.

En uno de los cuentos del volumen *La ternura caníbal*, Enrique Serna presenta a un muy bien logrado personaje, una señora burguesa que viaja con su insufrible marido a Manaus, Brasil, con la idea de recorrer el río Amazonas. El marido es un político retirado de vieja y corrupta estirpe que no se resigna a ser condenado al ninguneo y al anonimato, y al no tener quien lo escuche, se dedica a torturar a su esposa con sus peroratas, mientras ella intenta sumergirse en su lectura de *El código Da Vinci*, de Dan Brown. La mujer que nos dibuja Serna es superficial y carente de cultura literaria, lo que no la exime de ser una lectora adicta. Cuando su esposo alcoholizado pierde su maleta con el libro de Dan Brown adentro, la mujer empieza a entrar en una crisis propia de heroinómano en abstinencia, pues no soporta la idea de navegar por el río Amazonas sin una sola lectura en la mano. Su sensación de carencia es tal, que empieza a leer pequeños manuales e instructivos de navegación en portugués que no entiende ni le interesan. Lo que esta señora necesita es leer cualquier cosa, lo que sea, de la misma forma que un teporocho es capaz de beber alcohol de farmacia cuando el *delirium tremens* muerde fuerte. Nadie dijo que el lector adicto deba ser necesariamente un derroche de cultura y de buen gusto. La lectora con síndrome de abstinencia en pleno río Amazonas que describe Enrique Serna bien puede ser una Emma Bovary. Acaso he sido injusto. Además de *facebookera*, Emma sería hoy en día una devota lectora de parafernalia códigodavincinesca o tendría fantasías eróticas con *Cincuenta sombras de Grey*. Acaso serán las modernas Bovary y no los últimos piglianos lectores quienes salven de la quiebra a la industria editorial.

Alonso Quijano cabalga al Comic-Con

La lectura es parte de una búsqueda de la felicidad, o por lo menos, de una intensidad de la vida. La lectura es una modalidad de la fuga. La actividad de leer se asemeja a la búsqueda humilde e individual de un más allá de la cotidianidad. Sin embargo, la lectura puede volverse enfermiza y como cualquier práctica o consumo de sustancias conduce al abuso.

NEIGE SINNO

Lectores entre líneas

¿Qué rol jugarían hoy en día los lectores más célebres de la literatura universal? Alonso Quijano, queda clarísimo, es un bibliófilo consumado, pero su vida, a diferencia de la de su creador, no ofrece demasiadas emociones. Don Alonso es un estacionario hidalgo de pueblo cuya mayor aventura, antes de ser armado caballero andante por el ventero, es ir de cacería con su galgo, y no creo que las llanuras manchegas estuvieran repletas de fauna salvaje. Cervantes tuvo una vida mucho más intensa que la de su personaje. Antes de los 30 años de edad ya había servido a las órdenes de un cardenal en Nápoles, había sido soldado en Lepanto —en donde un arcabuz turco lo hirió de gravedad dejándole el brazo inútil— y había estado preso en Argel. Hay escritores de vidas parcas que inventan personajes inverosímiles, pero el aventurero Cervantes decidió crear a un señor de pueblo cuyas únicas emociones fuertes yacían en los libros de caballería. Cuando pasa ya de los 50 años de edad, don Quijote mira el mar por vez primera en Cataluña, mientras que Cervantes tuvo tiempo

para hartarse de mirar el Mediterráneo ensangrentado cuando era un mercenario veinteañero. Cuando el escritor llegó a la edad de su personaje después de vivir mil y un periplos de toda calaña, estaba ahogado en deudas. Quiso embarcarse a la mágica América, pero la ley le reservó una celda en la cárcel de Sevilla donde comenzó a escribir su novela cumbre. Al igual que la mujer creada por Flaubert dos siglos y medio después, el personaje de Cervantes es un lector soñador cuyos libros son una puerta hacia otro mundo.

Si madame Bovary busca aventuras galantes para hacer que su vida se parezca a las novelas rosas que lee, Alonso Quijano intenta ser Amadís de Gaula o Tirante el Blanco y transformar su yermo entorno manchego en un escenario de novela caballeresca poblado por gigantes y malvados encantadores. Don Alonso es un hijo de Juan Gutenberg. La plancha para aplastar uvas que se transformó en la primera imprenta de Maguncia se remonta a 1455 y el personaje de Miguel de Cervantes, creado en 1605, habita en los últimos años del siglo XVI o los primeros años del siglo XVII (en la trama, la batalla de Lepanto de 1571 ha ocurrido hace algunos años y los moriscos ya han sido expulsados de España por decreto real). Quijano, un hidalgo más bien modesto de pueblo castellano, tiene una enorme biblioteca personal en casa, lujo que ni siquiera los reyes podían darse antes de Gutenberg, cuando los carísimos libros artesanales yacían en los monasterios o en las primeras universidades como Bolonia y Salamanca. Sin embargo, siglo y medio después del nacimiento de la imprenta un hidalgo de magra fortuna puede permitirse poseer cientos de libros, pues ya a principios del siglo XVI, tras la era de los incunables, circulaban en la calle no pocas ediciones baratas de novelas caballerescas.

Bajo la luz del canon vigente en su época, Alonso Quijano no era considerado un lector erudito al estilo Borges o Umberto Eco. Vaya, digamos que en aquel tiempo los jerarcas de la Universidad de Salamanca eran doctores henchidos de escolástica para quienes

las novelas caballerescas eran poco menos que chatarra (aunque quizá en secreto las leyeran, pues hasta el cura y el barbero se niegan a quemar el *Amadís de Gaula* cuando hacen arder la pernicioso biblioteca de Alonso). En tiempos de Cervantes, la moda entre los nobles era leer historias de caballeros andantes y aunque el *Amadís de Gaula* alcanzó un estatus de clásico, había kilos de literatura considerada desechable y superficial en donde se cometían constantes aberraciones contra la geografía y la historia, y en donde sólo se buscaba entretener con relatos de encantamientos, dragones, gigantes y princesas, nada muy distinto a la fantasía adolescente actual y a muchos videojuegos que hoy son exitosos.

Don Alonso Quijano en 2015 podría ser un lector de *best sellers* o acaso sería un cinéfilo. Tal vez si Quijano tuviera 16 y no 50 años, sería posible imaginarlo como un enajenado jugador de videojuegos o un lector de cómic que de pronto se cree encarnado en sus personajes. Juega *Calabozos y dragones* y un día cualquiera le da por salir a la calle a tratar de materializar su fantasía. Para transformarse en caballero andante, don Quijote requiere vestirse como los personajes que admira y por ello se coloca una anacrónica y vieja armadura perteneciente a un antepasado. Nada muy distinto a lo que ocurre actualmente. Basta darse una vuelta por el Comic-Con de San Diego, la convención de cómics más grande del mundo, para darse cuenta de que los seguidores de esas historias no se conforman con leerlas, verlas o jugarlas en videojuegos: necesitan representar a sus personajes y vestirse como ellos. *Cosplay* se le llama a este juego, contracción de *costume play*, una práctica que no sólo implica ataviarse exactamente como determinado personaje de *anime* japonés (o actualmente de cualquier tipo de cómic), sino llevar a cabo un juego de rol y asumir por completo su personalidad. He leído y visto en internet no pocos reportajes sobre episodios psicóticos protagonizados por adolescentes que acaban creyéndose que son el personaje representado por su disfraz. Bajo

la óptica de la psiquiatría, un muchacho que de repente pierde la noción de la realidad y se cree un personaje con súper poderes de *Dragon ball* puede ser catalogado como víctima de un brote psicótico. Tanto como catalogarían a un cincuentón ataviado con una armadura que ataca un rebaño de ovejas por ver en los animalitos a un ejército enemigo, o que se estrella contra las aspas de un molino de viento creyendo combatir a unos gigantes.

Para vivir en toda su intensidad su pasión por el *anime*, los adolescentes necesitan jugar a que pierden la razón y, al menos por tres días —un quinceañero que reprueba en la secundaria y se exprime los barros de su cara—, se siente un personaje de *Juego de tronos*; de la misma forma que el modesto hidalgo de un aburrido y árido pueblucho de La Mancha, siente que pelea con gigantes, navega en barcas encantadas o vuela por el espacio a bordo de un caballo de madera.

Quizá la comparación es particularmente odiosa y conozco a no pocos quirotólogos que detestarían la sola idea de relacionar a los jóvenes del Comic-Con con el personaje de Cervantes. Impugnarían con razón la dimensión axiológica del Quijote, la profundidad de su cosmovisión e ideales y su trascendencia histórica. Yo sostengo que, al final de cuentas, la semilla del deseo y la inquietud es la misma. En 1605, el único camino para explorar mundos fantásticos sin salir de casa eran los libros de caballería. Hoy existen miles de alternativas para escapar a otros universos. Los cómics y el mundo de la nueva fantasía juvenil, por cierto, abrevan de la caballería clásica. No creo que *Juego de tronos* o *El Señor de los Anillos* hubieran podido existir sin las mitologías germánicas y las leyendas artúricas. Cuando a bordo de un vagón del *trolley* en San Diego veo a un joven vestido como Wolverine, intentando impresionar a la gente mientras actúa y simula pelear como el personaje, pienso que a su manera no es muy diferente de alguien que pretende parecer caballero andante. Dice Cervantes que Alonso Quijano “se enfrascó

tanto en su lectura que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, de turbio en turbio: y así, del poco dormir y mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio”. No son muy distintas las quejas que he escuchado de parte de padres de adolescentes aficionados al Cosplay y los juegos de rol, quienes de claro en claro, de turbio en turbio, suelen enfrascarse en sus personajes y pasar las noches en vela. Sí, al igual que el cura, el barbero, el ama y la sobrina, muchos papás han deseado en algún momento de desesperación quemar los cómics y los monos que enloquecen a sus hijos.

El arte renacentista del videojuego

¿Qué nos quiso decir Twain? Muchas cosas, todas razonablemente descodificadas: que la vida sólo merece la pena ser vivida en la adolescencia y que la adolescencia, el territorio de la inmadurez, puede prolongarse tan lejos como se prolongue la libertad del individuo.

ROBERTO BOLAÑO

Mi hermano menor nació en 1989, concretamente el 17 de diciembre, 38 días después de la caída del muro de Berlín y una semana antes del fusilamiento de Nicolae y Elena Ceausescu en Rumania. El día en que nació (de eso me acabo de enterar en este momento) se transmitió en la cadena Fox el primer capítulo de los Simpson, mientras Estados Unidos planeaba su invasión a Panamá, y Brasil celebraba sus primeras elecciones libres en dos décadas. Intensa fue aquella Navidad de 1989. En casa había un nuevo bebé mientras el mundo experimentaba una radical metamorfosis. Por vez primera tuve la intuición de estar cruzando un umbral en la historia. En ese momento no lo sabía, pero mi hermano se convertiría en un parámetro para dimensionar lo lejos que está mi generación de la suya. Aun dentro de nuestras no pocas afinidades y coincidencias, me queda claro que nuestra manera de dimensionar y apreciar el mundo, o más específicamente el arte, puede resultar contrastante.

Hace un par de meses tuve una charla con él que contribuyó a sembrar la semilla de angustia e inquietud que da origen a este ensayo. Yo le comentaba mi preocupación sobre la influencia que sus primos mayores podrían tener en mi hijo de 5 años al inducirlo

a los videojuegos. Pasarse la vida con un control en la mano y la mirada perdida en mundos virtuales me resulta una de las más patéticas expresiones de ocio infantil y adolescente. Lo admito: dentro de mi concepción y mis prejuicios, el fanático de los videojuegos es poco menos que un burro, un deficiente timorato con quien es imposible sostener una charla interesante. Mi hermano, a quien le gusta arrojar como dardos frases e ideas provocadoras, me dijo que hoy en día un videojuego es la más acabada expresión de la creación artística. El creador de un videojuego sofisticado, afirmó, está al nivel de un genio del Renacimiento, pues hay dibujo, paisaje, música e historia y, por supuesto, programación. Existe una trama en donde puede haber destino y libre albedrío, con personajes complejos y bien desarrollados que enfrentan una aventura.

Actualmente, sostiene mi hermano, la creación de un videojuego puede llegar a ser más difícil y a menudo mejor pagada que la elaboración de una película. De la misma forma que los artistas del Renacimiento eran pintores, escultores, anatomistas, matemáticos y astrólogos, el creador de un videojuego es alguien con creatividad literaria capaz de desarrollar una historia y que además sabe de música, arte y es, por sobre todas las cosas, un experto programador y un genio de la alta tecnología. Yo me aferré a mi punto y, tras envolverme en la bandera de la gran literatura, le hice ver que los videojuegos son un pasatiempo pasivo de aburridos adolescentes cuya única misión en la vida es exprimirse espinillas.

Mi hermano no es por cierto un ignorante. Aunque le gusta provocar y molestar con frases duras, no suele hablar a la ligera y sin conocimiento de causa. Si bien lo suyo son las ciencias exactas y la astronomía, no le hace ascos a la literatura, y ha sido lector de Cortázar y Dostoievski. Con todo, él se aferra a su defensa a ultranza del videojuego como una de las bellas artes. De acuerdo, mi cultura *gamer* se agota en el Pac-Man y los Space Invaders de los años ochenta y jamás me he adentrado en alguna de las sofisticadas

tramas que me describe, pero aun así no cabe en mi cabeza que pueda existir en estos tiempos el equivalente a un Shakespeare o a un Cervantes del videojuego. ¿Existen acaso? Sin duda hay gurús en la materia que además son multimillonarios y que ya son distinguidos al mismo nivel que los creadores artísticos.

A los apocalípticos y a los piglianos últimos lectores tal vez nos sorprenda (y acaso a alguien le moleste) saber que en el país de Víctor Hugo, Balzac y Flaubert se ha reconocido oficialmente a los creadores de videojuegos con la más alta distinción cultural del gobierno francés. En 2006, Francia otorgó por vez primera la distinción de Caballeros de la Orden de las Artes y las Letras a los franceses Michel Ancel y Frédérick Raynal, y al japonés Shigeru Miyamoto.

El entonces ministro francés de cultura, Renaud Donnedieu de Vabres, resaltó que por fin se reconoce al videojuego como un verdadero producto cultural. “Este reconocimiento expresa la voluntad del ministro de cultura de promover los talentos de esta creación cultural”, señaló en entrevista con el diario *Le Monde*.

“Habéis revolucionado el universo de los videojuegos dándole un aura de nobleza y lo habéis colocado entre las creaciones vivas, entre el cine y otras artes, gracias a verdaderas proezas técnicas”, expresó el ministro durante la premiación.

¿El videojuego es un arte? Conozco a más de un purista que se sentiría terriblemente ofendido con tal aseveración. ¿Qué pensará al respecto Umberto Eco? Cuando escribió *Apocalípticos e integrados* el videojuego no figuraba en el mapa. ¿Forma parte del *kitsch* y cultura chatarra de las masas? ¿Lo incluirá Giovanni Sartori como una ramificación de la sociedad teledirigida?

Michel Ancel es el creador de *Rayman*, de 1995 a 2006 vendió más de 20 millones de copias de los diferentes episodios, lo que lo coloca como el videojuego francés más vendido del planeta. Ha realizado también el videojuego de la película *King Kong* de Peter Jackson.

El otro francés que ha recibido los honores es Frédéric Raynal, quien, de acuerdo a la nota de *Le Monde*, revolucionó el mundo de los videojuegos al introducir un personaje 3D en un decorado 2D en *Alone in the dark*, además es el fundador de la compañía Adeline Software.

Pienso en la actual generación de novelistas franceses, de Houellebecq a Modiano, pasando por Patrick Deville, Echenoz, Pierre Michon, Emmanuel Carrère o Delphine De Vigan. ¿Su influencia en el escenario actual es comparable a la de Ancel y Raynal? ¿Es válida, justa o posible la comparación entre novelistas y creadores de videojuegos?

Por lo que respecta al japonés Shigeru Miyamoto es una suerte de García Márquez del videojuego, pues es el creador del celeberrimo Mario, un clásico de clásicos. Años después, el japonés sería distinguido con el BAFTA de la Academia Británica y postulado para el Premio Príncipe de Asturias. Explicó en entrevista con *El País* Iván Fernández Lobo, director de Gamelab, la Feria Internacional del Videojuego y el Ocio Interactivo, que se celebra anualmente en Gijón:

Como todos los grandes visionarios, la inspiración Miyamoto no surge de la nada sino de su entorno más cercano. Así, se fijó en los bosques que rodeaban su casa y cuyas grutas fueron escenario de sus juegos infantiles para crear la saga Zelda, uno de los juegos más laureados en la historia del sector. El mismo método sirvió para ir incorporando en los casi 200 videojuegos que ha creado con elementos de la narración cinematográfica: el *travelling*, el uso de planos, la música.

Si en anteriores capítulos de este ensayo hablé de las brechas generacionales y la imposibilidad de estar al mismo nivel de los nativos digitales hijos del milenio, lo cierto es que para los

promotores del videojuego como un artífice de la unión familiar se está dando un interesante fenómeno, pues los adultos que en su infancia o adolescencia jugaron Pac-Man, en los ochenta, hoy tienen hijos que son expertos en el manejo de las nuevas consolas, pero el videojuego lejos de fragmentar reúne a la familia y propicia la sana convivencia entre padres e hijos.

Señala Alison York, directora de investigaciones del canal Nickelodeon, en entrevista con Keith Stuart y Jordan Erica Weber, periodistas del diario *The Guardian*, cuyo artículo fue traducido y reproducido por el diario *El País* el 20 de agosto de 2015:

Hoy estamos viendo a la primera generación de padres que crecieron con los videojuegos, y que ahora transmiten esa pasión y conocimientos a sus hijos. En una encuesta reciente realizada a familias británicas, el canal descubrió que el 75% de padres entrevistados juegan con sus hijos a la consola, y que los niños de 10 años o menos siguen las recomendaciones de sus padres en materia de videojuegos.

Por otra parte, señala York, las familias pasan más horas juntas en el salón, y se reduce el número de niños con televisión en sus habitaciones. Puede que cada miembro esté usando un dispositivo distinto pues ahora hay una media de 8.4 dispositivos digitales por hogar, según los datos recabados por la encuesta de Nickelodeon y las cifras del regulador británico Ofcom.

Según la investigación de Nickelodeon, 34% de los niños de menos de 11 años tiene una tableta, y ahora tienden a adquirir su primer teléfono inteligente cuando llegan a secundaria. “En consecuencia, esta ‘generación táctil’ navega permanentemente entre los mundos digital y real”, explica York. “Esperan juegos de 360 grados, donde cada plataforma aporta algo a la experiencia”.

En cualquier caso, el videojuego opta por la omnipresencia y la convivencia. En realidad, videojuego y red social son universos

perfectamente compatibles. Señalan los periodistas especializados de *The Guardian*:

Ya hemos visto que multitud de mundos virtuales —como Moshi Monsters y Club Penguin— funcionan a la vez como videojuegos y espacios sociales. Sin embargo, hay una nueva generación de juegos que explotan las mejoras en la conectividad de banda ancha y las características de las redes sociales, para crear experiencias sociales más dinámicas. Minecraft se ha convertido en un popular punto de encuentro para que los amigos charlen mientras trabajan en colaboración.

He pensado siempre que el sartoriano *homo videns* es un ser pasivo, un flojo incapaz de realizar cualquier esfuerzo intelectual, pero la realidad es que la actual cultura del videojuego impulsa la creatividad. El jugador es a su manera un creador. Los *gamers* ya no se limitan a ser pasivos observadores del desarrollo de un juego. La tendencia en la plataforma Kickstarter es ofrecer roles creativos a sus consumidores ya sea como actores de doblaje o incluso como compositores de música.

Aunque no son tan populares, hay videojuegos basados en clásicos de la literatura estadounidense. Hay un juego llamado *The great gatsby* en el que Nick Carroway recolecta martinis y evade objetos. ¿Lo habría jugado Scott Fitzgerald? ¿Se habría ofendido o habría cobrado derechos de autor? Mark Twain aporta lo suyo con un videojuego de las aventuras de Tom Sawyer muy similar a Mario Bros. No todos los *videojuegos literarios* nacieron después de la muerte del autor de la obra representada. Según sé, Ray Bradbury alcanzó a jugar en 1984 el juego *Fahrenheit 451*. ¿Montag tendría la consigna de quemar videojuegos basados en literatura o se da por bien servido con la destrucción del papel? *Alone in the dark*, un videojuego bastante popular, está basado originalmente en

historias de Edgar Allan Poe, específicamente “La caída de la casa Usher”, aunque en versiones posteriores lo mezcla con criaturas de Lovecraft. Ya he hablado en un capítulo anterior de un juego basado en el infierno de Dante Alighieri y otro más en *Alicia en el País de las Maravillas* que son muy populares. Tal vez la comparación sea absurda. Me queda claro que basar un videojuego en una novela no lo emparenta con el arte literario.

El proceso neuronal puesto en marcha por un jugador de videojuegos no es igual al de un lector, nos dice Maryanne Wolf. Todos nuestros antepasados lectores tuvieron que aprender a conectar múltiples regiones del cerebro para aprender a descifrar caracteres simbólicos; lo mismo que hace esta tarde mi hijo de 5 años y sus compañeros en el jardín de niños. Nuestros antepasados tardaron unos dos mil años en desarrollar un código alfabético que hoy los niños tardan unos dos mil días en dominar, explica Wolf.

Los siglos pasan y la lectura sigue siendo un acto prodigioso, extraordinario, a la fecha inigualable. Creo que no le falta razón a mi hermano cuando habla de genialidad y talento artístico para poder crear un videojuego, pero también coincido con Edward Tenner, experto en historia de la tecnología, quien se pregunta muy seriamente si esta hiperdigitalización no estará amenazando al mismo intelecto que la creó.

No puedo cerrar los ojos: por cada niño lector debe haber mil aficionados a los videojuegos. No creo que una cosa necesariamente excluya a la otra, pero las consolas son más populares que los libros hoy en día. Es más fácil que un niño llegue a Edgar Allan Poe por *Alone in the dark* que por una edición de las *Historias extraordinarias* en Porrúa o Bruguera. El videojuego no sustituye a la literatura, pero sí arrebató potenciales lectores.

“No hay duda de que la diferencia central, si los pensamos en comparación con el cine o la literatura, es la relación entre la conformación de un mundo” y la interacción del jugador con

ese mundo, plantea Mariano Vilar en su artículo “Videojuegos y literatura: las ficciones digitales”, publicado en la revista *In Rocks*. Agrega Vilar:

El mundo ficcional en el que transcurren los videojuegos está por lo menos tan codificado como el de una novela. Pero al mismo tiempo, incorporan un lugar para que el usuario haga de las suyas. La relación entre estos dos elementos depende, en última instancia, de cada juego. Uno de los sueños más persistentes de los *gamers* es un videojuego en el que la ficción deje su lugar a la simulación pura, es decir, un mundo plenamente construido en el cual sea posible desarrollar cualquier destino, cualquier posibilidad.

Aunque la lectura, al igual que el videojuego, es viaje, transformación, metamorfosis, mimetismo, creo que el proceso cerebral del lector y los infinitos alcances de su siempre abierta arquitectura neuronal superan los límites del universo de cualquier *gamer*, pues por sofisticado que sea su videojuego, no deja de ser una programación computarizada. Sin embargo, no es posible cerrar los ojos ante este mundo paralelo, y la historia se ha cansado de espetarnos que prohibir o satanizar es el peor remedio. Prohibirle a un niño jugar su videojuego y obligarlo a leer es un suicidio, la definitiva inmolación del libro en el altar de sacrificios. Si queremos que la lectura sea odiada, detestada y arrojada a la basura, censuremos el videojuego y forcemos a leer. No, el reto está en hacerle ver al niño y al adolescente que la fuente auténtica de donde brota la magia y el viaje más elevado yace en las profundidades de ese incomprendido amigo de papel y tinta. Vaya reto.

Con la nación *booktuber* hemos topado

Éramos jóvenes y queríamos escribir y estábamos dispersos. No había más de uno de nosotros por colegio, por barrio, por hectáreas de hectáreas. Éramos una legión de silentes o de desaforados, gente con error de paralaje, o gente tratando de encajar, o gente orgullosa de no encajar en lo absoluto, o gente herida por no encajar en absoluto.

LEILA GUERRIERO
Zona de obras

A la hora de rasgarnos las vestiduras y derramar lagrimones por la agonía del libro y la lectura, el lugar común de los adultos es afirmar que los jóvenes no leen, que su vida se malgasta frente a una consola de videojuego y que en *nuestros tiempos* los muchachos sí que leían. Con brutal franqueza tengo mis dudas. ¿De verdad los jóvenes no leen? Creo que si a promedios de lectura vamos, los nacidos a principios y a mediados de la década de los noventa son mucho más apreciados por las editoriales como clientes que los cuarentones nacidos en los setenta. La realidad es que en la segunda década del siglo XXI los adolescentes y los veinteañeros representan un nicho de lectores mucho más significativo que el de los adultos. Si aún queda alguna duda vayamos a dar un paseo por los canales de los *booktubers*.

Como todos los fenómenos de internet, la fiebre *booktuber* brotó aparentemente de la nada, como por generación espontánea, y, como suele ser la regla en estos casos, está en permanente evolución y metamorfosis; por lo que cualquier teoría concluyente

huele a prematura y tiene elevadas posibilidades de fallar. En el mundo de la red todo parece estar marcado con el estigma de lo efímero pero, aun si el futuro inmediato los condenara a ser flor de un día, conseguir que un canal de reseñas librescas tenga más de 352 mil suscriptores ya es digno de aplaudirse en el mundo del réquiem por Gutenberg.

Los *booktubers* son jóvenes nacidos en la década de los noventa que comparten sus lecturas en Youtube. La inmensa mayoría, por no decir todos, son hijos de *Harry Potter* y los vampiritos adolescentes de *Crepúsculo*, dos obras juveniles que amamantan a una o dos generaciones de cientos de miles de jóvenes lectores en todo el mundo. Para no ir más lejos, Harry Potter y los nosferatos púberes de secundaria son los principales responsables de que actualmente en las librerías haya una sección denominada “literatura juvenil” o de “fantasía”, un mundo regido por sus propias normas por completo ajeno a los “lectores serios”.

Hace poco más de medio siglo, hablar de literatura juvenil remontaba todavía a Edmundo de Amicis, a Walter Scott o a Emilio Salgari. Los que fueron adolescentes en los años sesenta sin duda leyeron en la infancia *Corazón. Diario de un niño*, brincaron a *Sandokán* y *El Corsario Negro*, y después descubrieron a José Agustín, su contemporáneo, que a su vez fue puerta de entrada rumbo a Julio Cortázar y García Márquez. Los que fuimos adolescentes en la época en la que los *booktubers* estaban naciendo a principios de los noventa, no tuvimos a la mano algo considerado como literatura juvenil. Edmundo de Amicis nos resultaba anticuado y tampoco tuvimos contemporáneos generacionales que abanderaran un fenómeno como la “literatura de la Onda”, y si de onomatopeyas hablamos, quizá nos alcanzó alguna última posresaca del Boom pero no creo que el Crack de Jorge Volpi, Ignacio Padilla y compañía haya tenido la fuerza y la trascendencia como para formar una generación de lectores. Hago una pequeña encuesta entre amigos

para tratar de encontrar una lectura común que nos haya unido a quienes llegamos a la mayoría de edad en los años noventa, pero todos mencionamos cosas distintas, lo que nos confirma como una irremediable generación sándwich. La liberación sesentera llegó con achaques de adulto, pero internet estaba todavía en pañales. La llamada generación Atari no tuvo en literatura un símbolo unificador equivalente a lo que en música fue el *Nevermind* de Nirvana. La generación nacida en los noventa, en cambio, creció bajo el manto de Harry Potter, y poco después le llegaron los vampiros juveniles. Tan encarnada está esta moda, que al final de la película *Inside out* (*Intensamente*) cuando la pequeña Riley Anderson está llegando a la pubertad, las cinco emociones que la rodean pronostican como un paso necesario e inevitable vivir un romance vampírico adolescente, como si fuera algo de lo que ningún chico estadounidense se salva en estos días.

Esta generación creció con un referente común del que todos de una u otra forma fueron amamantados. Llegar a la sección juvenil o fantástica de la librería, significa topar con mil y un portadas de hadas oscuras, príncipes elfos, alas negras, castillos, letras góticas, dragones y muchísimo manga japonés.

Para los asiduos a esta sección, quienes crecieron con una *webcam* enfrente, lo más fácil del mundo es grabarse y compartir en la red sus espontáneos comentarios sobre sus lecturas. Lo que los adultos no supimos ver es que este fenómeno se rige por sus propias reglas, y estas aparentemente intrascendentes reseñas alcanzarían cientos de miles de visitas. He dicho reseñas por llamarlas de alguna manera. No son ni se parecen ni pretenden ser algo siquiera parecido a lo hecho por un Christopher Domínguez o un Rafael Lemus y no están en espera de que el suplemento *Babelia* les publique alguna crítica libresca. Se interesan en otras lecturas, tienen otros parámetros y juegan en otra liga, pero hay algo que nos hermana: son lectores y aunque son esencialmente

nativos digitales, en un mundo gobernado por los videojuegos, ellos siguen dándole un espacio a la palabra escrita. Vaya, son capaces de recrear o reinventar un mundo partiendo de la letra, si bien muchos de ellos deben ser también *gamers* consumados.

Para la escritura de este ensayo me he dado a la tarea de pasear por los canales de varios *booktubers*, pero mi mirada está condenada a ser la de un forastero. Desde mi exterior los contemplo sabiendo que nuestra manera de ir descubriendo y devorando el mundo no tiene mucho que ver, aunque al final nos une el ser lectores. De entrada me sorprende la universalidad del fenómeno y su respuesta. Hay *booktubers* en Estados Unidos, pero también en México, en España y en Argentina. Me sorprende también que todos estén más o menos cortados por la misma tijera. No es un encasillamiento prejuicioso, pero sus edades y gustos son muy similares. Como en todo movimiento, veo que hay iniciadores y cabezas de pelotón y las inevitables decenas de imitadores. Dentro de lo original que resulta el fenómeno, hay no pocos pastiches y jóvenes que intentan colgarse tardíamente en busca de una pizca de popularidad.

No pocas veces he criticado las elevadas dosis de academismo y teoría que impregnan las reseñas. Nunca me he sentido a gusto cuando permea el lenguaje hermético y sectario. Como lector y cazador de libros a menudo lo único que deseo es que me compartas algo tan simple como las sensaciones o el retrogusto que por herencia te dejó una lectura sin necesidad de recurrir a toneladas de teoría sobre el análisis de texto. Los *booktubers* comparten sus lecturas con el ánimo y el lenguaje de quien te platica en una fiesta o en un café sobre la novela que está leyendo. Su lenguaje es espontáneo, desenfadado, aunque tengo la impresión de que con la mediatización del fenómeno los *booktubers* acaban por perder espontaneidad. Si las primeras irrupciones fueron brutalmente honestas, con el tiempo acabaron por parecer un tanto forzadas, elaboradas por cumplirle a las editoriales que mes con mes les

regalan sus novedades para que las comenten. Vaya, sospecho que no pocas veces los *booktubers* no se toman la molestia de leer los libros que les envían, pues hay quienes tienen la desfachatez de limitarse a leer el comentario de contraportada frente a la *webcam*, lo cual es en todo caso un desperdicio, pues podrían apostar por un poco más de originalidad e irreverencia. Me da la impresión de que a muchos de ellos les falta malicia.

Hay *booktubers* consagrados como los mexicanos Raiza Revelles, Fátima Orozco, Mariana González, Daniel Méndez, Alberto Villarreal, la argentina Macarena o los españoles Javier Ruescas y Sebas Mouret. Hay muchísimos más en realidad y me ha sido imposible observar a todos.

Los *booktubers* juegan en otra liga, sí, pero siempre bajo el deseo de contagiar su pasión lectora y desterrar el estigma de que la juventud lee poco. Los *booktubers* no son, en pureza, los nuevos críticos. Es cierto. No aún. Pero están locos por leer y contarlo, aprenden rápido y han atraído a la industria editorial, que los fríe ya a novedades. ¿Tienen futuro, entonces? Decídanlo, ya saben cómo: exploren, naveguen y, sobre todo, no se dejen enredar.

Escribe el periodista Ricard Ruiz Garzón del diario *El País* en su artículo “*Booktubers*: ¿los nuevos críticos?”.

Lo cierto es que al momento de escribir este ensayo el fenómeno existe y se multiplica, y sin duda la mejor noticia de todas es que los *booktubers* son sembradores de lectores, inductores al vicio. Muchos de ellos, sin duda, han sido capaces de conseguir que un adolescente lea por curiosidad su primera página más allá de los encargos escolares; en ese sentido, han logrado mucho más que no pocos programas oficiales de promoción a la lectura.

Quizá deba ser consecuencia de esa sensación de desamparo o amenaza de extinción, pero uno acaba por solidarizarse y hermanarse

con cualquier lector, sin importar si sus lecturas son obras que nunca leeríamos ni les daríamos siquiera el beneficio de la duda.

No se puede aspirar a formar lectores a imagen y semejanza. Nuestros gustos literarios pueden fungir como una pastilla para el insomnio o ser el colmo de lo pueril ante miles de lectores. Cada camino de lectura es distinto. Muchos de los vampiros y los muertos vivientes que pueblan los delirios de los jóvenes lectores son hijos del verano que nunca llegó en Villa Diodati en 1816. Nada nuevo hay bajo el cielo, pero al ver desde mi lejanía a estos *booktubers* me queda claro que cada día nace un lector.

Cuando me siento tentado a arrojar los santos óleos a la lectura y a envolverme en la bandera de los desahuciados, recuerdo la tarde del 27 de junio de 2015, cuando Benito Taibo abarrotó de quinceañeros el Centro Cultural Tijuana y pasó más de tres horas firmando ejemplares de *Persona normal* y *Desde mi muro* frente a una fila de cientos de adolescentes que jamás decrecía. No son mayoría ni se puede decir que infesten las secundarias y las preparatorias, pero los jóvenes lectores existen y aquella tarde con Benito caí en la cuenta de que no son seres mitológicos ni leyenda urbana. No somos los últimos lectores. La extinción podrá esperar unos años, pues hay jóvenes nacidos en el nuevo milenio que han descubierto el placer de alumbrarse con el resplandor de una estrella muerta.

Un Aleph bombardero

¿Existe ese Aleph en lo íntimo de una piedra? ¿Lo he visto cuando vi todas las cosas y lo he olvidado? Nuestra mente es porosa para el olvido; yo mismo estoy falseando y perdiendo, bajo la trágica erosión de los años, los rasgos de Beatriz.

JORGE LUIS BORGES
“El Aleph”

Cuando Jorge Luis Borges encontró el Aleph en el sótano de la casa de Carlos Argentino Daneri en la calle Garay, estimó que su diámetro “sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño”. El diámetro de la pantalla de cualquier teléfono inteligente no es en realidad mucho mayor al de la esferita borgeana, pero si algo nos ha quedado claro en ese cuento, es que en una pequeña ventana cabe todo lo posible. De pronto, la pantalla del iPhone es como la bola de cristal de la bruja, una suerte de oráculo siempre disponible para su consulta. El Aleph viaja con nosotros a todas partes. Ya ni siquiera es preciso bajar a sótano alguno ni aguardar una suerte de iluminación. La irrenunciable condición de millones de seres humanos en la segunda década del siglo XXI es llevar el Aleph a cualquier sitio. El entorno importa poco, pues queremos poder contemplar el universo entero en cualquier lugar. La omnipresencia del internet nos ha vuelto compulsivos. Queremos el todo en todas partes.

Nada escapa al Aleph o al menos Borges pudo ver todo lo visible y lo invisible.

Vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla enviando tarjetas postales, vi en un escaparate de Mirzapur una baraja española, vi las sombras oblicuas de unos helechos en el suelo de un invernáculo, vi tigres, émbolos, bisontes, marejadas y ejércitos, vi un astrolabio persa, vi en un cajón del escritorio (y la letra me hizo temblar) cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino.

Vaya, Borges vio incluso “la circulación de su oscura sangre, el engranaje del amor y la modificación de la muerte”. La historia de nuestra vida diaria no es muy diferente. Todos los días vemos todo y todos los días olvidamos. Al Aleph ni siquiera hay que irlo a buscar, pues él solo nos bombardea. Estar conectado a internet significa ser acribillado. Hoy podríamos decir: vi mil y un video-escándalos de políticos, vi todos los top 10, top 50 o top 100 imaginables, vi porno al por mayor, vi decapitaciones del Estado Islámico o de los zetas, vi pifias de figuras públicas, vi artistas hacer el ridículo, vi videos virales, vi memes, vi opinólogos al por mayor, vi teorías conspiracionistas, mantuve una decena de conversaciones intrascentes, recibí fotos tiernas, cursis, chuscas y repugnantes. Vi, vi, escuché, volví a ver, me aburrí, me saturé y al final lo olvidé todo. Resumen de nuestro día a día.

Ignoro cuál habría sido la actitud de Borges de haber conocido internet. ¿Habría mantenido la actitud de Umberto Eco, asqueado por la falta de filtros y jerarquías en la red? ¿Qué habría opinado de Wikipedia? ¿Le habría parecido tan banal y superficial como le resulta al semiólogo de Alessandria?

Suponiendo que no hubiera sido ciego en su edad adulta, es posible imaginar a Borges como un navegador aferrado y perseverante. El autor de *Historia universal de la infamia* fue siempre un paciente explorador de enciclopedias y diccionarios. Su cuento “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, otra representación de la totalidad

cósmica, comienza con una búsqueda en la *Enciclopedia británica* y no es descabellado ni creo que desentone reescribir ese relato teniendo como punto de partida el extravío de una dirección de internet. ¿Habría Borges caído en la típica dispersión del navegante que brinca de un sitio a otro llevado por el oleaje incontrollable de los enlaces? ¿Es posible concebirlo en una de tantas noches insomnes, con sus enrojecidos ojos cautivos de la pantalla? ¿Podríamos verlo invocar a Funes *el Memorioso* en una errabunda duermevela de naufragios cibernéticos?

Lo cierto es que el final del Aleph refleja el destino de nuestra mente en un día cualquiera de navegación y bombardeo. El *todo* no es asimilable. Aunque veas el Aleph no hay memoria capaz de retenerlo.

“Temí que no quedara una cosa capaz de sorprenderme, temí que me abandonara jamás la impresión de volver. Felizmente, al cabo de unas noches de insomnio, me trabajó otra vez el olvido”, dice Borges. Su temor y su alivio son fundados. Después del bombardeo no queda cosa capaz de sorprenderte. Lo que no consta en video no existe, y si la información carece de imagen se le considera inexistente. Tal vez lo más terrible del Aleph cibernético es la pérdida de nuestra capacidad de sorpresa. En nuestro Aleph pasa todo pero no pasa nada. Las crucifixiones en redes sociales son ciclones de minutos. La masa vocífera, se indigna, apedrea con millones de *posts*, crea *hashtags* y acto seguido olvida. La esencia del *#hashtag* es su fugacidad. Los *trending topics* suelen reducirse a instantes. La consigna es masticar rápido, saborear dos segundos y escupir. *Next*.

Retener es imposible. Nuestra vida se basa en un infinito menú de opciones. Umberto Eco puso el dedo en la llaga al señalar que el exceso de información produce amnesia. No le falta razón, aunque cuesta trabajo coincidir con él en sus rechazos, pues por momentos raya en la intolerancia y da la impresión de exigir

censura y controles en un territorio donde lo fascinante es, pese a todo, su divina y caótica anarquía. Afirma Umberto Eco:

Internet no selecciona la información. Hay de todo por ahí. La Wikipedia presta un antiservicio al internauta. El otro día publicaron algunos chismes sobre mí y no me quedó más remedio que intervenir y corregir varios errores y absurdos. Internet todavía es un mundo salvaje y peligroso. Todo surge ahí sin jerarquía. La inmensa cantidad de cosas que circulan por la Red es mucho peor que la falta de información. El exceso de información provoca la amnesia. Demasiada información hace mal.

Pese a todo, cuando desorden y control se topan de frente y hay que elegir entre uno y otro, acabo por unirme a las hordas del caos. Si se trata de optar entre dictadura y libertinaje prefiero asumirme dentro del club de los libertinos. Cuando hablamos de filtro o censura, siempre es posible preguntarse: ¿quién y bajo qué criterio se encargará de censurar?, ¿a la hora de imponer filtros, quién y bajo qué criterios definirá lo que se publica y lo que no? y ¿no hemos tenido acaso demasiada inquisición o talibanes?

Quien navega en internet debe aprender a convivir con lo banal. Eliminar por completo la chatarra del mundo, en el hipotético caso de que semejante utopía fuera posible, no garantizaría un planeta de sabios. El problema del nuevo Aleph omnipresente no es la existencia de la banalidad, sino sus proporciones y la constancia del bombardeo. Hasta hace no mucho tiempo en la vida cotidiana de un ser humano promedio ocurrían poquísimas cosas relevantes. El habitante de una comunidad rural o aun de una ciudad pequeña o mediana tenía pocos distractores en su vida y tenía demasiado tiempo para procesar y analizar un acontecimiento o una noticia. Quienes nos hemos dedicado al periodismo hemos escuchado mil veces al reportero de un ajetreado diario capitalino burlarse de

su colega de provincia diciéndole que en su pueblo la portada del periódico es la noticia de un guajolote atropellado por una bicicleta, tema que se mantendrá en el centro del debate por más de una semana. Bromas aparte, la digestión de cualquier acontecimiento era más pausada hasta hace no muchos años. Según Slavoj Žižek, “el acontecimiento es algo traumático, perturbador, que parece suceder de repente y que interrumpe el curso normal de las cosas; algo que surge aparentemente de la nada donde el efecto parece exceder sus causas”. Nuestro Aleph digital en la palma de la mano es un resumidero de efectos sin causas, un desfile de imágenes en donde sólo queda por herencia lo grotesco, lo morboso o lo chusco. En el mundo de hoy es imposible recordar. La inclemencia del bombardeo y la banalización de su contenido convierten a la información en un chicle que por aburrimiento mascamos sin demasiada convicción y del que nos queda por herencia algún saborcillo empalagoso que en cualquier caso desaparecerá también en minutos. En nuestro Aleph pasa todo pero nos hemos acostumbrado a que fuera de él no pase nada aunque el infierno suela yacer a la vuelta de la esquina. Eco se aferra a que conocer es saber cortar y seleccionar. Señala Eco, citado y analizado por Carlos Scolari en el *blog* Hipermediaciones:

Quando no recordamos lo que aprendemos, acabamos pareciéndonos a los animales. Conocer es cortar y seleccionar [...] Internet es un peligro para el ignorante porque no filtra nada. Sólo es bueno para quien ya conoce y sabe dónde está el conocimiento. A largo plazo, el resultado pedagógico será dramático. Veremos multitudes de ignorantes usando internet para las estupideces más diversas: juegos, conversaciones banales y búsqueda de noticias irrelevantes [...] Sería necesario crear una teoría sobre el filtraje de la información. Una disciplina que fuera práctica, basada en la experimentación cotidiana con internet. Ahí queda una sugerencia

para las universidades: elaborar una teoría y una herramienta del filtro que funcione por el bien del conocimiento. Conocer es filtrar.

Acaso esta biblioteca bruta en donde todo fluye a destajo es lo que con mayor razón justifica y hace necesaria la existencia de revistas o editoriales con estrictos criterios de selección. La industria editorial está en crisis, es cierto, porque internet es un yacimiento donde todo puede obtenerse gratis. Un *facebookero* iluminado en una borrachera, publica y comparte su “sabiduría” en segundos y su exabrupto estará ahí, disponible para cualquiera. Ante él, la editorial es un elitista club excluyente que cesura o limita la “auténtica literatura subterránea que brota del corazón”. Para un lector que no quiere perder su tiempo, la editorial es un sello de garantía, el filtrador o el guardián por el que pugna Eco. Si no quieres perder tiempo ensuciándote las manos en el carbón para encontrar el diamante, ahí está la editorial que ya ha hecho ese trabajo por ti. Han leído cien manuscritos prescindibles para entregarte uno que vale la pena. Su sello es el aval. La editorial te garantiza que lo ofrecido vale le pena.

Cierto, es posible unirse a la guerrilla semiótica de Eco y pugnar por la activación de procesos responsables y críticos en la interpretación de los mensajes mediáticos, pero en el entendido de que será una utopía, un inmejorable ejemplo de arado en el mar.

Pese a todo, creo que el mejor lector es el que asume riesgos, aunque sólo sea de vez en cuando. No se puede tener un pleno disfrute del néctar sin haber probado la porquería. Si atesoro algunas lecturas a nivel de lo sacro es porque por experiencia sé que no abundan, y quizá el apetito o el impulso que mueve al auténtico lector cazador es la posibilidad de hallar tesoros en el lugar más improbable. No es la regla, es cierto, pero en cualquier *blog* —flotando como botella en el ciberespacio o en cualquier cementerio de libros apolillados en camino de la basura—, es posible encontrar

una piedra preciosa, y son acaso esos encuentros el justificante de las compulsivas cacerías bibliófilas. Creo que si un inquisidor tuviera el poder de llegar al Aleph cibernético a separar lo nutritivo de la chatarra, por pura ley de la probabilidad nos acabaríamos perdiendo de algo que vale la pena ser leído. Es preciso asumir el riesgo.

De Cri-Cri al Blog del Narco

La imagen de los decapitados vietnamitas implicaba una novedad extraordinaria. Acostumbrado a leer desde que pude hacerlo relatos de la segunda guerra o de la guerra de Corea, me asombré al chocar con el salvajismo que hasta entonces sólo había visto desde el lado embellecido de los vencedores, siempre al margen de tomas crueles que delataran la abyección de la guerra. Los tres decapitados eran un asalto casi insoportable en aquel palacio de memoria ilusa.

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

El hombre sin cabeza

Todo es contemplable en el Aleph. Como ya narramos en el capítulo anterior, en el sótano de la casa de la calle Garay, Borges puede ver “el populoso mar, el alba y la tarde; también distingue tigres, émbolos, bisontes, marejadas y ejércitos, un astrolabio persa” e incluso “todas las hormigas que hay en la tierra”. Si el Aleph borgeano es capaz de mostrar miles de millones de insectos, acaso también pueda enfocar torturas y decapitaciones del narco en algún lugar de la abrupta serranía mexicana.

El *inconcebible universo* yace en la pantalla de una vieja computadora al fondo de un viejo local de internet en el centro de Rosarito, Baja California, y el preadolescente que intenta tapar la pantalla con su escuálido cuerpo conoce bien la clave para dar con el teatro del horror que anda buscando y que parece ser su mejor fuente de entretenimiento y evasión. Llego al lugar poco después

de las nueve de la noche con afán de imprimir y engargolar un trabajo recién concluido. Me asignan una de las últimas máquinas, a escasos dos metros de donde un onceañero se deleita viendo una y otra vez la escena de dos decapitaciones en el Blog del Narco. Flaco, cara de niño, pelo muy corto, arete redondo imitación perla y camiseta blanca de la marca Aeropostale. Lo imagino cruzando el umbral entre sexto de primaria y primero de secundaria. Conozco bien el video que está viendo. Millones de personas lo hemos visto alguna vez. Dos presuntos integrantes del Cártel de Sinaloa —Félix Gámez García y Bernabé Gámez Castro, sobrino y tío— yacen recargados sobre un muro de adobe mientras son interrogados. Luego de grabar las confesiones que incluyen la aceptación de una “cuantiosa” ganancia de 300 pesos por llevar unos radios al cuartel militar, un individuo del que sólo se distingue su indumentaria de camuflaje, acciona una sierra eléctrica con la que en un par de segundos decapita a Bernabé provocando un grotesco salpicadero de sangre. Acto seguido, un encapuchado vestido de negro corta la cabeza de Félix con un cuchillo, labor que le lleva poco más de minuto y medio (ignoro las razones por las que el primero mereció la eficiencia de la máquina y el segundo la lentitud de un rudimentario instrumento). Mi vecino de computadora no se aburre del video cuya duración total no sobrepasa los seis minutos. Durante el tiempo que paso acomodando y espaciando el manuscrito que voy a imprimir, el chico repite tres veces la escena, capaz de abstraerlo en esa concentración rayana en el éxtasis contemplativo. El suplicio de dos *halcones* es su vía de escape de una vida que imagino aburrida, acaso hostil y sin duda carente de grandes expectativas. La empleada que atiende el local permanece absorta en la pantalla de su teléfono por donde manda y recibe mensajes e incluso tarda en responder cuando le hago saber que he enviado mi manuscrito a la impresora. El onceañero sigue en lo suyo, viendo una vez más a la sierra eléctrica desparramando el sangrerío. En algún lugar del local hay un

letrero advirtiéndole sobre la prohibición de ver páginas con contenido inadecuado. Acaso los negocios de internet tengan demasiadas alertas rojas contra el porno, pero no contra el *gore* de las ejecuciones. Imagino la vida de ese chico, que está en vías de experimentación de sus primeros orgasmos. Es, en todo el sentido de la expresión, un pobre puñetero. Creo poder intuir, sin necesidad de escucharlo, sus sueños de grandeza y sus mil y un frustraciones, tan simples y tan banales como los de millones de personas. Quiere tener una trocona del año y no andar en calafía. Quiere poder presumir como trofeo a las morras más buenas y quiere un cuerno de chivo con diamantes incrustados. Escucha al Komander y otros berreadores alterados, y se imagina a sí mismo como un hombre cruel, despiadado, temido por los de la clicca que lo trae a carrilla en la escuela. Sin duda en su mentecita se ha representado una y mil veces tomando esa sierra eléctrica y cortando la cabeza del grandulón que lo humilló en el patio delante de las morritas. Sus endorfinas y hormonas son idénticas a las de mi generación. A quienes tuvimos su edad a mediados de los ochenta no nos tocó ver ejecuciones reales, pero sí un cine con efectos especiales cada vez más *gore* y el auge de las antenas parabólicas con su inacabable menú porno. Si mi generación hubiera tenido acceso a internet y la posibilidad de ver torturas y ejecuciones reales, sin duda las habiéramos visto.

En su libro *El hombre sin cabeza*, Sergio González Rodríguez narra el momento en que siendo un adolescente descubrió en la revista *Life* una fotografía de tres cabezas cercenadas de combatientes del Vietcong. Los decapitados tenían el aspecto de frutos de un cocotero insólito, narra González Rodríguez. El golpe visual puede ser durísimo, extremo, pero lo repulsivo irremediablemente atrae. “Me estremecía de temor y, al mismo tiempo, de ganas de gozar aquel atisbo a lo indecible”.

Quizá los motivos o las filias de un admirador de la narcocultura sean diferentes, pero la psique de un adolescente no cambia.

Lo que se transforma son los medios que tiene al alcance. El cine al que teníamos acceso hace 25 años no destacaba por su pudor a la hora de dar rienda suelta al morbo. La diferencia es que los efectos especiales se disfrutaban con palomitas y el *snuff* genera, por lo menos, algo de inquietud, pues sabemos que el sicario de la sierra eléctrica puede no andar muy lejos. También es diferente que una de cada cierta vez que los niños juegan al secuestro, acaba en la muerte real de un pequeño como ocurrió en Chihuahua. También es cierto que ese mocoso del local rosaritense tiene posibilidades reales de materializar sus fantasías más sádicas si algún mafiosillo de mediana estirpe le ve madera para empezar de recadero o halcón.

Mientras escribo siento escuchar el coro de las buenas conciencias vociferando ante el jovencito que se deleita con el Blog del Narco. Las madres de familia clamarán por la pérdida de valores, siempre los valores. ¡Señor procurador. Por Dios, hagan algo! La humanidad es mosca muerta y hace como que la virgen le habla. Alguien dijo en su momento que las historietas de Tintin eran una apología fascista, que las letras de Cri-Cri eran políticamente incorrectas, y años más tarde se quejaron de la violencia de algunas caricaturas que alimentaron la infancia de mi generación. Algo se hizo al respecto, pues pienso que las caricaturas que hoy ve mi hijo no son tan violentas como las de hace un par de décadas. Me queda claro que en sus programas hay constantes mensajes en pro de la tolerancia, el respeto y la igualdad de género. Hasta al pobre Memín Pinguín lo censuraron por su supuesto racismo velado. Sí, los niños de hoy reciben una programación políticamente correcta, pero también tienen acceso al Blog del Narco y a un gran menú del *gore* real, pues los sicarios mexicanos no son los únicos afectos a compartir su museo de la tortura en internet.

Al igual que los Zetas, el Estado Islámico es tan temido como exitoso por su estrategia de comunicación *snuff*. Sus cuchillos rebanan cuellos, la arena del Medio Oriente se tiñe de sangre y la liberal Europa ilustrada, nacida de la guillotina, grita indignada.

Un posible subtítulo para la nueva edición de mi libro podría ser *El Estado Islámico en Facebook*. Estamos ante la grotesca situación de que gente pone “me gusta” en sitios de la web donde se ven decapitaciones. ¡Estamos ante el movimiento simultáneamente más moderno y más reaccionario de la historia! Están intentando destruir Occidente en parte debido a su modernidad y su tecnología pero al mismo tiempo son creaciones de la tecnología moderna, y dependen de ella íntimamente para generar miedo y odio.

Afirma Benjamin Barber, un politólogo estadounidense que 20 años después reedita con adiciones su profético libro *Yihad versus McMundo: cómo la globalización y el tribalismo están remodelando el mundo*.

También imagino que muchas veces en mi vida he estado hablando del amor a la lectura frente a escuinclitos que pasan sus vidas pegados al Blog del Narco pero no han sido capaces de leer una página completa en sus vidas. Y sin embargo, no es descartable que pueda leerla y disfrutarla si llega alguien capaz de inducirlo a ese ritual de fuga.

El obituario de la novela como género ensayístico

El hombre moderno lee y necesita novelas para sentirse como en casa en el mundo, porque su relación con el universo en el que vive se ha visto dañada y en ese sentido, ha efectuado la transición de la ingenuidad al sentimentalismo.

ORHAN PAMUK

El novelista ingenuo y el sentimental

Posiblemente ya le han elegido el ataúd y el lugar del entierro. Esa profecía forma parte de los usos y costumbres de nuestro siglo. Cada vez que la novela se revigora alguien vocea su decreto de muerte.

SERGIO PITOL

El arte de la fuga

El momento clave de la película *Sexto sentido* es cuando el pequeño Cole confiesa a su psicólogo, el doctor Malcolm Crowe, la causa de sus tormentos mentales. La frase que muerto de miedo pronuncia es emblemática: “I see dead people”. El niño ve gente muerta y lo peor de todo es que esas ánimas en pena ignoran su condición cada-
vérica y van por la vida creyéndose vivos.

Algo similar podríamos pronunciar cuando nos paramos frente al aparador de una librería como Gandhi, plena en novedades editoriales: “I see dead novels”. Sí, los escaparates están llenos de novelas muertas, que al igual que los fantasmas de *Sexto sentido*,

tampoco asumen su condición de difuntas. Las novelas muertas van por la vida caminando como zombies, mostrando con orgullo y desparpajo sus cuerpos en descomposición. Y es que, en teoría, ese género literario llamado novela se ha muerto hace mucho. Su canto de cisne fue Proust, Joyce, Musil, Mann y, cuando muy tarde, Faulkner. Otros, con ciertas filias hacia el Boom, dirán que *Rayuela* y *Cien años de soledad* representaron la dignísima despedida al frente de esa engañosa onomatopeya literaria latinoamericana sesentera y que todo lo demás ha sido vida artificial, cadáveres caminantes, cuerpos sin vida que se alimentan de la sangre de quienes en el pasado tuvieron argumentos para aspirar a la inmortalidad. Claro, nunca falta un moderno que atribuye la condición de último cisne cantante a 2666, de Roberto Bolaño, o *La broma infinita*, de Foster Wallace. La fecha en el acta de defunción puede ser variable pero la condena a muerte es inconmutable.

A estas alturas de la vida la muerte de la novela podría ser un género ensayístico en sí mismo. Ningún género literario y acaso artístico ha podido presumir tantos sepultureros. Tal parece que ser redactor de obituarios para la novela es un oficio en sí mismo. Cada cierto tiempo brota un teórico que pronuncia un pésame y arroja santos óleos sobre el cuerpo podrido de la novela y vaticina un futuro pleno en hipertextos, deconstrucciones narrativas, *twiteratura* y series exclusivas de Netflix. Paradójico, pues a menudo ese teórico con complejo vanguardista tiene en su currículum una novela a la que define como “post cualquier cosa que se te ocurra” y se autodefine como artista interdisciplinario *posconceptual*, *posperformance*, *posblogger*, *postwitero* y *posaburrido* de todo, mientras vuelve a proclamar que la novela está pero que si bien muerta y sin posibilidades de resurrección, aunque la editorial en donde aspira a publicar nada quiere saber de cuentos ni de ensayos y muchísimo menos de poesía. Lo único que la editorial está dispuesta a aceptarle es —fíjese usted nada más— una novela. Para ser un género

cadáver parece haber gozado de muy buena salud en todas estas décadas de vida artificial.

Claro, cuando los sepultureros arrojan demasiada tierra sobre el ataúd, brota siempre alguno de sus históricos guardianes, llámese Mario Vargas Llosa, Milan Kundera, Orhan Pamuk o, en su momento, Carlos Fuentes para proclamar la larga vida que le aguarda a las novelas y a los novelistas quienes acaso hayan hecho un pacto con la eternidad.

La abeja y la hormiga ignoran que de acuerdo con las leyes de la física no les es posible cargar tantas veces su propio peso, de la misma forma que los buenos novelistas escriben y los fieles lectores de novelas leen sin importarles un carajo estar abrevando de un pozo seco.

Si la novela ha muerto, lo único que me queda por pensar es que las cientos de novelas que están siendo escritas en este preciso momento, y que acaso serán publicadas y leídas dentro de poco tiempo, son el equivalente a astros extintos hace miles de años cuyo destello nos sigue alumbrando. Cálido y hasta deslumbrante puede llegar a ser el resplandor de las estrellas muertas. La novela en el siglo XXI es la centellante luz emitida por un cuerpo sin vida, una iluminación mentirosa condenada a extinguirse, pero mientras nos siga alumbrando, disfrutaremos de ella sin importar demasiado si es emitida por un género muerto o acaso moribundo, qué más da.

Aunque la vocación de futurólogo asesino que se deleita redactando obituarios es más propia de los jóvenes, Luis Goytisolo, autor de *Naturaleza de la novela*, ganador del Premio Anagrama de ensayo 2013, es un veterano de 80 años quien no duda en referirse a la novela como un género que ha pasado a mejor vida. Hay momentos en los que el ensayo de Goytisolo me parece inmerso dentro de un predecible y formal academicismo. Un breve y hasta cierto punto obvio repaso a la historia y evolución de la novela, para rematar con una tesis propia. Un repaso rico en párrafos o

páginas completas de las obras citadas en donde lo mismo podemos leer la historia de Sansón, que el *Cantar de Roldán* o el *Cantar de Mio Cid*. No es exagerado afirmar que más de la tercera parte del ensayo son citas textuales, lo cual se agradece si nuestra idea es repasar, aunque a veces dé la impresión de que el autor prefiere no arriesgarse y limitarse a fungir como compilador de pasajes o párrafos clave. Su cronología es bastante convencional, diría que de curso universitario de literatura, si bien el autor intenta abordar las cuestiones fundamentales sobre la semilla de la novela como género. En ese sentido, lo que hace diferente el ensayo de Goytisolo de clásicos como *El arte de la novela*, de Milan Kundera, es la trascendencia que otorga al relato bíblico como semilla fundacional de las ficciones mayores. Bajo el criterio de Goytisolo, el Antiguo y el Nuevo Testamento son el abrevadero literario original de la novela por encima de los cantares épicos medievales. Incluso Goytisolo se permite dividir a los novelistas en bíblicos y evangélicos. El bíblico, aquel que abreva del Antiguo Testamento, es el novelista cuyos personajes yacen sometidos y enfrentados a una suerte de caos universal, un destino superior que los supera y devora; mientras que el novelista evangélico, que abreva del Nuevo Testamento, presenta a sus personajes sumergidos en el dilema del libre albedrío y la duda existencial. Por supuesto, Goytisolo, al igual que Kundera, otorga al Quijote un papel de piedra angular o cimiento base de la novela total, la incuestionable fuente primaria de donde, quieran o no, abrevan los novelistas modernos. Obvia decir que presenta al siglo XIX —con su Balzac, Flaubert, Tolstoi, Dostoievski— como el cénit del arte novelístico. Goytisolo es de la idea que después de Joyce, Proust, Faulkner y Mann, la novela cumplió su ciclo de vida. Esa novela total del siglo XX, a la que compara con rascacielos, se agotó en el *Ulises* y en la *Historia del tiempo perdido*, mientras que Faulkner juega el rol de canto de cisne. Todo lo que se escribió desde la segunda mitad del siglo XX es puro resplandor del astro

muerto. La novela, según Goytisolo, ha cumplido su ciclo vital de aproximadamente cuatro siglos.

Pero el español no es el único sepulturero con el que me he encontrado recientemente. En las últimas semanas me he topado con al menos tres artículos de intelectuales serios que entronizan a las nuevas series de televisión como el nuevo arte narrativo. *Breaking bad* y *House of cards* ocupan el lugar que hace dos siglos ocupaban Dickens y Balzac. Escribir novela en el siglo XXI, sostiene más de un graduado en literatura, es el *non plus ultra* de lo obsoleto y leerla es una extravagancia.

“¿Cuántos libros vende un escritor corriente?, ¿3 mil?, ¿5 mil? Mi serie *Vikingos* se emite en 132 países, la ven millones de personas y eso es lo que queremos los artistas, ¿no? Audiencia. Además, ya nadie te paga por escribir un libro”, afirma en entrevista con el diario *El País* el británico Michael Hirst, creador de las series *Vikingos* y *Los Tudor*. Continúa Hirst, quien paradójicamente hizo su tesis doctoral sobre Henry James:

La novela está muerta. Es un formato muerto. Pertenecía al siglo XIX y reflejaba la sociedad del siglo XIX. Entonces había escritores maravillosos y había que leer novelas para entender el planeta, y el amor, y la tragedia, y agrandar tu propia existencia, pero ahora que el mundo es más pequeño basta con internet y el video a la carta *Cien años de soledad* y García Márquez ha sido el último gran novelista. Ya sé que suena radical, pero es cierto, la novela es un género en decadencia.

¿La novela yace inmolada en el altar de sacrificios de las teleseries? Quizá cuando esta época sea historia sus personajes más representativos serán Walter White y Jesse Pinkman y no Arturo Belano o Ulises Lima (y eso por recurrir a un producto contracultural muy popular como es *Los detectives salvajes*, de Bolaño).

Lo cierto es que ni en la mesa de novedades editoriales ni en las teleseries de Netflix parece haber nada nuevo bajo el sol. Nuestros demonios permanecen ahí, eternos e inmutables, contemplándonos desde las portadas de los libros o desde el cartel del cine. De vez en cuando juegan a adaptar a la época algunos accesorios de su ropaje, pero al mirarlos bien a los ojos y encontrar esa expresión familiar descubrimos a nuestros viejos diablos de toda la vida, los omnipresentes compañeros de viaje y pesadillas. Míralos, son los mismos monstruos que nos acompañaban hace un par de siglos, los mismos entes que buscaban perturbarte y hacerte mirar con horror tu lado oscuro. Es como un reciclado flautista de Hamelin que toca los mismos acordes y nos sigue fascinando con su hechizante canción.

Mientras los profetas del Apocalipsis de Gutenberg se deleitan tratando de adivinar la fecha en que redactarán el epitafio final de los libros, en los aparadores de las librerías o en las tiendas virtuales de *e-books* hay ejemplares que se venden como pan caliente. Poco importa si la superficie es papel o fibra óptica. El personaje, por cierto, es el mismo de hace 200 o 300 años. Señoras y señores, con ustedes: su viejo amigo, el vampiro, acompañado del asesino en serie y el bandido.

Vayamos al aparador de una librería comercial cualquiera y detengámonos a contemplar los ejemplares que están en la mesa principal. ¿Qué es lo que lee la gente en los primeros años de la segunda década del siglo XXI? ¿Cuáles son las ficciones que ocupan sus ratos de ocio? Lo primero que nos salta a la vista es que la librería, al igual que el cine o el menú, sigue atiborrado de vampiros adolescentes y zombies posmodernos. Sí, las modas juveniles suelen ser por naturaleza las más fugaces y pasajeras; sin duda los personajes de Stephanie Meyer no harán pacto con la eternidad en las listas de los libros más vendidos, pero su irrupción en el mundo de las letras comerciales ha despertado de su ataúd al

viejo conde Vlad, que década tras década sigue levantándose para seducir nuevas generaciones. ¿Alguna vez salieron los vampiros del aparador libresco y cinematográfico para ir a descansar al cementerio? ¿Alguna vez dejaron los zombies de levantarse de sus tumbas? Nunca amanece en la noche de los muertos vivientes. Tal vez no siempre arrastran consigo los niveles de popularidad que esta nueva moda juvenil les ha dado, pero lo cierto es que del escaparate jamás se han bajado.

Aunque las leyendas populares de difuntos que despiertan de sus tumbas para ir a chupar la sangre y el alma de los vivos son tan antiguas como el hombre, la carta de presentación del vampiro en las letras se da con el surgimiento de la narrativa gótica en pleno periodo del Romanticismo. De hecho, el gótico es una cara mórbida del estilo romántico, un arroyo negro del que abrevaron Goethe y Byron, aunque sin llegar a las tinieblas de Horace Walpole, Matthew Lewis y Charles Robert Maturin. En Villa Diodati, a orillas del lago Lemán, Mary Shelley y John Polidori alumbraron a los monstruos más populares del museo del horror en una larga y fría noche del verano de 1816, cuando el sol dejó esperando a la humanidad. Seis o siete décadas después, en plena agonía de la era victoriana, surgían Bram Stoker y Sheridan Le Fanu para resucitar al muerto viviente. Después llegarían Berlín y Hollywood, Nosferatu y Bela Lugosi, Coppola, Ann Rice y un sinfín de oportunistas que buscaron chupar sangre monetaria del cuello del viejo muerto viviente. Al final de la primera década del siglo XXI llegó Stephanie Meyer con sus lindos vampiritos colegiales, tan bien portados y seductores, listos para robar la atención de los púberes inmersos en Minecraft. ¿Cuál será el rostro de nuestro siguiente vampiro?

Sigamos recorriendo la librería. ¿Qué encontramos aparte de vampiros? Encontramos detectives, asesinos y unas dosis de hielo ensangrentado. Los detectives, al igual que el vampiro, no son nuevos en el aparador. La idea de poner a los lectores a buscar

pistas y entrar a juegos deductivos ya se le ocurrió hace mucho tiempo a Poe. Posteriormente Conan Doyle se encargó de fijar el trazado de la cancha y después de él llegaron los demás: Dashiell Hammett, Ellroy, Paco Ignacio Taibo y tantos otros que nos han puesto a trabajar buscando asesinos en sótanos improbables. Explorando entre las mesas de la librería descubrimos que, en efecto, sigue habiendo muchas novelas policiales, pero hay una característica especial: tres de cada cinco han sido escritas por narradores escandinavos, la gran mayoría oriundos de Suecia. El fenómeno Stieg Larsson en 2009 disparó el *boom* policial sueco, pero una década antes Henning Mankell ya se había puesto a hacer la tarea. En 2015, el fantasma de Stieg Larsson ataca de nuevo y envía a su irreverente Lizbeth Salander con su cuarta entrega. Con un sello muy propio basado en una fuerte crítica social, profundidad de diálogo interno, atmósferas opresivas y personajes ambivalentes, la novela negra escandinava se ha transformado, sin proponérselo, en un subgénero.

Lo que no deja de ser paradójico es que los mexicanos leamos historias de crímenes en países donde los investigadores de homicidios mueren de aburrimiento, siendo que en nuestro país se cometen asesinatos todos los días. Vaya, tan sólo en el territorio de ciudades como Acapulco, Ciudad Juárez, la tierra caliente michoacana o la frontera tamaulipeca se cometen más crímenes al año que en los cinco países escandinavos juntos. Nunca antes en la historia de México la nota roja había llegado a tal nivel de barroquismo; sin embargo, la narrativa no parece estar a la altura de esta devastadora realidad. Tal vez la respuesta más brutalmente honesta sea el *narco-naïf* de Juan Pablo Villalobos en *Si viviéramos en un lugar normal* o el negro humor de Carlos Velázquez.

Hace casi un siglo, en pleno fragor de la batalla, surgió como una mata baldía la novela de la Revolución, nacida con altas dosis de espontaneidad, un movimiento cultural que plasmó por vez

primera en letras, el habla, el sentimiento y la ontología del México más profundo.

La literatura de la Revolución fue un fenómeno espontáneo, intenso, rico y pasajero. No creo que se pueda hablar de literatura contemporánea de la Revolución, aunque hay autores que apuestan aún por la temática y el estilo. La novela de la Revolución es la que se escribió durante el conflicto armado o en los años inmediatamente posteriores al mismo y es aquella que narra las andanzas de personajes del pueblo que por una u otra razón están inmersos en la orgía de las balas.

Podríamos creer que el baño de sangre del narco daría lugar al *boom* de una gran narconovela, pero parece ser que en ese terreno el sinaloense Élmer Mendoza sigue teniendo el monopolio y no por falta de intentos de sus competidores, sino por la ausencia de algún texto emblemático que trascienda el oportunismo y se convierta en el reflejo del horror que se vive en el país. Aun así, el narco comparte e incluso le acapara la mesa de novedades librerías a los vampiros y los detectives suecos. Algunas son novelas y otras tantas pseudo investigaciones periodísticas de relumbrón. Lo cierto es que el narcotráfico sigue esperando su obra emblema, sea novela o reportaje narrativo, como fueron para Colombia *Noticia de un secuestro*, de García Márquez, o *La Virgen de los sicarios*, del nihilista tropical Fernando Vallejo.

Tal vez la novela con personajes y aventuras ficticias nacidas en la cabeza de un novelista es lo que yace en el altar de sacrificios o en el camastro de terapia intensiva. Hoy por herencia nos queda, muy acorde con nuestra época, una suerte de narrativa *selfie*. A los novelistas no les pedimos que inventen ficciones, sino que nos cuenten sus vidas. No todos los escritores tienen vidas tan emocionantes como las de Hemingway o Cervantes, pero basta con que sepan contarnos la agonía o la muerte de un ser querido para lograr atraparnos. Lo cierto es que en los últimos años ha brotado una desgarradora cofradía de libros-duelo en donde sus autores narran

en forma demasiado explícita y sin asomo de autocompasión el derrumbe de algún ser querido, tema en el que profundizo en mi ensayo *El lobo en su hora. La frontera narrativa de Federico Campbell*.

Carcomida por un cáncer voraz, una vieja prostituta agoniza en el camastro de una clínica del Seguro Social en Coahuila, mientras su hijo, Julián Herbert —guardián y sepulturero— escribe al pie del lecho mortuario.

Un estudiante esquizofrénico salta al vacío desde el sexto piso de un edificio neoyorquino y a su madre, Piedad Bonett, no le queda más remedio que narrar su descenso al infierno con una prosa carente de lamentos y vestigios autocompasivos.

El cerebro de un filósofo llamado José María Pérez Gay se va sumergiendo sin remedio en la límbica región de una enfermedad neurodegenerativa mientras su hermano, Rafael, que empuja la silla de ruedas, describe con lujo de detalles su caída.

Una joven escritora llamada Aura Estrada se ahoga en el Pacífico y su esposo y colega de oficio, Francisco Goldman, culpado de su muerte por omisión, da a luz una obra de más de 500 páginas en donde escribe la historia de lo que pudo haber sido.

En todas las historias la muerte está ahí. Llega lenta y reptante tras una agonía de pesadilla o irrumpe sin decir “agua va” en un destello. Como deudo queda un narrador a quien por herencia le han dejado una irreprimible necesidad de escribir la historia de su pérdida y su duelo.

Narrativa exhibicionista, acusan algunos. Eso es lucrar con el dolor ajeno y transformar en teatro un calvario familiar que debe ser reservado para la intimidad, dicen los críticos que nunca faltan. Acaso ignoren que en la escritura no siempre se manda y que la narrativa funge a menudo como analgésico o conjuro. Esas historias no se escriben como resultado de una racional decisión cotejada con la familia, sino como una necesidad impostergable, un exabrupto lacerante que no pocas veces acarrea serios conflictos

con la parentela. Tal vez sea exagerado afirmar que son libros surgidos aún contra la racional voluntad del narrador. Se escribe porque realmente no queda otra alternativa. Es quizá una de las más descarnadas expresiones de la narrativa-exorcismo.

El brasileño Rubem Fonseca satiriza la desgarradora fiebre del duelo autobiográfico en un cuento:

Tienes que escribir una novela autobiográfica que cuente la historia de alguien de tu familia con una enfermedad grave, una enfermedad que haga sufrir mucho a la persona, algo maligno que no sea mortal. ¿Entiendes? Eso es lo que los lectores quieren ahora, una historia que tenga veracidad. Nadie quiere leer ficción. La ficción se acabó. Eso es lo que vende. ¿Hay alguien así en tu familia?

Ironiza Fonseca en su relato “*Best seller*”, en el que señala que ahora no es posible vender un solo ejemplar de una novela sino contiene una brutal confesión íntima.

Lo cierto es que más allá del aparente exhibicionismo, la narrativa del duelo ha arrojado algunas obras mayores. Tal vez el ejemplo más extremo sea *Canción de tumba*, de Julián Herbert, acaso la más desgarradora obra escrita por un narrador mexicano que he leído en el último lustro. Herbert comienza a escribir al pie de la cama de hospital donde su madre agoniza. Con crudeza y humor negro, Herbert nos arrastra por un sismo ontológico, una cirugía mayor del complejo de Edipo al intentar retratarnos de cuerpo entero a una madre prostituta.

Una lectura reciente que me ha dejado huella es *Lo que no tiene nombre*, donde la poeta colombiana Piedad Bonnett narra el suicidio de su hijo Daniel, sumergido en los abismos interiores de la esquizofrenia, un libro donde no hay ni pizca de vocación plañidera y sí en cambio una mirada profunda al drama de un enfermo mental. Si Piedad Bonnett es la madre que narra el suicidio del hijo, la francesa Delphine

de Vigan es la hija que narra el suicidio de la madre en *Nada se opone a la noche*, un duro ejercicio constelar en el que la autora va quitando el polvo que infesta los esqueletos yacientes en los clósets de la familia.

A estos ejemplos de muertes en la familia transformadas en literatura, debo sumar no pocas autobiografías o ejercicios confesionales de escritores consagrados donde lo mejor me ha parecido *Diario de invierno*, de Paul Auster, y *Yo también me acuerdo*, sui géneris invocación a la libre asociación de la memoria ejecutada por Margo Glantz en pequeños párrafos ideales para Twitter, cuyo resultado es uno de los más originales experimentos autobiográficos que he leído en mi vida.

Tenemos también el fenómeno del Proust vikingo, Karl Ove Knausgård, cuya descomunal obra de seis tomos, llamada *Mi lucha*, está poniendo de cabeza a mil y un lectores europeos.

Posiblemente la novela como género ya esté varios metros bajo tierra, pero mientras viva el último lector seguirá ardiendo la flama del milagro literario. Ese sui géneris embrujo consumado en el momento en que un universo creado en una cabeza distante en el tiempo y el espacio (acaso una cabeza que dejó de existir siglos atrás) renace y se reconstruye en la cabeza de un lector que muchos años después, en algún lugar lejano, toma la novela en sus manos. El lector de novelas, nos dice Orhan Pamuk, se sumerge en un universo tridimensional no exento de sentimientos de paranoia, culpa y nerviosismo. El hábito de leer novelas indica un “deseo de huir de la lógica del mundo cartesiano unicentrista en el que cuerpo y mente, lógica e imaginación conviven en oposición”.

En efecto, los lectores de novelas somos seres en perpetua fuga, evasores de la realidad que, sin embargo, construimos y explicamos el mundo a menudo a partir de esos universos alternos que nos permiten interpretar nuestro entorno real con otros ojos. Al final, todos los lectores de novelas somos cómplices en nuestras fugas y compartimos, sin saberlo, esa bocanada de magia con que la literatura puede impregnar la más simple de las vidas.

Un impresor que no sabía leer y una serpiente oculta bajo la imprenta

La imprenta y el teatro habían abierto ya un camino para la independencia de los escritores, pero el reducido porcentaje de la población alfabetizada, y el propio prejuicio elitista de la república literaria peninsular, los obligaban a mendigar los favores de la nobleza. No hay una sola obra importante del Siglo de Oro español que no esté dedicada a un duque o a un conde, con alabanzas tan obsequiosas que rayan en el humor involuntario.

ENRIQUE SERNA

Genealogía de la soberbia intelectual

Casi un siglo antes de que los puritanos ingleses comenzaran a leer sus biblias en las costas Plymouth Rock y cuando en las orillas del Río de la Plata no había más que empalizadas de nómadas y algunas fieras salvajes, en México ya se imprimían y publicaban libros. El país de los no lectores, el que en 1900 registraba casi 80% de analfabetismo y cuyo promedio de lectura actual, dicen ciertas encuestas, es de medio libro al año, fue el primer lugar de América a donde llegó el invento de Juan Gutenberg. Hernán Cortés arribó a las costas del Golfo de México en 1519 y 20 años después llegaba a tierras mexicanas la primera imprenta de América. Cortés mismo, hijo de hidalgos y bachiller de Salamanca, era un producto de la naciente cultura de la letra impresa. Sus biógrafos no lo aclaran, pero podemos perfectamente imaginar al conquistador extremeño consultando incunables en la universidad salamantina. La historia no registra cuál fue el primer libro impreso en llegar de Europa a tierras

mexicanas. Ni Bernal Díaz del Castillo ni ningún cronista aclara si entre aquella tropa de 500 aventureros que llegaron a Veracruz alguien llevaba por casualidad un libro en su valija para leer en los ratos libres. Si bien la mayoría de aquellos hombres eran villanos de baja ralea y por tanto analfabetas, había entre ellos algunos cuantos letrados como el propio Cortés o el mismo Bernal, que al igual que tantos Alonsos Quijano de la época eran lectores de libros de caballería. ¿Es posible que alguno de esos expedicionarios llevara un ejemplar del *Amadís de Gaula*? No es improbable. Es obvio que el piloto Antón de Alaminos llevaba consigo una buena cantidad de mapas, aunque sin duda eran dibujados por mano de cartógrafo y no salidos del artefacto de Gutenberg. Podemos dar por hecho que el padre Olmedo llevaba consigo alguna Biblia o misal y sin duda era un ejemplar salido de imprenta. Por ley de probabilidad, podemos apostar que el primer hijo de Gutenberg en entrar a tierra mexicana fue un libro sagrado. Si el padre Olmedo no lo llevaba (lo cual es bastante improbable) damos por hecho que los dominicos y franciscanos que comenzaron a llegar a partir de 1523 venían armados de una interesante biblioteca sacra. En 1539 aún no se cumplían 100 años del momento en que a Johannes Gensfleisch zur Laden zum Gutenberg se le ocurrió darle otra utilidad a una plancha para aplastar uvas en Maguncia y si bien su invento ya se había expandido por toda Europa, lo cierto es que la cultura del libro estaba aún lejos de masificarse y la mayoría de los hombres de campo en aquella Europa renacentista eran analfabetas al más puro estilo de Sancho Panza. Nueva España acababa de ser erigida en virreinato y gran parte de su territorio permanecía sin ser poblado por los europeos cuando a las costas de Veracruz llegó la primera imprenta que tocó suelo americano. Fue por insistencia del obispo Juan de Zumárraga y con la gestión del virrey Antonio de Mendoza que se pudo comprar esa rotativa al impresor alemán Juan Cromberger, residente de Sevilla, que contaba con su real licencia para desempeñar su oficio,

autorizado y supervisado por el Consejo de las Indias para llevarlo al Nuevo Continente. Imaginemos por un momento las naves que cruzaban aquel océano Atlántico donde las alucinaciones medievales aún dibujaban abismos y monstruos marinos. Por aquellos mares cruzaban las especias, el oro y la plata que sostenían a la monarquía católica más poderosa del planeta. Cruzaban los esclavos africanos que irían en calidad de mano de obra ruda a las colonias del Caribe y cruzaban un sinnúmero de aventureros en busca de las fortunas fáciles que regalaba el Nuevo Mundo. Por ese mar donde europeos y americanos iban fusionándose en sus intercambios, cruzó un día de 1539 una imprenta. Vaya sorpresa que se habrían llevado los piratas con el improbable hallazgo si hubieran asaltado aquella nave. Dentro de los botines más preciados de aquellos años, una imprenta no era precisamente lo que se esperaba encontrar en las bodegas de un galeón ni era tampoco lo más codiciado, aunque era un artefacto caro que no cualquiera podía pagar. No he encontrado un cronista que registre el momento en que la máquina de Cromberger desembarcó en Veracruz ¿Se le aguardaba con ansia y expectativa? ¿Hubo algún comité de bienvenida acaso? ¿Cuáles fueron los detalles de su traslado a la Ciudad de México? Podemos dar por hecho que enviados de Juan de Zumárraga acudieron al puerto a recibir aquella máquina y la podemos imaginar cruzando las veredas al pie de los volcanes antes de ponerse a girar por vez primera en la ignota tierra americana. Si bien los detalles del traslado los debemos imaginar, sabemos que al momento de llegar a la capital fue llevada a una casa construida en 1524 por Jerónimo de Aguilar en la esquina de las calles Moneda y Cerrada de Santa Teresa la Antigua, a un costado del Templo Mayor Azteca, el lugar donde apenas 19 años antes Pedro de Alvarado consumó una cruel matanza. Aquella Casa de las Campanas estaba junto al antiguo Palacio Arzobispal donde residía Zumárraga, que personalmente supervisó todos los detalles de la instalación y funcionamiento de su nuevo juguete.

Sabemos que la rotativa fue entregada en una suerte de usufructo al impresor italiano Juan Pablos de Bresca, quien firmó en Sevilla un contrato con Cromberger y de inmediato puso manos a la obra, apoyado por su oficial Gil Barbero y los tipógrafos Estaban Martín y Juan Paoli. Cromberger era quien tenía la cédula real con el sello de Carlos V que lo autorizaba a imprimir y vender textos en América y aunque Juan Pablos era el operador de la máquina, todos los textos que salieron de esa primera rotativa llevaban el sello “Impreso en casa de Juan Cromberger”.

En el *blog* *Bibliofilia Novohispana* he dado con el contrato celebrado entre Cromberger y Juan Pablos firmado el 12 de junio de 1539 en donde se establece las condiciones de trabajo y los compromisos y obligaciones que asumía cada uno. Algunos historiadores afirman que el primer producto terminado arrojado por la máquina traída por el alemán y operada por el italiano, fueron pequeñas cartillas arzobispales y documentos burocráticos del virreinato. Lo cierto es que pese a la existencia de documentos que ofrecen detalles sobre esta primera imprenta americana, los historiadores no se han puesto de acuerdo a la hora de definir con total certeza cuál fue el primer libro que salió de la Casa de las Campanas. La que parece ser la versión más fidedigna de la época, que es la crónica del dominico Dávila Padilla, sostiene que el catecismo bilingüe *Breve y más compendiosa doctrina christiana en lengua mexicana y castellana*, coordinada por el propio Zumárraga, fue el primer libro impreso en América, pero ni siquiera podemos estar tan seguros, pues existe una versión que permanece casi en calidad de leyenda, que asegura fue el tipógrafo Esteban Martín quien imprimió antes *La escala espiritual para llegar al cielo* de san Juan Clímaco, traducida del latín al castellano por fray Juan de la Magdalena. Cuando Cromberger murió apenas un año después de la llegada de la imprenta a América, Juan Pablos hizo las gestiones necesarias para quedarse con la licencia real, asumió los costos del

papel y la tinta que por contrato proporcionaba el alemán y años después, en 1548, fue autorizado a sellar con su nombre los nuevos trabajos salidos de su taller. Juan Pablos reforzó su negocio mandó traer de Europa nuevos empleados expertos: Tomé Rico como prensista, Antonio de Espinosa como cortador y fundidor de letras, Juan Muñoz como cajista y Diego de Montoya como auxiliar.

Tal como ocurrió en la Europa medieval, la Iglesia fue en el Nuevo Mundo la promotora y guardiana de los acervos bibliográficos. En 1541 se imprimió el primer texto no eclesiástico que circuló en Nueva España y al que con algo de malicia e imaginación podemos denominar como una crónica de nota roja: *Relación del espantable terremoto que agora nuevamente ha acontecido en la ciudad de Guatemala*. No sólo oraciones y catecismo salían del invento de Gutenberg.

Paradojas del destino o bromas de la aleatoriedad que podrían hacernos sacar muchas conclusiones sobre el nacimiento del libro en México: Juan Pablos de Bresca, el primer impresor de América, no sabía leer ni escribir; el suyo era un oficio rudo de taller que se iba fortaleciendo en la práctica, no una doctrina de letrado aprendida en la universidad. Juan Pablos desempeñaba su labor colocando los tipos seguidos, imitando los símbolos que veía en el texto sin acertar a comprenderlos, explica Elena Segurajáuregui, directora de Artes Visuales y Escénicas de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), institución que ha puesto a funcionar el primer Museo del Libro en México en la antigua Casa de las Campanas. Poco después, Juan Pablos aprendió a improvisar una firma, pues aunque iletrado, todo impresor de la época que se diera a respetar, firmaba sus trabajos, de la misma forma que en la actualidad todo libro va marcado por el sello de su editorial. Aunque entiendo las circunstancias del oficio de Juan Pablos, no deja de parecerme simbólico que fuera incapaz de leer los libros que salían de su imprenta. Un total de 35 libros imprimió Juan Pablos hasta su muerte en 1560

y no pudo leer ni uno. En su analfabetismo encuentro toda una metáfora de nuestra industria editorial: quien produce los libros en México, rara vez los lee. Las editoriales arrojan a las calles los “demasiados libros” de los que habla Gabriel Zaid sin molestarse en revisar su contenido. Se trata de producir por compromiso, negocio o mandato, no de leer. El que Juan Pablos nunca leyera los libros que imprimió, no desentona en absoluto con los usos y costumbres de los actuales directores de las grandes firmas que controlan el mercado. Otra de las paradojas de la Casa de las Campanas fue que la guardiana simbólica de la primera imprenta de América que dormía con ella todas las noches era la enorme cabeza en piedra de una serpiente, prófuga de la destrucción del templo de Tezcatlipoca, que se encontraba sepultada a 82 centímetros de profundidad bajo el taller donde estaba la imprenta y fue encontrada en 1989 durante los trabajos de restauración coordinados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la UAM. Actualmente la cabeza de esa serpiente se exhibe en la Librería “Juan Pablos” del nuevo museo. Aunque es difícil saberlo, hay quien considera que por la poca profundidad a la que se hallaba sepultada la serpiente, es muy posible que la escultura azteca haya sido una compañera habitual de los tipógrafos, quienes se habrían acostumbrado a trabajar con ella sin que les resultara sorprendente tener una figura pagana dentro de su taller. Lo que a la distancia me resulta inconcebible es que en un inmueble controlado por el arzobispado, se permitiera la convivencia con un ídolo *herético y demoníaco*. Ciertamente, Juan Pablos no leía lo que imprimía, pero Zumárraga y los suyos supervisaban con lupa cada punto y coma que se imprimía en la Casa de las Campanas. No hubo párrafo impreso que escapara a la censura de la Iglesia en aquellos primeros años de la primera rotativa en América, sin embargo, la presencia de la serpiente apenas unos centímetros bajo el lugar donde se imprimían textos sacros, me hace pensar en que por más censura y control que se intente imponer sobre los libros,

hay siempre palabras prófugas y rebeldes. El libro, al final, acaba por obtener vida propia y liberarse de las amarras. La imprenta fue traída a América como una herramienta de evangelización, pero la némesis pagana de esa doctrina monoteísta yacía justo en el lugar donde se imprimía el nuevo catecismo. Sabemos que la urbe colonial fue una ciudad-palimpsesto y, por ley de probabilidad, era factible encontrar ídolos aztecas sepultados bajo las nuevas edificaciones, pero en cualquier caso, la imagen de unos prensistas recién llegados de Europa que imprimen misales en una rotativa bajo la cual acecha una serpiente colmilluda, me hace pensar con fascinación en ese espíritu oculto que yace en el libro más improbable y siembra la semilla de la duda, fuente de todo conocimiento. Vaya, con un poco de inspiración imagino perfectamente un cuento. Un prensista italiano o español que recién ha llegado al misterioso y fascinante nuevo mundo, funde tipos por la noche y de pronto se da cuenta de que sus pies están posados sobre una gran piedra y al escarbar un poco, da con el ojo de la serpiente. El prensista guarda el secreto y la víbora sepultada empieza a ejercer un mágico influjo sobre él, una suerte de hechizo que lo lleva a imprimir textos clandestinos de madrugada, mismos que su jefe analfabeto Juan Pablos no es capaz de descifrar. Desconozco si algún creador de ficciones haya intentado un cuento con la historia de la serpiente enterrada bajo la imprenta. El tema me parece fascinante, pero se supone que esto intenta ser un ensayo. Por favor no se tome esto como una teoría historiográfica, sino como una alucinación de ensayista con demasiadas licencias.

Traficantes de libros prohibidos

Al parecer los censores católicos sí aprendieron algunas lenguas con el tiempo, de tal modo que su índice de libros prohibidos puede ser leído como un listado de lo mejor de la literatura y del pensamiento occidental.

PATRICIO PRON

El libro tachado

Hoy cuesta trabajo crearlo, pero en nuestro país de no lectores hubo alguna vez traficantes de libros que debieron ingeniárselas para burlar controles inquisitoriales y aduanales e introducir al virreinato los prohibidos objetos de papel y tinta como quien cruza una frontera con drogas o armas de alto poder. Ciertamente, nunca se pudo hablar de un tráfico a gran escala ni de barcos cargados con toneladas de ejemplares, pero la realidad es que siempre hubo quienes con enorme riesgo se las arreglaron para introducir a Nueva España obras que estaban prohibidas por el tribunal de la Santa Inquisición. Tal vez la demanda no era enorme por la sencilla razón de que sólo una minoría de los habitantes del virreinato sabía leer y tenía inquietudes intelectuales, pero en cualquier caso el movimiento de obras no santas fue constante a lo largo del periodo virreinal, si bien se agudizó durante el Siglo de las Luces. El Índice de Libros Prohibidos por la Iglesia católica era vastísimo e incluía todo tipo de obras que iban desde los textos científicos que contradecían las Sagradas Escrituras, como las teorías de Galileo y Copérnico, hasta los libros considerados inmorales como el *Decamerón*, de Boccaccio, o inclusive *La Celestina*, de Fernando de Rojas, uno de los primeros

productos no sacros arrojados por la recién inventada imprenta de Gutenberg en el siglo xv. Durante la segunda mitad del siglo xviii el índice engordó considerablemente con la *Enciclopedia*, de Diderot y D'Alembert, o las obras de los ilustrados franceses como Voltaire, Montesquieu y Rousseau. En su ambicioso ensayo historiográfico *Los delincuentes de papel. Inquisición y libros en Nueva España 1571-1820*, el historiador José Abel Ramos documenta la existencia de 552 expedientes sobre libros prohibidos abiertos por la Inquisición.

El Índice de Libros Prohibidos, que incluía más de dos mil títulos, era exhaustivo y detallado en sus descripciones. ¿Quiénes eran los prototípicos lectores de textos anatemizados? Sin duda no los indígenas y mestizos, condenados en su mayoría al analfabetismo, sino los peninsulares y criollos ilustrados. En el caso de las lecturas prohibidas, la Iglesia Católica dormía con el enemigo en casa, pues los principales lectores de esos textos impuros en Nueva España solían ser clérigos inquietos y en menor medida funcionarios públicos. La investigación de Abel Ramos, que durante años se sumergió en los archivos del tribunal de la fe, ha documentado la existencia de 207 expedientes abiertos a eclesiásticos implicados en la lectura de libros prohibidos y 46 contra funcionarios y empleados de la corona española.

La mayoría de los biógrafos de Miguel Hidalgo y Costilla, coinciden en que el cura de Dolores poseía una nutrida biblioteca en donde yacían ocultas algunas obras prohibidas de librepensadores ilustrados. Hidalgo, quien era francoparlante, pudo leer a Voltaire y a Montesquieu en su lengua original. Lo que la historia no aclara es cómo se las arreglaba para conseguir esos libros y cuánto pagaba por ellos en el mercado negro, pues una ley atemporal e inquebrantable es que cualquier producto ilegal eleva su precio a veces hasta niveles impagables.

En 1790 había más de siete mil 400 títulos en el índice de Libros Prohibidos. Los traficantes de libros, por supuesto, tenían que improvisar sus mañas, como ocultar las letras prohibidas bajo

portadas de textos sacros o sobornar a funcionarios aduanales. Hoy y siempre, traficantes y compradores se las han arreglado para burlar guardianes.

El arte de inducir al vicio

El tiempo para leer siempre es tiempo robado. (Al igual que el tiempo para escribir, por otra parte, o el tiempo para amar.)

DANIEL PENNAC
Como una novela

Hasta la saciedad hemos escuchado aquello de que los jóvenes de ahora ya no leen. Una afirmación así obliga a pensar que los jóvenes de antes sí leían o que México pasó de ser un país de lectores a un país de no lectores. ¿Tan seguros estamos de eso? Posiblemente nuestros padres y nuestros abuelos tuvieron inculcado el hábito de la lectura y lo practicaron con mayor regularidad que nosotros, pero de ahí a pensar que México fue alguna vez esa Atenas que soñaron Justo Sierra y José Vasconcelos hay un gran trecho. En realidad México ha sido históricamente un país donde las letras son simples adornos, dibujitos incomprensibles. Una cruel paradoja si tomamos en cuenta que fue aquí, como vimos en un capítulo anterior, donde se estrenó la primera imprenta de la historia de América, el 25 de septiembre de 1539, apenas 84 años después del nacimiento de la primera imprenta de Gutenberg en Maguncia, Alemania. Teníamos imprenta, cierto, pero casi no teníamos libros y mucho menos lectores. En una sociedad de castas como la virreinal, sólo los españoles peninsulares y los criollos leían, mientras que mestizos e indígenas permanecían institucionalmente en el analfabetismo, al igual que las mujeres. Lo de sor Juana realmente fue heroico, una velita en un oscuro océano de ignorancia. Además, los libros que circulaban en el México virreinal eran limitadísimos y se

reducían a misales, catecismos y biblias, pues ni siquiera las crónicas de los conquistadores, llámese la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, y las *Cartas de relación*, de Hernán Cortés, eran de libre circulación. No debe extrañarnos que nuestros primeros caudillos insurgentes hayan sido sacerdotes, pues los eclesiásticos de cualquier nivel eran de los pocos privilegiados que sabían leer un libro en el virreinato, mientras que los hijos del pueblo como Vicente Guerrero permanecían en el analfabetismo. Alguien tuvo que leer a Montesquieu y Rousseau para poder redactar los cimientos legislativos del embrión de país, llámese *Sentimientos de la Nación* y Constitución de Apatzingán, que casi nadie comprendía en 1814. Se podría simplificar el asunto y decir que el analfabetismo en México fue propiciado por el oscurantismo represor de la Iglesia católica, pero bajo el imperio de la liberal y jacobina Constitución de 1857 las cosas no mejoraron demasiado. Ponciano Arriaga fue de los pocos liberales que concibió un proyecto de educación pública y libro de texto gratuito en esa época, pero lo cierto es que en el México de Juárez el analfabetismo no fue abatido.

La generación liberal de las Leyes de Reforma heredó una buena cofradía de escritores. Guillermo Prieto, inmortal por su salvadora arenga de “los valientes no asesinan”, trascendió, más que como el fiel hombre de Estado, como un romántico poeta. Vicente Riva Palacio, general del Ejército Republicano durante la intervención francesa, fue notable cuentista e historiador. Ello por no hablar de la gran labor ensayística de los teóricos del liberalismo, que tienen en el doctor José María Luis Mora su máximo referente. Los liberales heredaron miles de páginas de ensayo, poesía y narrativa, pero no tuvieron los medios ni la capacidad para crear una nación de lectores.

Hace apenas 100 años, cuando estalló la Revolución, en este país había un analfabetismo que superaba 80%. Francisco I. Madero era de los pocos señoritos cultos que leía y escribía, pero la

inmensa mayoría de los mexicanos eran como Pancho Villa, hijos de la tierra formados a trancazos sin una sola letra a su alrededor. Visto en esa perspectiva, la cruzada cultural de José Vasconcelos fue un acto verdaderamente heroico, sin duda una proeza, continuada, aunque con otra vertiente, con la educación socialista de Lázaro Cárdenas. En cualquier caso el propósito era el mismo: llevar las letras a los más abruptos confines de una nación sumergida en el más humillante atraso cultural.

Vasconcelos logró mucho más que cualquier caudillo revolucionario, pero aun así su gran *Arcadia de la raza cósmica* quedó en una de las mil y una utopías que ha parido de nuestra historia. La república de los cultos del *Ulises criollo* no existió nunca. No hay peor nostalgia que añorar aquello que jamás sucedió. México jamás fue un país de lectores, aunque es evidente que la juventud de los sesenta leía más que la juventud de 2015. Hoy hay mucho menos analfabetas que hace 50 años y sin embargo la gente lee menos libros. La encuesta referente a hábitos de lectura de la Unesco ubica a México en el lugar 107 de 108 países estudiados. En su ensayo “La lectura como fracaso del sistema educativo”, Gabriel Zaid señala que hay 8.8 millones de mexicanos que han realizado estudios superiores o de posgrado, pero 18% de ellos (1.6 millones) nunca ha puesto un pie en una librería. Ciertamente, nunca antes el nivel de alfabetización había sido mayor en el país si por alfabetización entendemos una persona que sabe la diferencia entre una A y una U y es capaz de leer y escribir una palabra, aunque su nivel de lectura nunca supere primero de primaria. Vaya, no se trata de aspirar a tener un país de doctores en letras en donde en una fila de banco haya 30 personas leyendo *La montaña mágica*, de Thomas Mann, o *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, pero creo que al menos podríamos aspirar a vivir en una nación donde los diputados sean capaces de leer con fluidez un párrafo y donde los altos funcionarios no sean cabezas huecas con cultura de telenovela y chatarra audiovisual. Y claro, no

evado la culpa: los amantes a la lectura no hemos sido capaces de contagiar este placer cada vez más extravagante y sectario. Nos ha faltado creatividad y estamos huérfanos de ideas. Cuando de hacerla de promotor se trata, me limito a decir que la lectura no es un medio sino un fin en sí mismo, uno de los mayores placeres que tiene la vida cotidiana, un fascinante acto de hedonismo escapista.

¿Cómo contagiar a los demás el gusto por los libros? No sabemos cómo hacerlo y lo cierto es que las campañas oficiales de promoción suelen naufragar. Los niños crecen asociando el hábito de la lectura como algo tedioso, una tarea impuesta, un ritual de aburrimiento. Nos pueden machar hasta la saciedad que leer nos hace mejores personas, más cultas, con un vocabulario más diverso. Da lo mismo. No es a la fuerza o por obligación como uno se hace amigo de los libros. La letra no entra con sangre. El argumento principal de los no lectores es que no tienen tiempo. ¿Dedicar una hora al día a leer? Ni pensarlo, apenas sobran minutos para los asuntos más elementales. La gente está muy ocupada como para abrir un libro. El principal error está en creer que para leer es preciso destinar un horario y un espacio específico. Ahí empezamos mal. No se lee en la casa o en la oficina, sino en la calle. La primera clave para hacerse amigo de los libros está en salir siempre de casa con uno en la mano. El policía no sale a patrullar la calle sin su pistola. Pues bien, el lector no sale de casa sin su libro. Es nuestra arma contra el tedio y las largas esperas. ¿No hay tiempo? No es cierto. Nuestra vida diaria está llena de horas muertas. Filas, antesalas, trayectos. Mire usted los rostros de la gente en una fila de banco un viernes de fin de mes. La fila es lenta, interminable y las caras reflejan tedio, impaciencia, aburrimiento, lo cual se agrava por el hecho de no poder utilizar el celular dentro del banco. ¿Sabe usted cuál es el arma perfecta para matar esos minutos muertos que sólo contagian mal humor? Un libro. Es el pasaje a otro mundo muy lejano y distante de esa fila insoportable. ¿Le espera una larga mañana

tramitando el pasaporte o la credencial del INE? Lleve bajo el brazo el arma ideal. Un libro fácil de cargar, de pastas suaves, edición de las llamadas “de bolsillo”. Los libros no son entes sedentarios. Los libros son para sacarlos a pasear a la calle. Son compañeros de viaje. Nada se compara a leer viajando. Leer y viajar, dos de los placeres por los que esta vida merece la pena ser vivida, son perfectamente compatibles. Nunca leo tanto ni tan a gusto como cuando voy en un avión o cuando aguardo en la sala de un aeropuerto. Cuando leo en los trayectos de un viaje me sucede lo mismo que al oír una canción de otro tiempo que recuerda cierta época, cierto día o cierta persona. El viaje se eterniza en el libro. Las páginas guardan para siempre la esencia del lugar donde fueron leídas. Podría empezar a escribir una historia de mi lectura. Narrar las circunstancias en que leí cada libro de mi biblioteca. Y es que la lectura de una obra son muchas, muchísimas cosas.

La lectura es ante todo un romance o acaso un amor furtivo. Un idilio entre el autor de la obra con ese ente anónimo imprescindible que toma en sus manos el libro y dentro de cuya alma volverá a consumarse infinitamente el milagro literario. Y si a eso le agregamos las circunstancias emocionales, geográficas y sociales en que el lector tomó en sus manos dicha obra, la reinención es infinita. Hay libros que se leen en el momento adecuado. En mi adolescencia, por ejemplo, leí a Hesse con devoción. Algunas veces lo he releído y no ha vuelto a ser lo mismo. Me ha sucedido con otros autores. El efecto de una lectura depende de demasiadas cosas. Un mismo libro puede ser leído por una, dos o mil personas en lugares, épocas, idiomas, circunstancias radicalmente distintas. Sobra decir que su efecto no será el mismo. Ahora bien ¿qué leer?, ¿*best sellers* o literatura clásica? Insisto, la clave está en leer por placer, no por imposición, pero hay que asumir riesgos y animarse a probar de todo. Sí, creo que uno debe apostar a leer cosas complicadas de digerir. También una buena obra puede implicar cierto desafío,

pero ese desafío no debe implicar jamás aburrimiento. Aquí lo único que está prohibido es aburrirse o sufrir. Apreciar la literatura es como la comida. Hay paladares educados con el tiempo y la experiencia. Sin duda un niño no goza de comer un queso azul y beber un Burdeos y se pronunciará por unas papitas y un refresco de naranja. Pero saber disfrutar un buen queso azul o la carne tártara, no me impide gozar de unos cacahuates de maquinita. Con la literatura sucede lo mismo. Uno puede disfrutar honestamente a un Bernhard, Kafka o Mann y no por ello se privará de leer con gusto a Benito Taibo. Leer es un placer y a menos que me paguen por ello, no hay razón de forzarme a leer un libro por masoquismo. No hay que hacerlo nunca por *cumplir* o por batir un record olímpico. Hay que hacerlo por puro simple y llano gozo. Esa es la clave.

Sí, las buenas conciencias te recomiendan que leas, aunque ellas mismas no lo hacen. En mi caso no hay opción ni alternativa. Lo mío hace tiempo entró a los territorios de la patología. No leo porque sea saludable o porque la lectura vaya a hacerme crecer como persona. Leo porque no tengo otra elección, porque no podría dejarlo, porque si de pronto me encerraran en una casa sin libros empezaría a tener reacciones violentas de heroinómano en abstinencia, porque si voy por la calle sin un libro en la mano me siento tan inseguro y desprotegido como el niño que sale de casa sin su osito o su cobija predilecta. A menudo lo único que me resta por hacer es intentar el contagio la inducción al vicio.

El guardián de los libros antiguos

Las metáforas son preciosas: la barba es un musgo gris, los libros memorizados son especies o estrellas y conforman una comunidad de fantasmas, un universo de textos. Su conocimiento como vendedor ambulante, sin licencia para abrir una librería, es superior al de cualquier experto y al de cualquier bibliotecario.

JORGE CARRIÓN

Librerías (en torno a *Mendel el de los libros*, de Stefan Zweig)

Lo juro: no es una recreación imaginaria o metafórica del personaje Mendel. A la persona de la que voy a hablar no la inventó Stefan Zweig, aunque en algún momento (sospecho) fueron contemporáneos. Lo cierto es que el guardián de los libros más antiguos de Tijuana existe, es real y fui a buscarlo la mañana del Día de Reyes. Pese a no haberlo visto nunca antes en mi vida, pude distinguirlo de inmediato, y a varios metros de distancia, parado junto a un tablero de ajedrez, rodeado por un tendedero de antiguas cartografías, retratos de toreros y postales decimonónicas colgadas frente a un portón de lámina. Hay personajes absolutamente pintorescos y Ramón Nava es uno de ellos: larga barba blanca de patriarca bíblico o *starets* dostoievskiano; gorro de lana y un par de camisas de leñador encimadas sobre un viejo suéter; mirada profunda. Tiene casi 94 años de edad, pero su apretón de manos es contundente y su charla derrocha entusiasmo.

Ramón Nava y Nava nació en Zihuatanejo, Guerrero, el 20 de noviembre de 1921; en 1942 emigró al Distrito Federal en busca de un médico que pudiera salvar sus ojos, pues estaba muy

enfermo de la vista y a punto de quedarse ciego por una infección contraída tras zambullirse en una ciénaga. Sin un peso en la bolsa y sin estudios, en un nivel casi de analfabetismo, el joven guerrerense se empezó a abrir paso en aquella ciudad, en donde un día de 1946 su vida se transformó para siempre cuando un primo suyo le dio una caja de libros viejos para que los vendiera. Ramón salió a mostrar los libros en los alrededores de La Lagunilla y alguien le compró en 50 centavos un ejemplar de *María*, de Jorge Isaacs. La célebre novela romántica del colombiano fue el primero de decenas de miles de libros que Nava y Nava ha vendido a lo largo de 69 años ininterrumpidos como librero. De vocación gitana y errante, Nava le ha dado varias vueltas al país vendiendo sus tesoros. A Tijuana llegó por vez primera en 1950 recorriendo toda la península de sur a norte luego de desembarcar en La Paz. Hizo en la misma época la ruta inversa de Fernando Jordán, el misterioso periodista antropólogo que atravesó la península acompañado de una muñeca.

Sobre el suelo del Pasaje Rodríguez, entre las calles Revolución y Constitución, Ramón Nava y Nava ha montado su puesto de libros antiguos al que llama La Feria del Libro de las Tres Californias. Le pido que me cuente su vida, pero a Ramón lo que le entusiasma es mostrarme sus libros. Su emoción es desbordante, contagiosa, como un niño enseñando sus juguetes en Navidad. Le apasionan los libros con mapas y litografías. Me muestra un libro estadounidense titulado *Pictures of Mexico* editado en Filadelfia en 1897 y dedicado al presidente Porfirio Díaz. Después pone sobre mis manos un álbum del ferrocarril mexicano, editado en 1877, y me describe uno por uno los dibujos de puentes y estaciones ferroviarias en el camino de México a Veracruz. Me enseña un libro sobre caballos árabes y una *Reseña geográfica y estadística de Baja California* de principios del siglo pasado. Habla de su paisano, el jorobadito Juan Ruiz de Alarcón, de Bernal Díaz del Castillo y del Quijote ilustrado por Doré. Intuye que su muerte puede estar cerca

y no sabe cuánto tiempo más puede pasar vendiendo libros en la calle, aunque tiene muy claro que antes de dejar el mundo quiere peregrinar a la ciudad de Belén en Israel.

Bajo el resplandor de una estrella muerta

Siempre he pensado que la pasión literaria, el gusto por imaginar historias, por sumergirnos en ellas y encarnar en personajes que no somos nosotros, tiene un parentesco estrecho con la esquizofrenia, con la demencia de desdoblarse en otro o en otra que no somos, y oír sus voces y sentir su olor y ver su cara, que tal vez no existen.

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE
“Ex futuros”

El demoniaco arte de las palabras esconde quizá galaxias divinas donde la muerte podría ser sólo un borde alzado del presente eterno.

LILA AZAM ZANGANEH
El encantador. Nabokov y la felicidad

Quizá el rasgo que con mayor claridad refleja el abismo interpuesto entre jóvenes y adultos en esta era digital, es la habilidad de los adolescentes y los veinteañeros para manejar con el pulgar sus teléfonos inteligentes y dispositivos móviles. Puede parecer un detalle menor, pero en esa flexibilidad de falanges se muestra con desparpajo el contraste existente entre nuestros aprendizajes primarios.

Su rapidez a la hora de mandar mensajes o navegar en internet utilizando a veces una sola mano nos echa en cara a los nacidos en los setenta lo lejos que estamos de quienes vinieron al mundo en los últimos años del siglo pasado. Ya no debería de extrañarnos

si de repente surgen teorías darwinianas aplicables a los nativos digitales cuyos descendientes nacerían con pulgares más largos y las palmas de las manos adaptadas a la forma de la última versión del iPhone. Nuestras torpes manos adultas que aún teclearon máquinas de escribir en los años ochenta, cuando Mecanografía era una materia obligatoria en la secundaria, estarán condenadas a quedar fuera de competencia. El problema es que para cuando las manos de los *homo sapiens* evolucionen, el iPhone será el *non plus ultra* de lo obsoleto y habrá quedado tan atrás como hoy ha quedado una Olivetti. Los adelantos tecnológicos tienen un periodo de vida similar al de los insectos. Saborean su gloria una primavera antes de irse directo y sin escalas al cementerio de lo obsoleto, una suerte de valle de los caídos que en nuestra era crece todos los días.

Sí, nos queda un Paul Auster que por manda, superstición o extravagancia ha escrito su obra completa en su vieja máquina Olympia y acaso dentro de 30 años nos quede por ahí algún excéntrico escribiendo en una iPad modelo 2015 que para entonces será una reliquia de bisabuela. Hoy los objetos —y acaso también las personas— alcanzan la categoría *vintage* cuando en teoría no concluye su primavera. Las flores de un día ni siquiera llegan al atardecer, pues sus pétalos ya lucen marchitos cuando aún no acaba la mañana.

En su ensayo *De animales a dioses*, el israelí Yuval Noah Harari sostiene que la gran capacidad depredadora de la raza humana y la razón por la que ha sido causante directa de la extinción de tantas especies, es porque su desarrollo cerebral avanza a mucha mayor velocidad que los procesos evolutivos. Los ecosistemas no pueden evolucionar tan rápido como las neuronas del *homo sapiens* y ello provoca la devastación del entorno. Nuestro ADN sigue siendo el de un cazador recolector, pero nuestros procesos epistemológicos primarios van asociados a un universo virtual donde nosotros tenemos el control. Actualmente, creo que ni siquiera el ser humano es

capaz de sostener su propia carrera. Sus instintos primarios son los de un mamífero cualquiera, pero su programación racional debe adaptarse a la velocidad con que corre el tren del *Zeitgeist*.

Con todo y la radical revolución cultural de los sesenta, creo que hay cierta cercanía entre los procesos epistemológicos de una persona nacida en 1954 y otra nacida en 1974, pero en cambio no hay punto de encuentro alguno con el nacido en 1994 y mucho menos con el nacido después del 2000. Digamos que ubico no pocas similitudes y coincidencias entre la manera de dimensionar e interpretar el mundo de una persona nacida 20 años antes que yo, pero no hay casi ninguna con el nacido 20 años después.

Por ejemplo, mi primer contacto con una computadora lo tuve al llegar a la adolescencia, mientras que mi hijo se familiarizó con el mundo digital al mismo tiempo que pronunciaba sus primeras palabras y a sus 5 años de edad maneja con total soltura la iPad. Su proceso epistemológico primario apenas tiene algo que ver con el mío.

El término alemán *zeitgeist*, de naturaleza hegeliana y acuñado en el siglo XVIII, alude al espíritu de la época. El *Zeitgeist* es la locomotora que tira hacia el futuro marcando el pensamiento de una era. Por ejemplo, en el Siglo de las Luces el espíritu de la época encarnaba en las ideas revolucionarias de la Ilustración y en las tendencias artísticas del Romanticismo, aunque a millones de seres humanos que vivieron en aquellos años la enciclopedia de Diderot les pasó de noche.

El *zeitgeist* de las primeras décadas del siglo XXI —me ha quedado claro— yace en las manos de los nativos digitales y es un tren que corre muy lejos de la estación de mi vida. Acaso el néctar del espíritu de nuestra era habite en las cabezas de esas decenas de miles de jóvenes nacidos en los años noventa o a principios del 2000 que orbitan en Silicon Valley o en Austin, muchachos de 18 o 20 años que sueñan con convertirse en la reencarnación de Steve Jobs o en el sucesor de Mark Zuckerberg.

Si en los albores del siglo XX el *zeitgeist* encarnaba en la Exposición Universal de París con sus globos aerostáticos, las vacunas de Pasteur, la electricidad y la arquitectura de vanguardia, en 2015 el espíritu bien puede estar en una convención de videojuegos o en una feria digital donde se prueban los nuevos lentes de Google y se discute sobre automóviles inteligentes. El gran abrevadero de mi vida, que es el periodismo y la narrativa, está muy lejos del *zeitgeist* de 2015.

Hubo un tiempo en que el planeta se dividía en muchos mundos inconexos. Hasta antes de 1492, el universo indoeuropeo nada tenía que ver con el mesoamericano, y entre esos dos grandes bloques había decenas de pequeños microcosmos que vivían de espaldas, aislados uno del otro, sin el más mínimo punto de contacto.

Hace menos de 200 años, por ejemplo, la isla de Tasmania vivía desconectada de la humanidad. Miles de tasmanios podían morir en una epidemia o en una guerra y en el mundo indoeuropeo no se movía una hoja. Hoy el ébola brota en Sierra Leona y América tiembla.

En nuestro mundo habita un curandero lacandón, un corredor de bolsa de Wall Street, un pastor afgano y un *hacker* que es capitán y único tripulante de su barco pirata informático. Sus estilos de vida contrastan, pero sus pequeños mundos están interconectados. La montaña afgana donde habita el pastor y la selva Lacandona donde habita el curandero yacen digitalmente cartografiadas y por radical que sea el aislamiento de estos dos personajes, es muy difícil creer que nunca en su vida hayan estado frente a una pantalla.

Lo que Octavio Paz escribió hace más de 60 años en *El laberinto de la soledad* cobra aún más vigencia: “Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres”. Sí, vaya que lo somos y no solamente en México, por supuesto. La humanidad se revela inocultablemente contemporánea cuando millones de seres humanos recordamos lo que estábamos haciendo el 11 de

septiembre de 2001 mientras veíamos a las Torres Gemelas arder en las pantallas. En Tailandia, en las Islas Feroe o en Tabasco, hubo una tele encendida mostrando cómo la selección de Alemania despedazaba 7-1 a Brasil en la semifinal del Mundial 2014. Las pantallitas nos vuelven contemporáneos, pero aun así son muy pocos los que tripulan y conducen la locomotora de la historia. El *zeitgeist* es un club excluyente.

A veces es duro darme cuenta de que nunca he sido contemporáneo de mi época y recordar mi condición de cabeza cortada. El verdugo Wang Lung ha sido tan veloz con su sable que mi cabeza parlante sigue estando sobre los hombros. Tal vez pase algún tiempo antes de inclinarla.

Lo mejor de la escritura de este ensayo, ni duda cabe, ha sido el volver a vagar por mil y un senderos de párrafos subrayados y caminar pisando huellas, descifrando las personalísimas marcas yacientes en cada libro, el criptograma de garabatos en donde se refleja lo pasional y descarnado de una relación entre un lector con una página. Hace poco leí los 84 textos breves que conforman *El idioma materno*, de Fabio Morábito, y di con un par de alegatos contra la vanidosa compulsión de subrayar libros. Fabio habla de un amigo suyo que “subrayaba de manera compulsiva, como un sustituto de la escritura misma. Al subrayar tanto se defendía de los libros, que mantenía a raya con sus rayas”. Bajo el criterio de Morábito, “el subrayado desmiente el edificio y realza el ladrillo; salven esta frase de las garras del libro, liberen esta joya del pantano que la rodea”.

Por supuesto, lo primero que hice al leer estas frases fue subrayarlas e incluso improvisé algunos dibujitos para resaltar mis apuntes en el margen de la página. Hoy, cinco meses después de la primera lectura, vuelvo a deambular por los subrayados de *El idioma materno*. Lo siento Fabio, pero no concibo la idea de leer sin subrayar. Para mí la lectura es un ritual de marcas y señuelos. Soy un lector de

pluma desenvainada. Subrayo párrafos enteros, escribo pequeños comentarios y voy dejando anotaciones relativas al lugar en donde estoy leyendo, las circunstancias del día y mi estado de ánimo. Digamos que entre las páginas pueden leerse apuntes como “tarde triste parque”, “cae la noche en el aeropuerto”, “larga espera estacionamiento Chula Vista”. Se trata de ir trazando una cartografía de la lectura, de ir marcando el territorio como perro que mea los postes. He llegado al extremo de escribir pequeños relatos en las páginas finales. Tal vez por eso no me gusta que me presten libros, pues no me siento con la plena libertad de tatuarlos como a mí me gusta.

Hay quien lo ve como una forma de maltrato al ejemplar. Yo creo que la peor forma de maltratar a un libro y faltarle al respeto es tenerlo años envuelto en el plástico original, adornando frígido un escritorio, arrumbado en virginal soledad en las profundidades del librero. Un libro es para vivirlo y desparramar sobre él las huellas de una lectura intensa. ¿Es el subrayado de libros un género literario? Ya Borges navegó sobre un libro de prólogos o un libro de pies de página, lo cual me hace pensar en la existencia de una obra alterna, digamos una obra palimpsesto escrita a partir del subrayado y los apuntes de un lector con pluma desenvainada. Si cada lectura es una reinención del libro, leer a partir de las huellas dejadas por otro lector es reinventar dos libros: el que escribió el autor y el recorrido por el lector que nos antecedió. En *El camino de Ida*, de Ricardo Piglia, Emilio Renzi lee *El agente secreto*, de Joseph Conrad, buscando descifrar un misterio a partir del subrayado de la difunta Ida Brown. Cuando yo muera y mi biblioteca vaya a dar al Pasaje Rodríguez, a la Feria del Libro Usado o a la biblioteca pública de Rosarito, habrá algún improbable lector que se topará con los garabatos y jeroglíficos que he ido dejando por ahí y acaso pierda algún tiempo intentando infructuosamente descifrar mi catástrofe de caligrafía.

Una experiencia particularmente intensa fue, narrada en mi ensayo *El lobo en su hora. La frontera narrativa de Federico Campbell*,

leer la pasada primavera un ejemplar de *La invención de la soledad*, de Paul Auster, subrayado, comentado y dibujado por Federico Campbell. Una mañana, Eduardo Flores Campbell me mostró el ejemplar de la obra austeriana que perteneció a su tío. Es una edición española de Edhasa de 1986, ocho años más antigua que la primera edición en Anagrama. Las huellas sobre el libro revelan relecturas pasionales. Hay mil y un frases subrayadas, apuntes arriba y al pie de las páginas e incluso dibujos.

Nunca antes había sido tan consciente del abismo entre el pensamiento y la escritura.

Y el acto de escribir, en lugar de cicatrizarla como yo creía que haría, ha mantenido esa herida abierta.

Mi necesidad de escribir era tan grande que creí que la historia se escribiría sola. Pero hasta ahora las palabras han llegado con mucha lentitud. Incluso en los mejores días no he podido escribir más de una o dos páginas.

Escribe Auster y subraya Campbell. La experiencia de releer siguiendo las huellas y señuelos del lector es alucinante. Es un extraño juego de espejos y reverses en donde leo un libro dentro de otro libro, aunque por momentos los garabatos de Federico son incomprensibles. En cualquier caso, daría lo que fuera por tener esa pieza en mi biblioteca. Con devoción he leído en las últimas dos décadas tanto la obra completa de Auster como la de Campbell y confieso que por momentos deseo robarme ese ejemplar de *La invención de la soledad* del escritorio de Eduardo.

Mi abuelo tenía todo un método para el subrayado, siempre usaba colores de madera, amarillos y azules. Su Quijote yacía poblado por líneas rectas, sobrias, que delataban un pulso perfecto

o el uso de una regla. También hacía pequeños apuntes. Ignoro dónde quedó ese Quijote de pastas negras. El problema con mis subrayados y mis apuntes es que son actos autistas. Las decenas de miles de palabras que he escrito a mano en cuadernos y papeles mostrencos serán por siempre indescifrables como tablillas sumerias. Cuando de literatura se trata, prefiero siempre un poco de caos.

Caótica ha sido la escritura de este ensayo como caóticas han sido las relecturas con que lo he ido construyendo. Este libro es en sí mismo una gran contradicción. Rayo en la terquedad cuando defiendo el carácter puramente hedonista de la lectura, su esencia de *carpe diem* absoluto, pero al final acabo siempre haciéndome preguntas sobre el acto de leer y el enigma que representa cada lector. Leo todos los días de mi vida en todos los lugares y circunstancias imaginables y sin embargo el acto mismo me sigue pareciendo un misterio indescifrable. Si de verdad le apostara todo al hedonismo puro debería leer sin hacerme preguntas sobre el futuro de la lectura y los lectores. Si la guillotina del *Zeitgeist* nos ha cortado el cuello es cosa que no debería importarme. Leamos mientras haya vida y mientras nuestra cabeza cortada tenga ojos para perderse en la eternidad de una página. Si de verdad somos los últimos lectores y en el futuro inmediato seremos sucedidos por una generación de errabundos digitales es asunto que no nos afecta. Moriremos sabiendo que nuestra vida valió la pena ser vivida porque fuimos capaces de perder la razón y encontrar resplandores en amasijos de palabras. La extrañeza y la fascinación de una vida y un entorno siempre incomprensibles acecha y destella furtiva desde un párrafo improbable. Escribe la bella franco-iraní Lila Azam:

Para algunas personas, tal resplandor quedará latente —meras letras que se ignoran mutuamente con indolencia—, pero quizá, mientras usted dormita, se cojan con gracia de la mano y relumbren

en su noche palpebral. Y tal vez otras letras caigan delante de sus ojos y lo inciten con sus tonos, mientras que mi estupidez me habrá hecho pasarlas por alto. Pero las que siguen son las que suscitan mi curiosidad. Un momento decisivo de delicioso regocijo literario.

Como suele sucederme, la ruta de escritura de este ensayo ha estado poblada de señuelos y acertijos. Más allá del reencuentro con párrafos subrayados, la vida cotidiana me ha traído algunas estampas que me han hecho creer que acaso nuestra extinción no esté a la vuelta de la esquina. Tal vez por la naturaleza siempre furtiva del romance, la lectura y el viaje forman una pareja siempre apasionada. Los aeropuertos y los aviones representan uno de los últimos reductos donde el libro destella vida. En el último mes realicé un par de viajes a Ciudad de México y a Monterrey y la aleatoriedad viajera puso a no pocos lectores alrededor. A bordo del avión, sentado en el asiento de en medio, descubrí con sorpresa que a mi derecha y a mi izquierda iban sentados dos pasajeros lectores. Tres desconocidos sentados en fila horizontal, absortos en sus respectivas lecturas mientras un avión los llevaba de Tijuana a Monterrey. No sé si alguna vez me había sucedido algo parecido, pero en la agonía del verano lo interpreté como una señal. ¿Cuántos años más seguirá repitiéndose una escena semejante? ¿Será posible verla dentro de 20 años? ¿Cuándo será una radical extravagancia ver a tres pasajeros leyendo libros impresos en la misma fila de asientos?

Pensé en Ana Karenina leyendo una novela inglesa en el tren que la lleva a San Petersburgo en donde conocerá al Conde Vronsky, y en Teresa, de *La insoportable levedad del ser*, leyendo Ana Karenina mientras espera encontrarse por segunda vez con Tomás, o en Pilar y Miles, los amantes de *Sunset Park*, conociéndose mientras ambos leen *El gran Gatsby*, de Scott Fitzgerald, en un parque, en plena era de Obama, cuando el réquiem por Gutenberg ya suena en todas las

imprentas del planeta. Pensé en el improbable destino del soneto que Héctor Abad Faciolince encontró en el bolsillo de su padre asesinado a mansalva en 1987.

Ya somos el olvido que seremos.
El polvo elemental que nos ignora
y que fue el rojo Adán y que es ahora
todos los hombres y que no veremos.

¿Cuándo nos resultará el *non plus ultra* de lo excéntrico e inverosímil la imagen de una mujer sumergida en la lectura de una novela impresa mientras aguarda a su amante? ¿Será posible creer en la sangre que cubrirá la hoja con un poema garabateado, doblada en el bolsillo de un hombre que acaba de recibir tres balazos?

En el último mes tuve la oportunidad de volver a visitar la Casa Universitaria del Libro de la UANL y un amigo al que recién conocí en Ciudad de México me llevó a conocer la librería del Centro Cultural “Elena Garro”. Viajando y deambulando escribí un poco y leí mucho, sólo para reparar en que así son todos mis días. La historia de lo que pudo haber sido no incluye una vida sin libros. Mi camino de vida no podría entenderse o explicarse sin la lectura. Si en un exfuturo de ficción alguien me dibujara una existencia sin libros, sólo podría concluir que ese improbable y extraño personaje no sería yo. Me he concebido en muchos mundos y circunstancias posibles, pero jamás sin lectura. La vida como la viví ya la he disfrutado y si esta noche muero, diría que ha valido la pena vivirla por las personas que amo, por los momentos a su lado, pero también por cada una de las páginas que fueron capaces de volarme la cabeza y llevarme lejos.

Quizá la gente que aún no nace experimente hedonismos y alucines a los que nuestra época aún no tiene acceso, pero es posible que millones de seres nunca experimenten la plenitud

de viajar a través de palabras escritas, como millones de personas no vivimos la sensación de extrañeza y fascinación ante el absoluto experimentada por un neandertal que enciende una fogata bajo un cielo desparramado de estrellas en un mundo donde no existen alfabetos ni abstracciones fonéticas o simbólicas para nombrar al entorno. Hay mil y una vidas que no viviremos nunca, pero este camino dedicado a la lectura ha valido la pena ser caminado y quizá por ello brotó esta caótica tentativa ensayística. Tal vez la estrella que emite esta luz se ha muerto hace algún tiempo, pero su resplandor sigue siendo capaz de embrujarnos.

Mi hijo Iker aprendió a manejar la pantalla táctil del iPhone casi al mismo tiempo en que pronunció sus primeras frases, pero hoy, a sus 5 años, ya es capaz de leer párrafos de corrido. La semana pasada me leyó un pequeño versito llamado “La abeja Anabela”. Al ver sus ojos enfocando y procesando las letras hasta transformarlas en expresión vocal, pensé en el eterno retorno de ese acto de magia concebido hace más de cinco milenios sobre la arcilla de Sumeria, un milagro capaz de germinar y rebrotar todos los días de la vida en un sinfín de cabecitas infantiles que descubren e interpretan el universo con la misma emoción que lo descubrirán e interpretarán los niños que nacerán dentro de un siglo. El mundo será sin duda muy distinto, pero acaso habrá quienes descubran que tomando esos senderos de palabras se puede llegar a universos ignotos y que esa luz hecha de tinta, locura y hechicería, será capaz de iluminarnos y embrujarnos mientras haya alguien dispuesto a consumir el milagro.



*Bajo la luz de una estrella
muerta. Hacia la extinción del lector*

hedonista, de Daniel Salinas Basave, se terminó de imprimir en octubre de 2016, en los talleres gráficos de VEI Visión e Impresión, S.A. de C.V., ubicados en Nogal núm. 51, colonia Santa María la Ribera, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06400. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta: Esmaragdaliz Villegas Pichardo. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y el autor.
Editor responsable: Félix Suárez.

